

BIANCA®

Engaños del pasado

Sara Craven

$3.50 U.S.

Engaños del pasado

Sara Craven

Argumento:

Zanna Westcott era una mujer de negocios con gran éxito y tenía fama por sus implacables decisiones empresariales y por anteponer siempre el trabajo al placer.

Jake Lantrell representaba el placer. La atracción que Zanna sentía por él la asustaba. Jake era todo lo que ella había evitado en la vida: el amor, la emoción, el sexo… por lo que, después de una agitada noche de pasión, Zanna decidió olvidar su indiscreción…

Pero no fue tan fácil… Jake buscaba algo más que una aventura de una noche. Estaba decidido a demostrarle a Zanna que había algo que se había perdido en la vida… ¡A él!

Capítulo 1

Zanna Westcott entró en el salón de la suite de su hotel y cerró la puerta tras ella. Durante un momento permaneció inmóvil, enfrentándose a la imagen que le devolvía el espejo de la pared opuesta, desde el liso y brillante pelo rubio despejado con severidad de la frente y el traje negro de ejecutiva pasando por la inmaculada camisa blanca a las finas piernas enfundadas en medias oscuras y los pequeños pies en zapatos de tacón alto.

Inspiró con fuerza entonces y levantó los dedos con un gesto triunfal.

—Lo he conseguido —se dijo a sí misma en voz alta con los ojos verdes bailoteando—. La verdad es que lo he hecho.

No había sido capaz de demostrar sus sentimientos en la sala de conferencias del hotel hasta ahora, en que el trato había quedado acordado. El ambiente había sido demasiado denso, demasiado cargado de desazón y sin embrago, otra empresa familiar había caído bajo el martillo.

¿Y qué otra cosa podían haber esperado? Ella había explicado los términos la tarde anterior, con frialdad y precisión, dejando claro que no había forma de maniobrar, impasible cuando la oferta había sido rechazada.

Si ellos pensaban que una mujer de veinticinco años era un enemigo suave, ahora no debían pensar lo mismo.

Había sonreído con cortesía, había señalado las posibles alternativas y les había aconsejado que lo reconsideraran durante la noche poniendo énfasis en que exigiría la respuesta a las diez de la mañana del día siguiente.

En cuanto había entrado en la sala de conferencias, las tristes caras resignadas le habían dicho todo lo que necesitaba saber.

La razón había prevalecido y Westcott Holdings había adquirido otra valiosa propiedad. Había alcanzado otra victoria.

«Mi victoria», pensó ella. Únicamente suya.

Todavía sonriente, cruzó hasta el teléfono y marcó el número privado de su padre en Westcott Holdings.

—Oficina de sir Gerald Westcott. ¿En qué puedo ayudarla?

Zanna apretó los labios con desencanto al escuchar el tono severo de Teresa Lloyd, la asistente personal de su padre.

—Me gustaría hablar con él, por favor, Tessa.

—Lo siento, señorita Westcott. Sir Gerald está en una reunión y me ha pedido que no le pase ningún mensaje.

Zanna estuvo tentada de gritar como una niña. Sólo quería hablar personalmente con su padre y contarle su victoria. Quizá fuera ya la hora de que él suavizara la voz con amor y orgullo para decirle: Bien hecho.

Debería haber sabido que estaría en una reunión, pero al mismo tiempo, había esperado encontrarlo disponible.

«Una tontería por mi parte», pensó sintiéndose absurdamente decepcionada.

Para su propia sorpresa, se oyó decir:

—La verdad es que no. Voy a tomarme el resto del día libre. Y el fin de semana —añadió apresurada—. Estaré de vuelta en la oficina el lunes por la mañana.

—Pero, señorita Westcott —Tessa Lloyd parecía sobresaltada—. Estoy segura de que sir Gerald estará esperando su informe completo lo antes posible.

—Me dijeron que dejara un mensaje —contestó Zanna—. Y este es el mensaje que dejo. Adiós, Tessa.

Colgó con firmeza antes de escuchar más protestas. Su padre podía tener en alta estima la eficacia de Tessa Lloyd, pero no era una mujer muy agradable, pensó sombría Zanna. Y protegía a su jefe como una gallina clueca a sus crías.

Y ahora se encontraba con un descanso de cuarenta y ocho horas que no necesitaba y con el que no sabía que hacer, pensó disgustada.

Miró a su alrededor captando con inquietud la opulencia del mobiliario, la serie de grabados que adornaban las paredes y el exagerado arreglo de flores de seda sobre la mesa contra una de las paredes.

De repente se sintió casi claustrofóbica.

En vez de telefonear, bajaría a recepción y comunicaría que se quedaba. Aquello era una ciudad, después de todo. Tenía teatro, restaurantes… planearía una tarde de espectáculos y haría las reservas adecuadas. Habría galerías de arte y museos que podría visitar durante el resto de su estancia. Sería divertido. O al menos diferente, se corrigió con una mueca.

El recibidor estaba atestado de gente cuando salió del ascensor y las recepcionistas todas ocupadas. Zanna recogió uno de los folletos destinados a los turistas, y empezó a ojearlo con calma.

Una voz a sus espaldas dijo en voz baja:

—Señorita Westcott.

Volviéndose de golpe, se encontró con Henry Walton, el director de Zolto Electronics, con la cara cansada y derrotada.

—Tengo que decir que la felicito, señorita Westcott. Ha conseguido una ganga, y por supuesto, lo sabe.

—Sí —Zanna alzó la barbilla con expresión retadora—. Espero que no me guarde rencor.

Él sacudió la cabeza con una débil sonrisa.

—No, eso es demasiado pedir —la estudió durante un instante con ojos agudos dejándole atisbar un destello del hombre que había

construido una empresa partiendo sólo de un sueño y que ahora la había visto arruinada por culpa de la crisis.

Entonces dijo con un suspiro:

—Es digna hija de su padre, señorita Westcott. Y por favor, no lo considere un cumplido. Casi siento pena por usted.

Inclinó la cabeza con cierta cortesía y se alejó de ella.

Zanna se quedó mirándole tan sobresaltada como si hubiera alzado el puño y la hubiera golpeado.

Había sido un encuentro tranquilo y sin embargo, de repente sintió vergüenza, como si todo el mundo del recibidor se hubiera dado la vuelta para mirarla. Como si de repente estuviera desnuda bajo sus miradas de censura.

Su sensación de victoria, sus planes para la tarde, de repente cayeron por la borda. Se sentía helada y extrañamente insegura.

—¿Puedo ayudarla?

Una de las recepcionistas estaba libre y enarcó las cejas con gesto de interrogación con una sonrisa profesional de plástico.

Zanna sacudió a cabeza y se dio la vuelta con el folleto todavía en la mano. Su intención había sido volver inmediatamente a la habitación y en vez de eso, se encontró dirigiéndose, casi corriendo, a la salida principal hacia el aparcamiento del hotel.

Con la idea de que tenía que salir de allí… aporreándole la cabeza como un tambor.

El restaurante de la gasolinera era como cualquier otro. Zanna escogió un plato de ensalada mixta y un café y lo llevó hasta una mesa vacía.

«¡Qué idiota!», pensó vejada. ¡Cómo podía haber permitido que un encuentro como aquél la desequilibrara tan completamente!. Normalmente, ella nunca se hubiera metido en el coche sin saber hacia donde iba.

¿Y por qué la había alterado tanto, de todas formas? El ser la hija de Gerald Westcott y que la reconocieran como a tal debía ser motivo de orgullo mientras que no había nada admirable en admitir una derrota… en fracasar. Esa era la lección que le habían enseñado desde una edad muy temprana.

Ganar, en primer lugar, era el nombre del juego. Conseguir lo mejores resultados en el colegio. Saber que menos sólo provocaría algún comentario de desaprobación por parte del hombre al que deseaba agradar con tanta desesperación. Cualquier segundo lugar era impensable. Los tiempos eran duros y tenía que ser dura. No había sitio para el sentimentalismo en los negocios.

Esa era la armadura con la que se vestía todas las mañanas. La armadura en la que Henry Walton había encontrado una inesperada y desagradable fisura.

¿Cómo se atrevía a sentir pena de ella? Ella no necesitaba la compasión de nadie. Tenía un caro apartamento encima del Támesis, una buena cuenta corriente, un coche nuevo todos los años y acababa de conseguir su primera victoria importante en una negociación. Tenía todo de su lado.

Se encogió de hombros mentalmente y se sentó. El señor Walton había resultado ser un mal perdedor, lo que a pesar de ser una sorpresa, era problema de él y ella era una tonta por dejar que la afectaran sus comentarios. Aunque habían conseguido quitarle el dulce sabor de la victoria, pensó inquieta. Le habían amargado el día cuando ella había justificado por completo su puesto entre los altos directivos del equipo de su padre.

Se sintió medio tentada de cambiar de idea y volver a Londres, pero era como una especie de derrota y pensar en la sonrisa de superioridad de Tessa Lloyd cimentó su determinación de quedarse.

Todavía tenía el folleto informativo del hotel en la mesa. Dejaría aquel inútil viaje por la autopista y buscaría algo positivo para hacer durante el resto del día.

Al agarrar el folleto, una hoja verde pálida cayó al suelo. Era algo acerca de una serie de exposiciones de primavera en los ayuntamientos de la localidad. Era algo en lo que normalmente no se hubiera fijado. Pero al recoger el papel, la palabra «Emplesham» resaltó a su vista.

Emplesham, pensó. No se le había ocurrido lo cerca que podía estar.

Sin embargo, en otro tiempo, lo hubiera sabido de memoria. Cuando era pequeña, casi había buscado de forma obsesiva en el mapa, calculando la distancia desde Londres, desde el internado, desde cualquier sitio y prometiéndose que algún día iría allí. Iría al sitio donde su madre, a la que nunca había conocido, la había traído al mundo. Como si aquello, de alguna manera, la acercara más a ella.

Después de la muerte de Susan Westcott, su padre había vendido la casa y los muebles que habían compartido, había despedido a las empleadas domésticas y se había ido a otro sitio a vivir con su hija pequeña, Suzannah. Desde entonces, siempre la había llamado Zanna, como si hasta la similitud de sus nombres fuera demasiado dolorosa.

No había recuerdos ni fotografías por ninguna parte y ningún niño podía preguntarle por su madre. El único recuerdo que sir Gerald parecía tolerar era el inquietante retrato de su mujer que guardaba en su estudio.

Eso siempre le había preocupado a Zanna. Y no era sólo el parecido. Sobre la vibrante blusa de color escarlata, la cara de Sue Westcott era una sombra pálida, las facciones apenas insinuadas aparte de los ojos que parecían brillar con fuego verde. Unos ojos

desesperados, había decidido Zanna al crecer. Se había encontrado a sí misma preguntándose si su madre habría sabido de alguna forma, el poco tiempo que le quedaba de vida. La fotografía no revelaba mucho más.

Y entonces, en su décimo primer cumpleaños, había recibido un pequeño paquete del internado junto con la carta del abogado comunicándole que la antigua niñera de su madre, Grace Moss, había dejado en su testamento que le enviaran dicho paquete.

Había sido un pequeño álbum de fotos de cuero, lleno de fotografías antiguas de gente que no conocía y vestida con trajes decimonónicos y por un momento, Zanna había quedado asombrada de que aquella desconocida se hubiera molestado.

Y entonces había visto las últimas fotografías marcadas con «Church House, Emplesham» en la parte de atrás. La primera decía: *1950, Susan con dos días,* y mostraba a una mujer con un traje cuidado y un mandil, presumiblemente la niñera Moss, sonriendo bajo la enredadera de Wisteria y con un bebé muy pequeño en los brazos.

Otra mostraba a una niña pequeña rubia jugando entre las flores del jardín en un triciclo hasta que por fin, una Sue más alta mostraba con orgullo el nuevo sombrero y americana de la escuela.

Zanna había pensado en su madre y se le habían llenado los ojos de lágrimas, pero había agradecido tener por fin algo tangible a lo que agarrarse.

Desde aquel momento, el álbum viajaba a todos los sitios con ella y se había convertido en su posesión más apreciada, casi como un talismán. Pero al mismo tiempo, por pequeña que fuera, había pensado que su padre no lo vería bajo la misma luz y que aquél era un regalo para mantener en secreto, o para compartirlo con él.

No quería que su padre fuera infeliz de nuevo y las únicas veces en que le había presionado para que le contara algo de su madre, se había enfadado tanto que casi la había asustado. Su dolor no superado por su última mujer era su única debilidad. El único signo de vulnerabilidad que había mostrado nunca.

Y ella había mantenido el secreto durante todos aquellos años y el álbum estaba escondido en el bolsillo interior de su bolso incluso ahora. Su única y privada cadena con el pasado.

Zanna lo sacó y lo contempló mientras terminaba la comida.

Probablemente sería una búsqueda infructuosa pero podría haber alguien en el pueblo que todavía recordara a la niña de Church House.

De cualquier manera, tendría que ir a comprobarlo.

Después de todo, ¿qué podía perder?

Casi a los pocos minutos de tomar la salida apropiada de la autopista, se encontró en un nudo de carreteras comarcales. El día era cálido para la primavera y Zanna corrió la capota y posó la americana

en el asiento trasero.

No fue un viaje rápido. En cada curva de la carretera aparecía un nuevo obstáculo, un tractor, un grupo de gente a caballo, un par de motoristas que habían parado a charlar un poco y bloqueaban la carretera por completo.

Hasta el ruido de la autopista quedaba ahogado por los trinos de los pájaros y los balidos de las ovejas. Zanna tenía la loca sensación de que había retrocedido en el tiempo, donde la vida se movía a un ritmo diferente y más pacífico.

Normalmente se hubiera impacientado y hubiera presionado a los otros para que despejaran los obstáculos de su camino. Pero en aquel momento se sentía relajar al compás del entorno. Era consciente de que la tensión se le estaba evaporando y que el sol y la cálida brisa con aroma a heno la estaban relajando.

Alguien había dicho una vez que el viaje esperanzado era mejor que la llegada y por primera vez, estaba de acuerdo.

La señal que anunciaba el pueblo de Emplesham estaba grabada sobre un enorme mojón de piedra medio oculto por las altas hierbas.

Al pasarla, Zanna comprendió que su coche no iba del todo bien. El motor parecía fallar, pensó con desmayo. Y entonces, sin ninguna advertencia más, se detuvo por completo.

Aprovechando la suave pendiente de la colina, Zanna sacó el coche a la cuneta y metió el freno.

—¡No puedo creerlo! —murmuró.

Era como si el maldito motor se hubiera embrujado en cuanto había traspasado la línea del pueblo. Aunque, por supuesto, aquello no tenía sentido.

Pudo ver algunos tejados y la torre de la iglesia a pocos metros de distancia. Allí conseguiría ayuda o al menos un teléfono, decidió. Cerró el coche y empezó a caminar para encontrarse, al doblar la primera curva, con un taller de coches.

Gracias a Dios, pensó mientras avanzaba entre una hilera de coches de segunda mano hacia la puerta.

Pudo oír sonar la música, uno de los conciertos de Brandenburgo, que reconoció con incredulidad. Pero no encontró a nadie. Avanzó con inseguridad y casi tropezó contra un par de largas piernas enfundadas en vaqueros que sobresalían por debajo de un coche. Y no era cualquier coche, sino un Jaguar clásico muy bien conservado.

Un cassette portátil a su lado debía ser la fuente de la música.

Zanna alzó la voz.

—¿Puede ayudarme, por favor?

No hubo respuesta y entonces, el dueño de las piernas se estiró por debajo del coche y se sentó para mirarla.

Era alto y delgado, con el pelo rizado y despeinado. Los ojos que

destacaban de su cara morena la miraron sin expresión. La camiseta y los vaqueros estaban manchados de grasa.

Sin embargo, cualquier puerto era bueno en la tormenta, se consoló. Y si alguien le permitía trabajar en un coche como aquél, no podía ser totalmente incompetente.

Entonces él murmuró con tono grave y ligera ironía:

—Considérese disculpada.

Zanna se puso un poco rígida ante su continuo escrutinio y le devolvió una mirada de frialdad fijándose en su nariz, que le debían haber roto en algún momento, en la boca fría y de labios finos y en la barbilla alzada con resolución. Una imagen no tan fácilmente desdeñable como había pensado al principio.

Zanna dijo escuetamente:

—Se me ha estropeado el coche.

Él se encogió de hombros. A través de un desgarrón en la camiseta se veía que estaba muy moreno.

—Sucede a menudo. Lo lamento por usted.

Entonces se movió como para volverse a meter bajo el Jaguar.

—Sólo un momento —le cortó Zanna con un chasquido de dedos. Él la miró con gesto interrogatorio—. No estoy buscando su simpatía. La verdad es que me gustaría que me lo reparara, si no es mucho problema.

—Ese es el problema —la cara de él era solemne, pero bajo las espesas pestañas, hubiera podido jurar que sus ojos tenían un brillo burlón—. Ya estoy muy ocupado, como podrá ver.

—Sí, pero esto es una urgencia —dijo Zanna con impaciencia—. Y esto es un taller.

—Un diez por ser tan observadora.

—Y usted tiene servicio de reparaciones —prosiguió ella—. Lo pone en el cartel de fuera.

Él se limpió las manos en un trozo de tela.

—Yo diría que es usted bastante persistente —comentó antes de levantarse despacio.

En lo que pareció tardar una eternidad. Zanna siempre se había considerado de una estatura respetable, pero sólo le llegaba por los hombros a aquel hombre.

Extrañamente intimidada, se encontró dando un paso atrás de forma involuntaria. Los tacones alcanzaron una mancha de aceite y se tambaleó.

—¡Cuidado!

El hombre alargó la mano y la asió por el brazo.

—Estoy bien —protestó ella zafándose al instante y recibiendo a cambio una mirada irónica.

—Bueno, pues podría haberme engañado. ¿Está siempre tan

nerviosa?

Zanna se encogió de hombros.

—Estoy nerviosa por mi coche.

Él suspiró.

—¿Cual parece ser el problema?

—El motor hizo unos ruidos y simplemente se paró.

La firme boca puso una mueca.

—¿De verdad? Bueno, le sugiero que vuelva a la pobre máquina y le eche un buen vistazo al indicador de la gasolina.

Zanna dio un respingo.

—Llené el depósito antes de salir de la autopista —dijo ella con tono firme—. Y los comentarios paternalistas me sobran.

La cara de él se endureció.

—Igual que a mí los agravios. Intente llamar a un servicio de asistencia de carreteras, señora. Ellos tienen la obligación de ser amables.

Zanna se mordió el labio.

—Pero podrían tardar horas —objetó—. Mientras que usted sólo tendría que acercarse a la carretera —inspiró otra vez—. Mire, sean cuales sean sus tarifas, le pagaré el doble.

—Habla como un auténtico cacique —no había duda del tono de desdén—. Tengo noticias para usted, dulzura. No todo el mundo está en venta.

—Con una actitud como la suya, me sorprende siquiera que tenga un negocio —le atacó Zanna con ardor—. ¿O es que tragan con todo en este agujero infecto?

—Sí, bastante. Aunque en estos tiempos ya no se azota a los campesinos ni se vende a sus hijos como esclavos —los ojos negros la contemplaron de nuevo de la cabeza a los pies—. Sin embargo, si es tan infecto, ¿cómo es que lo está usted honrando con su presencia?

—No lo estoy haciendo. Sólo pasaba por aquí.

—Un truco muy interesante. Sobre todo porque esa carretera termina en la granja Hollins. Quizá debería cambiar el coche por un vehículo anfibio si piensa atravesar esas tierras. Ted Hollins tiene un criadero de patos.

Por primera vez en años, Zanna se sintió tentada de sacarle la lengua como una colegiala, pero consiguió contenerse. Simplemente no podía permitirse enfadarle más.

Con una sonrisa forzada, Zanna habló entre dientes.

—La verdad es que he venido a ver una exposición de pintura.

Él frunció el ceño.

—Es una exposición muy local. Ni Picassos ni Van Goghs. No le hará falta su American Express —se detuvo meditabundo antes de proseguir—. Pero supongo que la mantendrá ocupada mientras le

reviso el coche.

—Gracias —dijo Zanna con voz glacial.

—¿Las llaves?

A regañadientes, Zanna se las puso en la mano. Él asintió y pasó por delante de ella para salir a la luz del sol con grandes zancadas ágiles.

—Hasta luego.

Mortificada por su desprecio, Zanna se apresuró a salir tras él.

—¿Dónde exactamente?

El hombre se dio la vuelta hacia ella. Los ojos oscuros parecieron arder al mirarla. Entonces dijo con suavidad:

—¡Oh, no se preocupe, la encontraré!

Podría haber sido una amenaza o una promesa.

Pero por un inexplicable y asombroso momento, Zanna se quedó sin aliento y se le aceleró el pulso en una extraña mezcla de excitación y algo que bordeaba el pánico. Asintió de forma abrupta y se dio la vuelta para empezar a caminar hacia el pueblo.

Y supo, antes de haber recorrido apenas unos metros, que si miraba a sus espaldas, lo encontraría mirándola.

Capítulo 2

Resistiendo el impulso casi incontenible de echar a correr, Zanna caminó apresurada con la cabeza muy alta hasta dar la curva de la carretera. En cuanto estuvo fuera de la vista, redujo el paso e inspiró con intensidad para recuperar la compostura.

Esa era la segunda vez en un par de horas en la que se había sentido desconcertada hasta el límite. Y no le gustaba ni un poco.

Era lo que le faltaba, pensó con ironía. Lo ideal para acabar un día perfecto.

Y estaba resuelta a que se acabara. Ya estaba arrepintiéndose de haber emprendido aquel viaje sentimental. En cuanto el coche estuviera arreglado, volvería a su hotel del centro de la ciudad y a la civilización mecánica. Al menos allí sabía lo que podía esperar.

Sin embargo, el pueblo, cuando llegó, resultó ser encantador. Las granjas que se alineaban al lado de la carretera eran de piedra con tejados de paja y jardines cargados de flores de temporada. El púrpura y escarlata de las enredaderas cubría la mayor parte de las paredes y las lilas ya estaban en plena floración.

La carretera conducía recta a una pequeña extensión de hierba. Aparte de un campo cuadrado de críquet en el centro, sólo la ocupaban un par de cabras que alzaron la cabeza para mirarla con curiosidad.

Sin embargo, ella vaciló, preguntándose qué debía hacer en primer lugar y sintiéndose un poco ridícula.

Sobre todo porque no había nadie a su alrededor.

Emplesham parecía adormecido bajo la luz del sol.

Pero Zanna sintió al mismo tiempo, que tras las ventanas con cortinas, su llegada no había pasado desapercibida.

Decidió entonces, por motivos que no sabía explicarse a sí misma, que no buscaría Church House inmediatamente. Se comportaría como cualquier otra turista e iría a ver la exposición.

La pradera estaba rodeada por tres caras por más casas, un edificio de correos que era a la vez almacén, un pub con el cartel de Black Bull que ofrecía acomodación y la iglesia, que se elevaba con su torre al borde. Aparte del estrecho camino por detrás de la iglesia, que probablemente conduciría a la granja mencionada por su abogado, no había otros caminos visibles.

El ayuntamiento se erigía en la parte opuesta de la iglesia y un cartel de madera anunciaba la exposición.

Zanna se encontró en un pequeño vestíbulo, donde una mujer con un vestido de flores estampado, sentada tras una mesa, dejó su labor de punto para venderle el catálogo por cincuenta peniques.

—Llega a tiempo —la sonrisa que le dirigió fue amistosa—. La exposición acaba hoy y pronto lo despejarán para el baile de esta

noche.

—¿Baile? —Zanna frunció el ceño.

Lejos de estar dormido, Emplesham parecía ser las Vegas del vecindario, pensó con sarcasmo.

—¡Oh, sí! —anunció al otra mujer animada—. Se ha convertido en un acontecimiento anual. Combinamos la exposición del club de arte con el festival de flores de la iglesia y se hace una verdadera fiesta —asintió hacia las dobles puertas que daban a la sala—. Espero que le guste la exposición, aunque me temo que no queda mucho a la venta.

—La verdad es que no me importa —le aseguró Zanna con cortesía—. Disfrutaré sólo con verla —añadió sin creerlo.

Sin embargo, nada la había preparado para la explosión de color y vibración que le asaltó los sentidos al entrar. Todo espacio disponible para colgar estaba ocupado y el trabajo estaba a kilómetros de distancia de las desvaídas acuarelas y bodegones insulsos que había esperado encontrar.

Los paisajes soleados o de tormentas parecían salirse de los marcos. Casi esperaba poder oler la hierba y los árboles y sentir el viento en la cara.

También había una parte figurativa pintada con fuerza y sin sentimentalismo y, por supuesto, las flores y frutas que ella había anticipado. Pero incluso allí quedó sorprendida al comprender que casi podía saborear las manzanas verdes colocadas en un plato de cobre o las rosas derramándose por el jarrón. Desde luego, habría comprado las dos pinturas si no hubieran estado ya vendidas.

¿Cómo podía la gente de aquel pueblecito perdido haber aprendido a pintar con tan apasionada exuberancia?

Un cuadro permanecía solo en un caballete hacia el final de la sala, como si estuviera apartado del resto a propósito.

Al acercarse, se quedó sin aliento. No puedo creerlo… esto no…

Pero sabía que no estaba equivocada. La larga casa, con las Wisterias rosas bañada por el sol, que se erigía con serenidad, era la misma casa de la fotografía. Sólo faltaba la niña jugando en el jardín.

Y no estaba vendido, notó al fijarse en que no tenía el punto rojo. Después de todo, iba a resultar un día perfecto.

—¿Necesita ayuda?

La mujer del vestido de flores se había acercado a sus espaldas.

—Estaba mirando éste —Zanna intentó aparentar desinterés—. No lo puedo encontrar en el catálogo, pero supongo que será una escena de por aquí.

La mujer soltó una carcajada.

—Sí, es la casa que está cerca de la iglesia. Y no está catalogado porque está solamente en préstamo, me temo.

—¡En préstamo!

Zanna sintió una punzada de decepción.

—Pertenece al señor Gordon, el propietario actual de Church House.

—Ya.

Zanna sintió la decepción en su tono de voz y se mordió el labio.

«¿Qué pasa contigo hoy?», se preguntó. «Acabas de comprar Zolto Electronics esta mañana, así que ¿por qué sientes frustración por un pequeño cuadro? Todo se pude comprar si se ofrece el precio adecuado».

Esbozó una sonrisa antes de comentar:

—Bueno, quizá acepte una oferta privada.

—Lo dudo mucho.

La mujer le dirigió una mirada de asombro.

—De todas formas, podría preguntarlo —Zanna se encogió de hombros—. El que nada arriesga, nada gana.

—Pero el señor Gordon no está aquí —la mujer frunció el ceño—. Se pasa la mayor parte del año en el extranjero —extendió las manos con un gesto medio de impotencia medio de impaciencia—. Será perder el tiempo.

—Probablemente tenga razón —dijo Zanna con rapidez cuando la mujer se dio la vuelta—. Es una casa preciosa. ¿La tiene desde hace mucho ese señor Gordon? ¿Sabe usted algo acera de los anteriores propietarios?

Hubo un breve silencio.

—Creo que la casa ha tenido muchos dueños antes del actual —respondió con voz helada la mujer—. Siento no poder servirle de más ayuda.

Entonces se alejó.

Parecía que en Emplesham se toleraba a los visitantes, pero no se le animaba a hacer demasiadas preguntas, pensó Zanna mientras seguía a la rígida figura hasta el vestíbulo.

Con unas breves palabras de agradecimiento, Zanna salió al sol de nuevo.

Ocupada o no, la casa de la iglesia la atraía como un imán. Y esa vez no le importó quién pudiera estar mirándola.

La puerta se abrió sin ruido al empujarla. Un camino musgoso se extendía entre praderas cuidadosamente cortadas hasta la puerta principal. Aparte de los arrullos de las palomas en la iglesia cercana y los zumbidos de las abejas, todo estaba silencioso.

Era como si la casa estuviera esperando por ella, pensó con el corazón desbocado en el pecho. Como si lo único que tenía que hacer era golpear con el pesado llamador y la puerta se abriría para atraerla a su interior.

Pero, ¿para encontrar qué? Ni siquiera lo sabía, reconoció con un

suspiro.

Además, lo que había tras aquellas cortinas era la casa de otra persona. Y una casa muy elegante por lo que podía ver a través de la tela transparente, con tapices de Chinz, madera de nogal y antigüedades muy brillantes.

Consciente de que no tenía derecho a espiar de aquella manera, pero incapaz de resistirse a la tentación, Zanna siguió el camino que daba la vuelta a la casa.

La ventana de la cocina resultó mucho más reveladora. Pudo ver una enorme alacena galesa repleta de porcelana azul y blanca de china, una serie de cazuelas de cobre antiguas colgadas y una enorme mesa de granja con un frutero encima.

Y también, se fijó con sobresalto, un plato y una taza usados con los cubiertos, un plato de mantequilla y un tarro de miel; como si alguien hubiera desayunado con prisa y se hubiera ido sin recogerlo.

Y sin embargo, se suponía que la casa estaba vacía. Seguramente no serían vagabundos, pensó con desmayo antes de soltar un grito al sentir una mano en su hombro.

—¿Echando un buen vistazo? —preguntó una voz con acento familiar.

Zanna se dio la vuelta y tragó saliva.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Le dije que la encontraría —le dirigió aquella mirada tan intensa suya—. Aunque no esperaba hacerlo en un sitio tan sorprendente. Es usted sólo una cotilla o pretendía asaltar la casa.

—Por favor, no sea ridículo —dijo intentando hacer acopio de la poca dignidad que le permitía la situación—. La casa parecía… vacía. Pensé que podía estar a la venta.

—¿Y planea hacer una oferta a la que no puedan negarse? —sacudió la cabeza—. Pues no va a tener suerte. Le puedo prometer que no está a la venta.

—Preferiría discutirlo con el propietario.

Zanna alzó la barbilla.

—Pues está en América.

—Bueno, pues parece que aquí hay alguien viviendo.

Él dirigió una mirada hacia la ventana.

—Sí, hay un cuidador que vive aquí.

—Bien, entonces él podrá darme la dirección del señor Gordon.

—Vaya, parece que se ha informado bien —los ojos oscuros la miraron de arriba abajo—. Pero va a tener que esperar. Hoy tiene el día libre.

—¡Oh!

Zanna se mordió el labio.

Él seguía observándola.

—Sin embargo, si de verdad quiere conocerlo, estará en el baile de esta noche.

—¿El baile? —repitió ella con incredulidad—. No pretendo quedarme aquí tanto tiempo.

—Pues puede que tenga que hacerlo —contestó él con tranquilidad —. Parece que ha entrado alguna suciedad en el depósito y tendré que sacar el carburador para limpiarlo.

—¡Dios! ¿Y cuanto tiempo le llevará?

Hubo una pausa.

—Estará listo para mañana por la mañana.

—¡Oh! —Zanna no intentó ocultar su disgusto—. ¿Y no podría terminarlo para esta noche?

—Lo siento —su tono no parecía indicar que lo sintiera en absoluto —. Es que yo también voy al baile.

—¡Por supuesto! No permita que mi accidente le estropee sus citas sociales.

—No se preocupe. No lo haré —tuvo el valor de sonreírle—. Le sugiero que reserve una habitación en el Black Bull. Dígale a Trudy que la envío yo.

—Gracias —contestó ella con voz helada—. Estoy segura de que podré arreglármelas sin su ayuda.

—Bien —se dio la vuelta para irse—. Sólo procure no ofrecerle comprar el establecimiento. Ha pertenecido a su familia durante generaciones.

Zanna esperó a escuchar el click de la puerta con rigidez comprendiendo perturbada que tenía las manos temblorosas.

¿Qué era lo que le pasaba? ¿Podía enfrentarse a todo un consejo directivo lleno de hombres furiosos y aquel campesino le sacaba de quicio con tanta facilidad?

Lanzó un sonido de desagrado y empezó a caminar despacio hacia el frente de la casa.

Ella había ido a Emplesham a ver la antigua casa de su madre y lo único que había conseguido era una extraña sensación de insatisfacción bordeando casi la desolación.

Y sin embargo, ¿qué había esperado? ¿Retroceder en el tiempo y encontrar a Susan Westcott esperando por ella? Seguramente no sería tan tonta.

Quizá la lección que había ido a aprender allí fuera que no ganaría nada escarbando en el pasado. Quizá fuera por eso por lo que su padre se había desprendido de todos los recuerdos de su breve matrimonio.

En cuanto el coche estuviera arreglado saldría de allí, se prometió deprimida. Y sin echar siquiera un vistazo atrás.

Trudy Sharman era una mujer sonriente y corpulenta con pelo rubio canoso atado en un curioso moño en lo alto de la cabeza.

—Una habitación para una noche no es ningún problema. La estación turística no ha empezado todavía —mordisqueó la punta de su bolígrafo—. Pero sólo le puedo ofrecer un menú muy restringido para la cena. Verá…

—Todo el mundo va a ir al baile —terminó con resignación Zanna por ella.

La señora Sharman soltó una carcajada.

—Bueno, sí. Mi marido atiende el bar y yo el buffet. No tendremos mucho trabajo aquí, así que hemos dado la noche libre a la mayoría del personal —le dirigió a Zanna una mirada de ansiedad—. Estoy segura de que no es a lo que usted está acostumbrada.

—Estaré bien —Zanna esbozó una sonrisa para tranquilizarla—. Me tomaré algunos sándwiches en mi habitación y me retiraré temprano.

—Oh, no. Podemos atenderla mejor que eso. He dicho un menú restringido no inexistente. Hay un guiso de carne y champiñones, chuletas de cordero o un pastel de pescado. Y seguramente vendrá al baile, ¿verdad?

Zanna sacudió la cabeza.

—Yo… yo no bailo. Y, de todas formas, no estoy vestida como para acudir a una ocasión social. Pero el pastel de pescado me encantaría.

—¿A las siete en punto, le parece? —la señora Sharman seleccionó una llave de un casillero a sus espaldas—. Por si acaso cambia de idea con respecto al baile.

Zanna contuvo una respuesta mordaz y la siguió al piso de arriba en silencio. Tenía que admitir, sin embargo, que la habitación era encantadora, con el estampado blanco y azul del papel pintado repetido en las cortinas y el cubrecama. El cuarto de baño era diminuto, pero bien equipado y un pequeño cesto junto a la bañera contenía una tentadora variedad de jabones, sales aromáticas y champús. Y había un albornoz azul marino colgado tras la puerta.

Zanna lo encontró totalmente irresistible. En cuanto se quedó sola llenó la bañera y puso aceite de jazmín, se quitó la ropa y se sumergió en las profundidades del agua perfumada sintiendo que la tensión se evaporaba de su cuerpo.

Cuando terminó de bañarse, se lavó el pelo y después, envuelta en el acogedor albornoz, lavó su diminuta ropa interior de seda y la colgó en la ducha para que se secara.

Entonces se tendió en la cama y alcanzó el teléfono. Primero llamó a su hotel de Gran Vista para mantener la habitación dos noches más y después a su propio contestador automático para ver si había algún mensaje.

Escuchó la voz de su padre, irritada y ligeramente autoritaria.

—¿Zanna? ¿Dónde estás? ¿A qué diablos estás jugando? Llámame

de una vez, ¿me oyes, hija mía?

Oír era normalmente obedecer, comprendió Zanna en cuanto colgó. Pero no esa tarde. Quizá ni siquiera al día siguiente. Por una vez, estaba relajada y pretendía disfrutar de la sensación lo más posible.

Había una selección de libros en la mesilla incluyendo para su satisfacción uno de Dick Francis que todavía no había leído.

Para la hora de la cena, ya tenía el pelo seco y también la ropa interior. Se volvió a vestir con desgana, muriéndose por poder cambiarse de ropa y se cepilló con fuerza atándose el pelo antes de bajar al bar.

Para su sorpresa lo encontró bastante lleno, con gente charlando y tomando copas antes del baile. Pero una rápida ojeada a su alrededor le indicó que el temido desconocido no estaba entre los clientes.

Cuando le tocó a ella, pidió un sherry seco.

—Trudy le ha puesto la mesa en el comedor —le comunicó el camarero—. Pensó que estaría más tranquila allí.

Zanna llevó su bebida hacia la puerta que le habían indicado. Era una sala pequeña y acogedora con sillas de respaldo alto y brillantes mesas de nogal. Un pequeño fuego con olor a manzana ardía en el hogar. Y además, había una botella de Chablir enfriándose en la hielera.

Zanna, contemplando los preparativos totalmente sombrada, escuchó crujir la puerta a sus espaldas.

—Ha habido algún error. Yo no he pedido ningún vino.

—Es una oferta de paz.

La voz que conocía tan bien. Demasiado bien. Pero en cuanto se dio la vuelta para mirarlo con expresión enojada, se le escapó un gemido de sorpresa en vez del de desdén que había pretendido.

Recién afeitado, con su mata de pelo negro bien peinado, estaba casi sobrecogedor. Su ropa, unos pantalones oscuros que le quedaban impecables y una americana gris clara y corbata de seda en tonos apagados, todo llevaba el estilo de los diseñadores italianos. Y el olor a aceite de motor había cambiado por una colonia bastante conocida y cara.

De hecho, más que sobrecogedor, el desconocido le produjo un escalofrío de excitación por toda la espalda.

Sin embargo, la sonrisa levemente burlona no había desaparecido.

—¿Te has quedado sin palabras? Eso debe ser una novedad.

—Bueno, sí —Zanna contuvo el aliento—. Apenas te había reconocido.

—Quizá eso no sea tan malo —se detuvo como para escoger con cuidado las siguientes palabras—. Creo que empezamos con mal pie antes —hizo un gesto hacia la mesa—. Me gustaría hacer las paces.

Zanna sintió el corazón desbocado.

—La verdad es que no es necesario.

—¿Me condenas a cenar solo en la mesa opuesta? También estaba pensando en Trudy. Para ella será más cómodo servir una sola mesa.

De alguna manera parecía bastante razonable y le resultó imposible negarse.

Sin saber muy bien cómo, se encontró mirándole a través del jarrón de frisias. Y, como obedeciendo a alguna señal invisible, la señora Sharman entró en ese momento en el comedor con el primer plato.

La cena empezó con una sopa servida con crema. Zanna había pensado que no tenía apetito, pero se tomó hasta la última gota.

—¿Buena? —preguntó su acompañante con una sonrisa iluminada por la llama de la vela.

—Excelente —Zanna posó la cuchara con un suspiro—. Sólo pensaba tomar pastel de pescado.

—No de la cocina de Trudy. Incluso aunque esté oficialmente cerrada esta noche, ella tiene su orgullo y estando aquí albergada, tiene que obsequiarla.

—¿Y cuál es tu excusa?

Él se encogió de hombros.

—Yo soy un soltero solitario y le doy pena.

Si estaba soltero, pensó Zanna, tenía que ser por decisión propia. O quizá simplemente estuviera demasiado ocupado en mantener su pequeño negocio como para organizarse bien la vida.

Eso era algo que ella podía entender bien. Ella había hecho de anfitriona de su padre incontables veces, pero no podía recordar, pensó ahora con asombro, la última vez que había cenado a solas con un hombre.

Pocos, si es que alguno, de los hombres que habían buscado su compañía, había pasado el riguroso examen de sir Gerald.

—Tú eres mi hija, Zanna —le recordaba constantemente su padre —. Mi heredera. ¿Cómo puedes estar segura de que no van sólo por mi dinero?

Era una lección dolorosa que había aprendido.

Pero esa vez no había ningún riesgo, se aseguró a sí misma. Porque el hombre que tenía enfrente no tenía ni idea de quién era ella. Y pretendía que siguiera en la ignorancia.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el desconocido habló:

—Todavía no nos hemos presentado, ¿verdad?

—No —Zanna pensó con rapidez—. Soy Susan. Susan… Smith.

—¿De verdad? —puso una leve mueca de incredulidad—. ¡Qué poco corriente—. Y yo soy Jake. Jake… eh… Brown.

Zanna sintió las mejillas ardientes, pero procuró mantener su

mirada con despreocupación. Después de todo, ¿qué importaba? Eran dos barcos que se cruzaban en la noche. Nada más. Y ella tenía tan poco interés en conocer su verdadera identidad como en revelarle la propia.

La llegada del siguiente plato alivió la tensión del momento. El pastel de pescado estaba exquisito. Bajo un cremoso puré de patatas y queso, el besugo, salmón ahumado y gambas hacían una mezcla excelente. Y de postre, les sirvieron una suntuosa tarta de chocolate con brandy.

Jake condujo a conversación durante toda la cena, pero se mantuvo aferrado a tópicos generales hablando de los sitios de interés de la localidad y mencionando la exposición. Nada a nivel personal, notó ella con alivio.

Por fin, Trudy les sirvió un café excelente y una copa de Armagnac.

¿Quién podía pedir más?, se maravilló Zanna al reclinarse contra el alto respaldo dando vueltas a la copa entre los dedos y contemplando las llamas lamiendo los dulces troncos de manzano.

—No te pongas demasiado cómoda —la sonrisa al otro lado de la llama le produjo un estremecimiento—. Reclamo el primer vals.

—Pero si no voy a ir al baile.

—¿Por qué no? No hay otra cosa que hacer esta noche.

—Yo no bailo.

—Te enseñaré.

—No estoy vestida para ir a un baile.

—Podrías estarlo. Con unos pocos arreglos.

Se levantó y rodeó la mesa para acercarse a su lado.

Asombrada, Zanna sintió que le soltaba el lazo de la coleta.

—Ahora está mucho mejor —dijo él con suavidad al caer los mechones rubios alrededor de su cara.

Él se inclino entonces y casi con el mismo movimiento, le desabrochó el primer botón de la blusa.

Ella alzó la mano para detenerlo y la sangre le subió a la cara.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

—Sólo esto —con total confianza, él le ató el lazo alrededor del cuello desnudo y la hizo levantarse para que se mirara en el espejo que había sobre la chimenea—. Así, Cenicienta podrá ir al baile.

Zanna se miró a regañadientes. Tenía las mejillas todavía sonrojadas y los ojos el doble de abiertos de lo normal. En el cuello, el lazo oscuro era el contraste perfecto para su piel cremosa, mientras que el botón desabrochado revelaba el comienzo de sus senos.

Parecía otra persona, pensó con asombro. No se conocía a sí misma.

En el reflejo del espejo, sus miradas se encontraron.

Él dijo con suavidad:

—Dime, señorita Smith, ¿te llama alguien Susie?

Ella sacudió la cabeza y el pelo suelto le acarició la mejilla.

—Nunca.

—Entonces esta noche será la primera —su mirada se clavó en la de ella con firmeza casi hechizándola. De alguna manera, Zanna no podía romper el embrujo por mucho que lo deseara—. ¿Bailarás conmigo, Susie, por favor?

Ella buscó con frenesí una respuesta negativa que la salvara de aquella situación imposible. Y en vez de oír lo que pensaba, contra toda su voluntad se encontró diciendo:

—Sí.

Capítulo 3

Durante todo el camino por la pradera, Zanna apenas podía creer estar haciendo aquello. «Yo hago mis propios planes», pensó. «Soy yo la que siempre lo controlo todo. Así que, ¿por qué estoy de camino a algún baile de pueblo con un rústico moreno grasiento?».

Y uno, que le gustara reconocerlo o no, tenía más atractivo sexual de lo normal.

El tipo de hombre al que Suzannah Westcott hubiera desdeñado al instante.

Pero esa noche, al menos por unas cuantas horas, había dejado a Zanna Westcott a sus espaldas. En vez de eso, iba a ser Susie Smith y descubrir quizá, cómo vivía la otra mitad del mundo. ¿Y qué mal había en ello?

Sobre los oscuros tejados, las estrellas brillaban y la imagen de la luna nueva parecía colgar del tejado de la iglesia. Por encima de ellos, el ayuntamiento estaba iluminado con bombillas de colores y la música llegaba entre la suave brisa.

Era, para todos los propósitos, una noche para los amantes, pensó con intranquilidad. Y si Jake hubiera intentado tomarla de la mano o pasarle el brazo alrededor de la cintura, sabía que habría salido volando al santuario solitario de su habitación. Pero él ni siquiera intentó el mínimo contacto físico casual. Lo que, se dijo con firmeza, le agradecía profundamente.

Y entonces se encontraron dentro con la gente saludando y sonrisas de bienvenida mezcladas con amistosas especulaciones al mirar a Zanna. Poco a poco, ella empezó a relajarse. Después de todo, no podía haber mucho peligro en una habitación llena de gente.

Ella misma apenas reconocía la sala de exposiciones de por la tarde. En pocas horas habían quitado todos los cuadros y habían llenado la sala de luces y flores. Las mesas y las sillas habían sido colocadas contra la pared y una banda de tres músicos tocaba en una plataforma.

Era como retroceder a otra era, a otro planeta, pensó al mirar a su alrededor.

—¿Qué esperabas, las últimas canciones de discoteca?

Él no perdía detalle.

—¡Oh, no! Es sólo lo rápido que lo han transformado, eso es todo.

Jake frunció el ceño.

—Entonces, ¿viniste a ver la exposición?

Parecía sorprendido.

—Por supuesto. ¿A qué iba a venir si no?

Jake se encogió de hombros.

—Esperaba que me lo dijeras tú. ¿Compraste algún cuadro?

—No, el que quería no estaba a la venta —no había querido decir

aquello y se apresuró a añadir—. De hecho, la mayoría estaban vendidos. Y la calidad de la pintura me pareció sorprendente para un pueblo tan pequeño. Deben tener un profesor muy bueno.

—Varios, según tengo entendido —su tono era casi desdeñoso—. También tienen un grupo de teatro, un club de jardinería y un coro, así que no te quedarás corta de actividades culturales.

—¿No?

Ella lo miró asombrada.

—Cuando vengas a vivir aquí. Creí que pensabas comprar una casa.

—Bueno, sí —se hubiera dado una patada a sí misma—. Pero pensaba que no estaba a la venta.

Jake se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que siempre hay una oportunidad si se hace la oferta adecuada. Como te he dicho, el cuidador de la casa de la iglesia se pasará por aquí más tarde. Siempre puedes hablar con él.

—Desde luego lo haré —se obligó a hablar con desenfado—. ¿Hay algún grupo de historia local por casualidad? Me gustaría saber algo más del sitio antes de tomar una decisión firme, ¿me entiendes?

—¡Oh, sí! —dijo él despacio—. Te entiendo perfectamente. Me encantará presentarte a algunas personas, pero no te puedo garantizar que te cuenten lo que quieras saber.

—Con alguna información general me bastará —mintió Zanna.

El ritmo de la música cambió y se hizo más lento y ensoñador.

—Este es nuestro vals.

Jake extendió una mano invitándola a unirse a él en la pista de baile. Zanna sacudió la cabeza consciente que de repente se le había desbocado el corazón.

—No sé bailar.

—¿No te dieron clases en tu caro colegio de señoritas?

—Bueno, sí —concedió ella a regañadientes—. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—Pues ya es hora de que pongas a prueba tu memoria.

Zanna se sintió atraída con firmeza hacia sus brazos.

—Yo dirijo… tú sígueme.

Cuando sonaron los últimos acordes, Zanna dijo:

—Gracias. Me he divertido.

—Lo único que necesitas es practicar más.

—No creo conocer a ningún profesor de danza.

—No hablo del baile, Susie, sino de la vida.

Hubo una breve pausa antes de que ella contestara con dureza:

—¡Qué valor tienes!

—Soy famoso por ello —aceptó él sin ningún signo de remordimiento.

—Maldito seas. Yo tengo una buena vida.

—Saturada de todo tipo de comodidades, eso no lo dudo —dijo Jake con tono inexpresivo—. Pero eso no era lo que yo quería decir.

Zanna alzó la barbilla y le dirigió una mirada glacial.

—Puede que estés muy bien informado acerca del funcionamiento de los motores, aunque eso todavía no lo sé, señor… eh…

—Jones —terminó él con cordialidad—. Como Susan Smith.

Zanna se mordió el labio. Aquel no era el apellido que le había dado antes, pensó enfadada. Pero le pareció más prudente ignorarlo y no cuestionar el asunto.

—Pero creo que nada de la psicología humana —siguió ella alzando un poco el tono—. En eso eres un total aprendiz.

—Como imagino que tú también lo serás, Susie. Al menos en las cosas que importan —esbozó una sonrisa de soslayo—. Ahora, vamos a buscar unas copas.

—No, gracias —rehusó Zanna con cortesía—. Creo que prefiero volver al Black Bull.

Él tuvo la audacia de soltar una carcajada.

—Pues si te vas, te perderás la visita con guía a la casa de la iglesia. ¿No crees que eso merece la pena por aguantar mi compañía un rato más?

Jake tomó su mano en la de él y la condujo al borde de la pista hasta donde habían instalado la barra del bar.

—Hola, Jake —le saludó Bill Sharman con una carcajada jovial—. ¿Qué puedo serviros?

—Una cerveza fría, por favor —Jake se volvió hacia Zanna con un gesto de interrogación—. ¿Lo mismo para ti, Susie?

—Yo no bebo cerveza.

Ni tampoco le parecía prudente beber más alcohol cuando necesitaba mantener toda su fuerza de voluntad. Echó un vistazo a su alrededor y vio varios recipientes con un refresco de aspecto inocuo con fruta cortada nadando en él.

—Probaré una taza de esa bebida de frutas.

—Buena elección —dijo Bill Sharman animado—. Es la bebida especial de Trudy. Ningún baile estaría completo sin ella —se detuvo —. Mi mujer me ha dicho que pasarás la noche con nosotros.

—Sí, no es que hubiera planeado la visita, pero se me estropeó el coche y Jake va a tardar más en arreglarlo de lo que esperaba.

Hubo un extraño silencio antes de que Bill dijera:

—Ah, entonces sois viejos amigos, ¿verdad?

Para su sorpresa, Zanna se sonrojó.

—La verdad es que no. Yo…

—Nos acabamos de conocer esta tarde cuando entró en mi taller — terminó Jake por ella—. Y como estaba sola, la invité a venir al baile.

—¡Espléndido! —aprobó Bill con demasiado ánimo—. Que pase una noche maravillosa.

—Gracias —Zanna le devolvió la sonrisa—. Y el refresco de frutas está delicioso.

Era también el sabor de la fruta mezclado con alguna especia refrescante. ¿Cinamomo? Era difícil de saber, decidió dando otro sorbo para intentar averiguarlo.

Jake le quitó el vaso de las manos y lo colocó junto al suyo en la barra.

—Vamos a bailar —invitó con suavidad. Esa vez era un suave foxtrot y Zanna quedó asombrada de la rapidez con la que se adaptó a los pasos. Casi le dio pena cuando cambió el ritmo a un rock and roll, donde se encontró dando vueltas entre una sucesión de parejas que la dejaron sin aliento y riendo a carcajadas cuando la música terminó con un acorde triunfal.

Miró de forma instintiva para buscar a Jake y lo vio de pie al borde de la pista hablando con una bonita pelirroja que lo devoraba con los ojos sin pudor.

Lo que a ella le parecía bien, pensó Zanna apurando el resto de su bebida antes de volver al bar para tomar otra. Por supuesto que le parecía bien. Jake pertenecía a Emplesham, después de todo. Y tenía una vida allí que continuaría largo tiempo después de que ella se hubiera ido.

Ante aquella idea, le asaltó una extraña punzada de algo parecido a la pesadumbre, que suprimió al instante.

Porque ella también tenía su vida. Una vida muy diferente de la que llevaban en aquel pueblo remoto, se dijo con firmeza. Una vida donde se la necesitaba y donde ella era importante.

Esbozó una radiante sonrisa para Bill Sharman.

—Bailar da mucha sed.

—Siempre —acordó él enarcando una ceja—. Tómatelo con calma si no estás acostumbrada.

—Estoy bien —respondió ella airosa—. Me lo estoy pasando de maravilla.

Lo que, de alguna manera, no incluía ver a Jake devorado con la mirada por bonitas pelirrojas.

Apartando aquella idea de su mente, sacó algo de dinero para pagar, pero Bill sacudió la cabeza.

—Esta es nuestra contribución a la fiesta. De Trudy y mía. Es gratis.

Habían abierto una de las puertas laterales y Zanna salió al fresco de la noche, inundada de aroma a hierba recién cortada. Se quedó allí de pie con la bebida en la mano y alzó la vista hacia el cielo.

La luna nueva seguía entre los árboles y la brisa le agitó el pelo

suelto como una mano acariciante.

Se movió con inquietud consciente de que estaba temblando, no de frío, sino de una extraña sensación de fantasmal excitación.

Podía uno desear la luna, pensó soñadora recordando la vieja superstición infantil. Y si dabas la vuelta a una moneda de plata en tu mano y te inclinabas tres veces, tu deseo se haría realidad. Pero ella no tenía ningún deseo.

Y supo, incluso mientras lo pensaba, que se estaba mintiendo a sí misma.

Reconoció con repentina claridad exactamente lo que deseaba… si sólo se atreviera…

Pensó que deseaba que aquella noche no terminara nunca. Seguir siendo Susie… deseaba…

Y allí se detuvo, su mente cerrándose ante la muda súplica. Y pareció exhalar todo el aliento en un fuerte gemido mudo. Pudo sentir las monedas mordiéndole la mano.

La tentación de darles la vuelta, de obedecer el ritual y aceptar lo que el destino ofreciera, fue casi insuperable.

Casi, pero no del todo. De algún rincón de su mente, lo que le quedaba de cordura intervino para salvarla recordándole con claridad quién era y de hecho, quién era él.

Un total desconocido, pensó tragándose aquella sensación agridulce. Un desconocido a años luz de su estilo de vida y de sus aspiraciones. Alguien a quien no miraría dos veces en su vida ajetreada de Londres. Alguien a quien había sido una imprudencia permitir que se acercara a ella. Alguien muy consciente del efecto que tenía sobre las mujeres, como su admiradora pelirroja podría muy bien atestiguar.

Dirigió una última mirada a la luna. «Patética tonta», se rió con salvajismo antes de darse la vuelta para volver a la fiesta.

Sólo para soltar un gemido cuando tropezó con la alta figura que permanecía de pie tras ella.

Jake la ayudó a no perder el equilibrio con mucha delicadeza.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre. ¿Qué diablos estabas haciendo aquí?

—Minado la luna —dijo ella con una voz tan rara que le costó reconocer como propia—. Necesitaba… tomar un poco el aire.

—El ponche de Trudy suele producir ese efecto. Bill me ha dicho que has repetido —le quitó el vaso vacío de la mano—. Esto te dará un fuerte dolor de cabeza mañana. Por no mencionar lo que ya bebiste durante la cena.

Zanna se puso rígida.

—Espero que no estés sugiriendo…

—Estoy constatando un hecho —su brazo era como acero

alrededor de su cintura—. Desde ahora, zumo de naranja para ti, Susie, si quieres conducir por la mañana.

Ella se apartó y lo miró con furia.

—Quizá deba volver al Black Bull a dormir.

Él lanzó un sonido de impaciencia.

—Estás deseando estar a tu aire de nuevo, ¿verdad?

No, pensó ella. De repente ya no le apetecía nada y eso era lo que le asustaba. Quería sentirse suficiente de nuevo, suficiente y a salvo, como el día anterior y todos los demás de su vida.

Entonces dijo en voz alta:

—Mira, estoy segura de que tenías planes para esta noche y habrá gente con la que quieras charlar. Debo estar estropeándote la fiesta. Si sólo me presentas a ese cuidador amigo tuyo, puedo dejarte para que disfrutes del resto del baile.

Él la miró durante un momento con el ceño fruncido y entonces suspiró.

—No te escapes de mí, Susie. Al menos, todavía no.

La música había empezado de nuevo, otra pieza lenta y antes de que pudiera pensar en una excusa aceptable, Jake ya la había tomado en sus brazos y la estaba llevando sin esfuerzo a la pista de baile.

—Relájate —susurró él con calma al oído—. Deja de luchar contra mí o contra el mundo.

Sus brazos la apretaron más contra su cuerpo y Zanna sintió el calor de su cuerpo atravesando las capas de su ropa hasta llegarle a la piel. Sintió el helado y asustado corazón de su ser, disolverse de forma increíble y dejándola con algo desconocido y vulnerable en su lugar.

Sabía que no debía, que no podía permitir que aquello ocurriera. Que de repente, el peligro que había presentido la estaba rodeando, presionándola, y que no podía culpar a nadie salvo a sí misma.

Y también sabía, lo que era más perturbador, que deseaba que él la apretara aún más. Enterrar la cara sonrojada en la curva de su hombro y aspirar aquel único aroma masculino de él.

Sentir la dura presión de su musculoso cuerpo contra sus senos, su vientre, sus muslos… extender las manos contra su poderoso cuello y acariciar su fuerte pelo rizado. Sentir sus labios rozando los de ella…

La necesidad era profunda y desesperada, pero sabía que tenía que luchar contra ella si quería salir de allí al día siguiente sin arrepentirse. Que era lo que tenía que hacer, se recordó a sí misma.

Entonces dijo con una carcajada nerviosa:

—La verdad es que puede que tengas razón con respeto al alcohol. Yo… no me había dado cuenta. Quizá debería irme a dormir ya que tengo que conducir mañana.

Hubo un denso silencio antes de que él respondiera:

—Bien. Iré a buscarte la americana.

Que él le acompañara bajo la luz de la luna entre los árboles, no formaba parte del plan. Se resistió.

—No hace falta que me acompañes. No puede haber mucho peligro en este pueblo.

—¿Y quién sabe? —su tono fue brusco—. De todas formas, no pienso correr el riesgo.

Pero el riesgo estaba todo en ella, pensó Zanna abotargada mientras él le ayudaba a ponerse la americana. Y el único peligro real estaba justo a su lado. Porque ninguna cantidad de ponche, por muy letal que fuera, era la causa de que la sangre le ardiera en las venas, ni de la palpitante consciencia de todos sus sentidos al empezar a caminar por la aromática oscuridad juntos.

Zanna tropezó contra un tocón en la hierba y enseguida los brazos de él estuvieron alrededor de su cuerpo.

—Ten cuidado.

—¡Maldición, he perdido el zapato!

Se dio la vuelta con frenesí con un pie descalzo.

—Y eso que todavía no es la media noche —comentó él con diversión—. No te muevas, Cenicienta y veré si puedo encontrarlo.

—Necesitamos una linterna.

—Eso era algo que no tenía el Príncipe Encantador —Jake volvió a su lado—. Seguiré con la búsqueda después, cuando tenga una. Mientras tanto, Susie…

Antes de que ella pudiera pronunciar una palabra de protesta, Jake la alzó en sus brazos como si fuera una pluma y cruzó la pradera.

Cuando Zanna pudo hablar, dijo con frialdad:

—Bájame, por favor.

Él la dejó en el suelo con una rapidez casi insultante.

—¿Piensas ir a la pata coja el resto del camino?

—¡Por supuesto que no! —explotó ella enfadada al notarse el pulso acelerado.

—Entonces, deja de hacer una montaña de un grano de arena.

Jake la volvió a levantar de nuevo en brazos y, sin ninguna ceremonia, empezó a caminar de nuevo.

—Crees que tienes una respuesta para todo, ¿verdad? —comentó ella con amargura.

—A menudo me gustaría tenerla.

Zanna le sintió inclinarse hacia adelante para abrir el pestillo de la verja y miró a su alrededor alarmada.

—Pero si esto no es el Black Bull.

—Un diez en observación —la llevó por todo el camino hasta posarla con delicadeza en el felpudo mientras buscaba unas llaves en su bolsillo trasero—. ¿No dijiste que querías ver la casa de la iglesia? Bueno, pues ahora tienes la oportunidad.

—Pero, ¿qué derecho tienes tú…? ¡Dios santo! Me has estado engañando toda la tarde. Eres tú el encargado, ¿verdad? No puedo creerlo.

—Espero —dijo él con gravedad—, que no vayas a reprocharme, señorita Smith, que no hay sido enteramente honesto contigo, ¿verdad?

Sus palabras parecieron flotar en el aire como una advertencia mientras Jake abría la puerta principal para volverse a mirarla.

—¿Quieres que te cruce en brazos el recibidor?

—No, por supuesto que no. Me gustaría volver al hostal.

—Y volverás —su voz era casi calmante—. En cuanto hayas tomado un café.

—No quiero ningún maldito café.

—Bueno, pues yo sí.

Jake abrió la puerta, encendió las luces y Zanna vio la casa tomar forma, volver a la vida como ella siempre la había imaginado. A pesar de sí misma, sintió curiosidad y la excitación creció dentro de ella.

—Yo iré a buscar ese otro zapato —añadió Jake a sus espaldas mientras caminaba hacia la cocina—. No querrás torcerte el tobillo para sumarlo a tus otras desgracias.

—Al menos, admites que las hay.

—Y supongo que seré yo el responsable de la mayoría de ellas bajo tu punto de vista —llenó la cafetera y la puso en el fuego—. Y ya que estamos hablando del asunto, tengo que confesarte que terminé de arreglarte el coche esta tarde. Funciona perfectamente y lo aparqué delante del Black Bull antes de verte en la cena.

Zanna lo miró con el zapato en la mano, de repente muda de rabia.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Porque tenía la perversa compulsión de bailar contigo, Susie. De verte reír. De descubrir si había algo suave bajo tanta agresividad y autoridad.

—No creas que me halaga tu interés —casi le escupió las palabras —. Y presumo, ahora que tu curiosidad ha quedado satisfecha, que quedaré libre para salir de este agujero.

—No inmediatamente —sacó unas tazas de la alacena y puso el azúcar—. A menos, por supuesto, que quieras que te retiren el carné de conducir.

El hecho de que su comentario fuera bastante justificado sólo consiguió incendiarla más.

—Eso no es asunto tuyo. Y no tienes derecho a engañarme.

Jake frunció el ceño.

—¿Qué engaño en concreto tienes en mente?

—¡Y no te rías de mí! —explotó ella.

Jake sacudió al cabeza.

—Preferiría llorar.

Y ella también, descubrió horrorizada. Las lágrimas estaban allí, aflorando a la superficie y amenazando con destruirla. Y no podía permitirse humillarse a sí misma enfrente de él. No podía abandonarse a tal debilidad.

—El café estará listo en un minuto —rompió la voz de él el tenso silencio—. Mientras tanto, aprovecharé para ir a buscar el otro zapato. Si quieres echar un vistazo a la casa, hazlo. Te dejo en total libertad.

—¿Saben los dueños que haces esto? ¿Que permites a completos extraños invadir la intimidad de su casa?

—No encontrarás ningún oscuro secreto —Jake alcanzó una potente linterna de una estantería cercana a la puerta trasera—. Y sólo eres una extraña si quieres serlo.

—Tú no sabes nada de mí —discutió ella con terquedad—. Podría ser una ladrona.

Su sonrisa brilló al mirar su pie descalzo.

—¿Cuánta distancia crees que podrías recorrer sin el zapato? Además, yo ya sé que eres mejor de lo que crees. E intento descubrir más.

Su mirada enigmática se clavó en la de ella y a Zanna se le abrieron mucho los ojos mientras intentaba sin conseguirlo, apartar la suya. El aire entre ellos se cargó de repente con una nueva y peligrosa tensión.

Cuando recuperó el habla, su propia voz le pareció a Zanna venir de muy lejos.

—¿Y exactamente, qué piensas descubrir?

Él habló con voz muy baja:

—Todo, Susie. Hasta el último detalle. Porque, te advierto que no quedaré satisfecho con menos.

Y así se internó en la oscuridad, dejándola con una sensación muy cercana al pánico.

Capítulo 4

Zanna se quedó inmóvil durante un buen rato, con las manos entrelazadas con fuerza en el regazo. Así la encontraría cuando volviera, se dijo a sí misma. Inmóvil e inconmovible.

Y en cuanto recuperara sus zapatos, pondría fin a aquella farsa de situación y se iría.

Pero la quietud de la casa la envolvió como una cálida manta y poco a poco empezó a relajarse. Entonces se permitió mirar a su alrededor.

La cocina era muy funcional, notó. Las cazuelas de cobre llevaban las marcas de haber sido muy usadas y de un carrusel de hierro colgaba un buen número de utensilios mientras que la tabla de cortar tenía mucha solera.

Estaba a años luz del ambiente casi aséptico de la cocina de su apartamento de Londres, donde lo único que se usaba de verdad era el microondas.

Gradualmente, impulsada por una compulsión más fuerte que la mera curiosidad, se levantó y salió al recibidor.

La luz de la sala de dibujo estaba encendida y la puerta incitadora y abierta. Era una gran sala y su punto focal era la enorme chimenea de piedra. Los sofás y las sillas estaban atestados de mullidos cojines y cada mesa y armario brillaba con la cera aplicada amorosamente durante muchos años.

Todo el ambiente de la habitación indicaba comodidad y solera muy por encima del simple lujo.

Y sobre la chimenea, estaba colgado el cuadro que había visto en la exposición, que la atrajo como un imán.

—Mi cuadro —exclamó.

Durante un largo momento, se quedó de pie observándolo antes de darse la vuelta sacudiendo la cabeza con frustración.

El cuadro de otra persona, se dijo a sí misma. Y la casa de otra persona. E incluso aunque ella poseyera ambas cosas, seguiría sin tener una sola pista de su pasado.

¿Y qué había esperado? Ir allí había sido una tontería.

Se encogió de hombros con la intención de volver a la cocina, pero en vez de eso, se encontró encaminándose a la escalera. Quizá, en cuanto hubiera examinado cada una de las habitaciones, pudiera exorcizar a los demonios que la impulsaban.

Y uno de aquellos demonios pronto estaría de vuelta, pensó con un leve estremecimiento al subir con rigidez las escaleras.

No podía explicarse ni disculpar el extraño efecto que Jake parecía ejercer en ella. Era el último hombre en el mundo que le hubiera atraído bajo circunstancias normales. Y sin embargo, no había pasado nada desde su llegada a Emplesham que pudiera ser extraordinario.

Era como si estuviera embrujada, sometida a algún conjuro, desde que había entrado en el pueblo.

¿Y quién sabía lo que podía encontrar allí, tras aquellas puertas discretamente cerradas? Ningún oscuro secreto, había dicho él, pero al mismo tiempo, se sentía como la mujer de Barba Azul al girar el pomo de la primera puerta.

Pero sólo encontró un prosaico cuarto de baño, aunque… ¡vaya baño! Estaba decorado en suaves tonos de azul y verde con una enorme bañera de patas. Los preciosos apliques de cerámica colgaban en cada esquina alicatada cada uno con la vela entera.

Estar en aquel baño con todas las velas encendidas debía ser como sumergirse en algún lago tropical, pensó Zanna mientras inspiraba con intensidad.

La moqueta bajo sus pies era suave y tan espesa como el mar y las mullidas toallas inmaculadas colgaban de los raíles. El rastro de algún aroma familiar impregnaba el aire levemente húmedo y reconoció el olor de la colonia de Jake.

Bueno, era normal. Él estaba viviendo en la casa. Por supuesto que usaría el cuarto de baño. La ausencia de toallas en el suelo o restos de afeitado, revelaban que era también muy cuidadoso. Pero, ¿por qué iba a ser un desastre sólo porque fuera mecánico?, se reprochó a sí misma.

Después de todo, era un completo desconocido. Ni siquiera sabía su nombre verdadero ni más de lo que él sabía de ella. Así que, ¿por qué debía sorprenderle nada acerca de él? Debería adoptar una indiferencia calmada acerca de cualquier aspecto de su vida o de su personalidad.

Su mirada se posó en la bañera. ¿Se echaría él alguna vez allí con las velas encendidas como flotando en un mar espumoso?, pensó con la respiración acelerada. ¿Y lo haría solo?

La imagen fue de repente demasiado perturbadora y la borró al instante, cerrando la puerta tras ella y controlando la irritante aceleración de su pulso antes de proceder a abrir otra de las puertas.

Un dormitorio, descubrió, amueblado con el mismo estilo cómodo y discreto que había notado en el piso de abajo, la ancha cama cubierta con una antigua colcha de patchwork hecha a mano. Pero no había señales de que estuviera ocupada en la actualidad.

Un armario de ropa blanca, un vestidor, otra habitación, esa vez con una cama individual y también sin rastros de ningún inquilino. Y tras la puerta al fondo del corredor, otro tramo de escaleras. ¿Las habitaciones de servicio?, pensó mientras emprendía un cauteloso ascenso.

Pero no era un dormitorio lo que la esperaba. El evocador aroma a aguarrás y óleo le produjo un escalofrío. Zanna alzó la vista y se

encontró con la luna enfrente.

Durante un loco instante, pensó que había salido al aire abierto antes de notar que la mitad del tejado había sido sustituido por una gran claraboya. Un estudio, pensó. Dios santo, el estudio de un artista. Y quizá el mismo sitio donde se hubiera pintado el cuadro de la casa.

Los dedos le temblaron al intentar encender el interruptor. Sintió que iba a hacer un descubrimiento genuino. Pero cuando la habitación se iluminó, descubrió con decepción, que el estudio estaba prácticamente vacío. Había un caballete plegado contra una de las paredes y la mesa de dibujo tenía los cajones abiertos y vacíos. Las paletas y las brochas, todas inmaculadamente limpias, estaban apiladas en una mesa. A su lado, había una bandeja llena de tubos medio usados.

Quienquiera que hubiera trabajado en aquel estudio, llevaba tiempo sin usarlo. Todo estaba demasiado ordenado, demasiado limpio. Ni siquiera había algún boceto que le diera alguna pista.

Con un suspiro, Zanna apagó la luz y volvió al pasillo.

Sólo le faltaba una habitación, y esa, presumiblemente, sería la habitación principal. Seguramente, Jake no estaría usando la habitación del dueño, ¿verdad?

Pero el primer vistazo le mostró que se había equivocado; la camisa tirada sobre la silla, el cepillo, el peine y lo artículos de aseo en el peinador, la colcha de color escarlata doblada a los pies de la enorme cama de postes con cortinajes a juego, todo indicaba su ocupación.

Pero era lógica su elección. Innegablemente era una habitación preciosa, con las rosas de la alfombra a juego con los cortinajes.

Ya había visto todo lo que había por ver. Ahora cerraría la habitación y bajaría a la cocina antes de que Jake regresara. Sin embargo, de forma inexplicable, Zanna se encontró avanzando por la habitación. El cobertor de satén era suave bajo sus dedos y las almohadas y sábanas eran de frío percal de color marfil. También las tocó alisando las almohadas.

Sentiría la piel como bronce fundido contra ellas, pensó hechizada. Y, si se inclinaba más, y apoyaba las mejillas y los labios… así, aspiraría el aroma de él, como si estuviera yaciendo en sus brazos.

El profundo asombro ante lo que estaba haciendo, lo que estaba pensando, lo que estaba deseando, explotó de repente en su cabeza. Se enderezó como si hubiera recibido una descarga. Se llevó las manos a la boca como para limpiarse una caricia… un beso. En el denso silencio, sintió su espiración acelerada.

Tenía que romper el efecto de aquel peligroso encantamiento, se dijo febril. Ya había corrido demasiados riesgos. Tenía que salir corriendo y escapar sin mirar atrás.

De camino a la puerta, captó su reflejo en el espejo. Con el pelo revuelto, la camisa desabotonada y el lazo oscuro alrededor del cuello, apenas se le podía reconocer como a la chica triunfante que había entrado en la suite del hotel apenas pocas horas atrás. Ahora, con los ojos brillantes y enormes y el febril sonrojo en las mejillas, parecía una extraña criatura salvaje sacada de algún cuadro misterioso y sombrío.

Estaba fuera de control, pensó. Se quitó el lazo, se lo metió en el bolsillo y se pasó apresurada los dedos por el pelo para recuperar algún aspecto de normalidad. De ninguna manera usaría el peine de Jake.

Con una mirada final al espejo, se dio la vuelta y salió al pasillo. Estaba jadeando cuando llegó al pie de las escaleras y se detuvo con un respingo de sobresalto.

—¿Has disfrutado de la visita?

Zanna no había oído un solo ruido en aquellos últimos minutos hechizantes, pero allí estaba, apoyado contra la barandilla con total tranquilidad.

Una débil sonrisa surcaba sus labios cuando la miró, pero sus ojos oscuros eran enigmáticos.

Zanna tuvo la curiosa sensación de que él sabía, de alguna manera, de dónde venía exactamente en ese momento. Como si a través de las paredes y las puertas cerradas hubiera visto su humillante comportamiento al lado de la cama.

—Ha… ha sido instructivo —contestó con frialdad—. Dime, ¿te permiten tus jefes que duermas en su cama?

La sonrisa de él se ensanchó.

—Probablemente lo imaginen —se encogió de hombros con insolencia—. Me gusta tener mucho espacio, Susie.

Eran palabras inocentes, pero conjuraron un torrente de imágenes, cada una más perturbadora que la anterior, para horror suyo, Zanna se sonrojó.

—¿Has encontrado mi zapato?

—Lo he encontrado, Cenicienta y eso que ni siquiera es media noche.

—No seas absurdo —le cortó ella—. De hecho, esta absurda situación ya ha ido demasiado lejos. Me gustaría irme, por favor.

Él seguía sonriendo.

—Esa es una decisión solamente tuya, Susie. Sin embargo, necesitarás el zapato.

Jake se dio la vuelta y cruzó el vestíbulo hacia la sala de dibujo y a Zanna no le quedó otro remedio que seguirle. En el umbral de la puerta se detuvo abriendo mucho los ojos.

—¿Qué diablos es esto?

Había fuego en la chimenea y una gran variedad de deliciosos platos en una mesilla. Zanna miró a Jake, que estaba sirviendo el café.

—¿No me digas que es un aperitivo que has preparado en un minuto?

—Él sacudió la cabeza.

—Yo sólo soy responsable del café. El resto es idea de Trudy. Como dejamos el baile antes del buffet de media noche, me lo empaquetó por si teníamos hambre.

—No lo dirás en serio. ¡Pero si yo apenas me he recuperado de la cena!

—Ella es así. Y le dolería enterarse que ni siquiera has probado un bocado —se detuvo y le enseñó una llave—. ¡Ah! También te envió esto. Es por si todavía no ha vuelto nadie cuando llegues.

—¡Oh! ¡Esa mujer está en todo!

—Siempre —Jake posó la cafetera—. ¿Por qué no te sientas?

—Porque no voy a quedarme —extendió una mano con resolución —. Si me das la llave, por favor, y mi zapato, me voy. Se está haciendo tarde y tengo que madrugar mañana.

—¿Tienes un largo viaje por delante?

Zanna se puso rígida. Ya se estaba adentrando en territorio prohibido.

—¿Importa eso?

—Probablemente no —su sonrisa fue espontánea—. Pero, como tú, Susie, yo también soy curioso. Y, como ya, debes haber notado a estas alturas, me intrigas.

Ella soltó una breve carcajada nerviosa.

—¿Es que miras a todos los que se les estropea el coche con la misma curiosidad?

—Para nada.

La mirada que le dirigió de la cabeza a los pies, era todavía divertida, pero franca y perturbadoramente sexual al mismo tiempo.

—Y ya que ha salido el asunto del coche —prosiguió Zanna consciente de que se había sonrojado—, quizá me digas cuando te debo por haber arreglado el mío.

—Eso lo podemos discutir mientras comemos, así que siéntate y tómate un café.

Zanna se quedó silenciosa un momento.

—Te gusta salirte siempre con la tuya, ¿verdad?

—Yo diría que eso es algo que tenemos en común. Ahora, ¿vas a sentarte por voluntad propia o tendré que sentarte yo?

Zanna le dirigió una mirada fulminante y, con la cabeza muy alta, se acercó al sofá y se sentó en el borde.

—¿Satisfecho?

—Muy lejos de estarlo —manteniendo una prudente distancia

entre ellos, Jake le puso el café en una mesita al alcance de la mano—. Pero la noche es joven.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez pensar que tu actitud podría calificarse de acoso sexual? —preguntó Zanna apretando los dientes.

—No muy a menudo —le dirigió una mirada de soslayo—. Yo soy un hombre chapado a la antigua, querida. Sé exactamente cómo ha funcionado la raza humana durante siglos y desde luego, no se podría decir que con corrección política, créeme. Además, aparte de algunos momentos amables, tu actitud no ha sido muy incitante.

—Entonces me pregunto por qué sigues insistiendo en que me quede aquí.

—Es que también soy optimista. Quizá espere algún momento más de esos amables.

—Pues no pierdas el tiempo —Zanna miró el plato con comida que tenía al lado—. Y la verdad es que no quiero comer nada.

Eso al menos era verdad. Le ardía el estómago y tenía los nervios a flor de piel.

—Prueba el café, al menos.

Jake se acomodó en el sofá frente al fuego y estiró las largas piernas. Ya se había quitado la americana, se había aflojado la corbata y algunos botones de la camisa. Luego se quitó los gemelos, se enrolló las mangas de la camisa y reveló sus musculosos brazos levemente cubiertos de vello negro.

Su voz le llegó muy lejana.

—Te he dicho que si querías leche.

Ella no le había escuchado porque había estado contemplándolo ensimismada. Sacudió la cabeza intentando recuperar la compostura.

—No, lo tomaré solo.

Había acertado porque el café de Jake era fuerte y aromático y necesitaba algo para contrarrestar los efectos del alcohol, sobre todo de aquel ponche letal. Ella apenas bebía bajo circunstancias normales y simplemente no estaba acostumbrada a hacerlo. Aquella debía ser la explicación de su comportamiento tan patético y extraño.

«Y si esto no me devuelve el sentido», pensó al saborear la caliente infusión, «no me lo devolverá nada».

—¿Tienes frío? —su abrupta pregunta rompió el silencio entre ellos haciéndole comprender a Zanna que se había acercado un poco más al fuego.

—La verdad es que no. Es que me gustan las llamas. La calefacción central es muy práctica, pero impersonal.

—Hay muchas cosas que lo son —Jake alcanzó su americana y sacó el zapato de tacón alto del bolsillo—. Será mejor que te devuelva ya esto —cruzó la habitación y se arrodilló a su lado—. Yo te lo pondré.

Zanna resistió el impulso de retroceder en su asiento.
—Me las puedo arreglar yo.
—Nadie lo duda, pero sería un placer para mí hacerlo.
Zanna se quedó en silencio rígida como una estatua mientras él la calzaba.
—Gracias —dijo con voz glacial cuando terminó—. Si alguna vez te falla el negocio del taller, podrías dedicarte a una zapatería.
—No, recurriré a casarme con una mujer rica.
Zanna contuvo el aliento.
—Una ambición admirable —dijo por fin—. ¿Tenéis también una asociación en el pueblo que se dedique a eso?
—Tenemos nuestro buen cupo de corazones solitarios.
—¿Incluida la pelirroja del baile?
En cuanto lo preguntó deseó haberse mordido la lengua.
—No llegará el día. Sal es una chica muy juerguista.
—Incluso las chicas juerguistas sientan la cabeza algún día.
—Pero no conmigo.
—¿No es lo bastante rica?
—Revisaré su cuenta corriente y te lo contaré.
—No es muy galante por tu parte.
Zanna consiguió que le saliera un tono casual intentando ignorar el hecho de que él seguía demasiado cerca para su comodidad. Era agudamente consciente de la esbelta y graciosa fuerza de su cuerpo, del vello de su torso que se transparentaba de forma tentadora bajo la camisa blanca, de la evocadora fragancia de su colonia.
Se apresuró a hablar de nuevo.
—Yo estaba segura de haber visto a la futura señora Smith.
—Equivocada en todos los aspectos, Susie. Incluyendo el nombre. Smith eras tú, si no recuerdas mal. Yo soy…
—¿Sí? ¿Exactamente quién eres?
—Llámame X —alzó la vista hacia ella con la mirada oscura muy intensa—. Bueno, háblame de él, Susie. Háblame del hombre que te tiene tan tensa.
Hubo un corto silencio.
—No hay ningún hombre.
Jake sacudió la cabeza sin apartar la mirada de ella.
—No me lo creo. Tú eres una chica preciosa y deseable, pero parece que te has encerrado en algún tipo de jaula. Y quiero saber por qué.
—Otra vez estás siendo totalmente absurdo —levantó Zanna la voz con enfado—. Tú no sabes nada de mí. Y no tienes el mínimo derecho a hacer esas suposiciones.
—Quizá no, pero eso no va a detenerme. ¿Pretendes pasar el resto de tu vida con rejas de hierro a tu alrededor? ¿Mantener al resto del

mundo fuera?

—Tengo una vida muy buena —protestó ella furiosa—. Soy libre de ir donde quiera y hacer lo que desee. Y pretendo hacerlo ahora mismo, de paso —se levantó con resolución—. Me gustaría que me dieras esa llave, por favor. Quiero volver al Black Bull.

Jake se puso de pie, se sacó la llave del bolsillo y la mantuvo en la mano con gesto especulador.

—Estoy esperando —dijo Zanna con frialdad.

—Lo que no te sentará nada mal. ¿O es que estás acostumbrada a que todo el mundo te obedezca cuando hablas y actúas así?

—Hasta que he llegado aquí, me han tratado con el respeto que me he ganado…

Excepto aquella misma mañana, cuando Henry Walton la había mirado como si fuera una auténtica basura.

—Pero, ¿al precio de ti misma, Susie?

Fue la repentina suavidad de su voz la que la alteró.

—¡Vete al infierno! —dijo con voz ahogada antes de romper a llorar.

Desde algún sitio en su desesperada soledad, sintió sus brazos alrededor de ella. Zanna alzó las manos hacia sus hombros y se apretó a él como a una roca en medio de la tormenta. Los sollozos le salían desde alguna dolorosa profundidad que ni siquiera sabía que poseía. Estaba cegada y aturdida de la fuerza de sus propias emociones. Entre una bruma notó que la estaban levantando y la acunaban y tranquilizaban como si fuera una niña de nuevo.

Pero no la niña que había sido, pensó con amargura, sino una niña a la que se le permitía ser vulnerable y mostrar el dolor como cualquier otro niño. Una niña a la que se le dejaba fallar y que tenía el derecho de que la consolaran.

Una niña que le era desconocida. Y Zanna lloró por ella.

Y sin embargo, lenta y gradualmente, la tempestad de lágrimas empezó a amainar. Todavía le temblaba el cuerpo con los largos sollozos, pero estaba recuperando el control. Y la conciencia.

Estaba en el sofá encerrada en los brazos de Jake, tendida sobre sus rodillas. Tenía la cara muy apretada contra la curva de su cuello y él le estaba acariciando el pelo.

—¡Oh, Dios —confundida intentó incorporarse y soltarse—. Yo… lo siento.

—Relájate —Jake no hizo ningún intento de soltarla sino que le volvió a bajar la cabeza hacia donde estaba—. No tienes por qué disculparte.

—Pero no lo entiendo —susurró con la voz quebrada—. Nunca me había comportado así antes.

—Eso ya lo había imaginado —su tono fue seco—. Tampoco tienes

por qué dar explicaciones de eso. O tener miedo. Estás a salvo.

¿A salvo?, pensó ella. ¿A salvo con un hombre que se llamaba a sí mismo el señor X, con un desconocido? Allí no había ninguna seguridad. Sobre todo, cuando el calor de su cuerpo parecía estar invadiendo cada fibra de su ser, tentándola a quedarse donde estaba, a volver la cabeza y apretar los labios contra su piel. Sentir el fuerte pulso de su garganta contra sus labios, encontrar el eco con sus propias palpitaciones.

Pero aquello era pura locura y ella lo sabía. Y la prudencia insistía en que mantuviera las distancias con él sin retraso.

Sólo que incorporarse y sentarse con dignidad en el regazo de un hombre tenía sus problemas, descubrió. Especialmente cuando se sentía tan temblorosa por dentro que podría estallar en un millón de añicos en cualquier momento.

—¿Puedes soltarme, por favor?

Intentó sonar segura, pero sonó tan vacilante que se sintió más humillada.

Él dijo muy despacio:

—Cualquier forma de intimidad te perturba, ¿verdad?

—No, por supuesto que no —intentó soltar una carcajada—. Es sólo que estoy muy avergonzada por todo esto y no sé lo que me ha pasado.

—Que has entrado en contacto con la vida real —él se encogió de hombros y el mero movimiento de su cuerpo contra el de ella le produjo un temblor—. Y tu coraza de protección no era tan fuerte como pensabas.

—¿De verdad crees que me conoces tan a fondo?

Jake sacudió la cabeza.

—No, Susie. Sospecho que tardaría toda una vida en hacerlo.

—Bueno, pues la mía sigue adelante, gracias —inspiró con fuerza —. Y ahora, de verdad que tengo que irme.

—Todavía no hemos hablado de la factura.

—Sí, por supuesto.

Intentó recordar cuanto dinero en efectivo llevaba en el bolso. Bajo circunstancias normales pagaría con un cheque o tarjeta, pero las dos cosas llevaban su nombre verdadero inscrito en ellas. Y tampoco debía olvidar que tendría que pagar la factura de Trudy, recordó con desmayo.

—¿Cuánto te debo?

—Un beso —respondió él con suavidad—. Y consideraré el asunto zanjado.

—¿Qué? —casi gritó ella. La rabia le dio el ímpetu que necesitaba para levantarse y mirarlo con furia—. Esa es una sugerencia asquerosa.

Jake se encogió de hombros de nuevo. Parecía completamente relajado e impertérrito ante su reacción.

—De acuerdo. Entonces son doscientas libras.

Zanna se quedó helada.

—Eso es una broma, supongo.

—Es un trabajo que lleva mucho tiempo. La mano de obra es cara y sobre todo cuando incluye horas extras, remolcar el coche y un porcentaje por agravios. Quizá deberías haber pedido un presupuesto antes de encargar el trabajo.

—Seguramente no puedas justificar esa cifra —protestó ella enfadada.

—No tengo por qué hacerlo. Fue un trabajo de urgencia, según tú y ese es el precio que cobro. A menos, por supuesto que reconsideres la alternativa.

El silencio entre ellos se cargó de repente de electricidad y tensión.

—Debes estar loco —dijo por fin ella alterada—. ¿Doscientas libras por… un beso?

—¿Por qué no? Merecería la pena hasta el último penique sólo saborearte, Susie, acariciar esa deliciosa boca que mantienes tan apretada y descubrir si hay miel detrás de la acidez —sacudió la cabeza de nuevo—. No creo que ningún hombre pudiera resistir ese reto.

Su lenta sonrisa la conmovió, despertando de nuevo los temblores internos, y la extraña y enervante debilidad que parecía dominar su cuerpo cada vez que sus ojos se clavaban en ella.

—Después de todo —añadió él con suavidad—, ¿qué es un beso entre amigos?

Era cierto. Por eso era ridículo que el corazón le palpitara desbocado. Ya la habían besado antes, por Dios bendito. Pero no a menudo, tenía que reconocer. Normalmente había sido algún roce leve en los labios que significaba gracias por una cena, un teatro o un cine. Gracias y generalmente adiós.

Y aquél, si ella lo permitía, no debía ser diferente. Una forma de liberarse de la situación y el final lógico de un episodio extraño.

Entonces, ¿por qué estaba tan segura de que si permitía a Jake poseer su boca, aunque sólo fuera por un instante, la vida no volvería a ser la misma de nuevo?

Se levantó despacio sin apartar la mirada de él.

—Bésame, Susie.

Su voz pareció llegar desde una distancia infinita. Y sin embargo, él estaba tan cerca…

Lo bastante cerca como para tocarlo, fue su último pensamiento coherente antes de acercarse a sus brazos y alzar la cabeza como una flor hacia el sol.

Capítulo 5

Su boca estaba fría y muy suave al principio mientras empezaba la lenta e incitante exploración de la de ella.

De alguna manera, siempre había sabido que sería así. comprendió con mudo asombro. Era como si ella se hubiera reservado para aquel momento.

Permaneció abandonada en el círculo de sus brazos consciente de que cada fibra de su ser estaba despertando y respondiendo a las nuevas sensaciones que cada una de sus caricias le provocaba. Sintió su lengua trazar el firme contorno de su labio superior, sus dientes tirar con suavidad de la plenitud del inferior y empezó a temblar mientras unos besos, tan suaves como la seda, tocaban cada milímetro de sus labios vulnerables. Y la presión de aquellos besos fue profundizándose con sexual insistencia.

Y entonces, la mera aceptación no fue ya suficiente, reconoció turbada. Su cabeza cayó hacia atrás como una rosa demasiado pesada para su tallo. Unas diminutas estrellas danzaron tras sus ojos cerrados mientras sus manos temblorosas le rodeaban el cuello para atraerlo más hacia ella y sus labios se abrían con un suspiro en respuesta a su demanda.

Sus bocas se cerraron en una posesión que era también rendición. Una lujuria que era también un regalo. Zanna le paladeó con ansia, emitiendo suaves gemidos impulsada por el deseo por primera vez en su vida, sorda a todo menos a la tormenta que le recorría las venas.

Dios santo, ella nunca había sabido… nunca había conocido…

Los dos se balancearon juntos a ciegas, ajenos a todo menos su pasión, su mutua necesidad que los consumía a ambos.

El cuerpo de Zanna se arqueó hacia adelante, apretándose contra él con un instinto más antiguo que el mundo.

Entonces sintió sus manos acariciarla, apretar sus pequeños senos firmes, tirar de sus pezones hasta inflamarlos y después descender por la curva plana de su estómago y caderas hasta el suave y escondido punto entre sus piernas.

Zanna se oyó gemir de turbación y de un placer casi culpable ante su caricia.

Él dijo con voz ronca:

—Mírame, Susie. Necesito ver tus ojos —ella le obedeció entre brumas—. ¿Ha habido alguien en tu vida? Tengo que saberlo.

—No.

Zanna lo miró con los párpados entrecerrados él asintió despacio. Su cara parecía una escultura de bronce y su mirada pareció arder durante un momento interminable…

Entonces, sin decir una palabra más, la levantó en sus brazos apoyando su cabeza contra la fuerte curva de su hombro y la subió

por las escaleras hasta llegar a su habitación.

La tendió en la cama y él se echó a su lado apoyándose en un codo para mirarla a la cara. Le acarició entonces la mejilla con la mano para seguir por su cuello y el escote de su blusa. Allí se detuvo.

—Ahora —dijo él con suavidad sin apartar los ojos de los de ella—. Ahora vamos a descubrir lo que nos deseamos los dos.

La besó de nuevo, su boca moviéndose sobre la de ella levemente y con sensualidad y empezó a desabrocharle la ropa de forma tan delicada y lenta como si estuviera abriendo los pétalos de una flor. Cuando apartó las copas del sujetador para liberar sus senos, Zanna alzó las manos de forma instintiva, pero él la detuvo asiéndola por las muñecas.

—No te escondas —susurró—. No hay nada de qué tener miedo. ¿No sabes lo preciosa que eres?

La morena cabeza descendió y ella sintió sus labios en su piel, su lengua trazar perezosos círculos alrededor de la rosada aureola oscura antes de tomar cada uno de sus pezones en su boca.

Todo su cuerpo se estremeció ante la sensación con un placer que era casi doloroso mientras entraba en el desconocido laberinto de su sexualidad.

Las manos de Jake se movieron sobre ella descubriéndola hasta dejarla desnuda por completo en sus brazos. Mareada de los besos y temblando en respuesta a sus manos acariciantes, Zanna sólo fue consciente de que él también se había desnudado cuando sintió la fricción erótica de su vello contra su piel sedosa, una nueva delicia que aceptó abandonada, deslizando las manos por sus hombros y por su espalda haciéndole medio gemir, medio reír.

Las manos de Jake estaban trazando dibujos en su piel, marcando un camino que siguieron sus labios, sobre la ligera concavidad de su estómago hasta los finos huesos de la pelvis y más abajo. Y cuando, por fin, alcanzó su última intimidad, el corazón pareció parársele a Zanna cuando llegó al centro de su feminidad y sus largos y expertos dedos encontraron la dulce humedad escondida, ella suspiró. Entonces se arqueó con lujuria contra su mano exploradora y sus caderas se agitaron en busca de alivio.

—Enseguida —susurró él contra sus labios—. Enseguida, te lo prometo.

Su mano se movía de forma rítmica, tentadora, excitando el diminuto pináculo satinado del deseo con suaves caricias. A Zanna se le aceleró la respiración y la cabeza le cayó sobre la almohada al perder todo el control. Todo su ser parecía haberse volcado hacia adentro, enfocado solamente en las agudas sensaciones que Jake estaba despertando en ella, en la sedosa espiral de tensión que la estaba llevando a alturas de placer desconocidas.

Cuando el momento de alivio llegó por fin, se oyó gritar mientras su cuerpo se agitaba en fuertes espasmos de rapto hasta que por fin se quedó inmóvil.

Cuando pudo volver a pensar con coherencia, comprendió que tenía lágrimas en las mejillas e intentó apartar la vista avergonzada de su debilidad y pensando que era la segunda vez en la misma noche que lloraba delante de él.

—Susie.

Su voz sonó muy tierna. Jake le capturó la barbilla y se inclinó para besarle las lágrimas saladas.

—Lo siento —susurró ella con voz ronca—. Nunca lloro…

—No debes ocultar las emociones ni avergonzarte de ellas. Y esto ha sido demasiado para asimilarlo la primera vez.

Entonces la tomó en sus brazos y la acunó acariciándole el pelo y los hombros hasta que se calmó.

—Ahora, cuéntame, ¿por qué has llorado? Y quiero saber la verdad.

Ella no le miró directamente a los ojos.

—Porque era tan bonito… y entonces se acabó…

—De ninguna manera —había diversión en su tono de voz—. Esto, preciosa mía, ha sido sólo el principio.

Le tomó la mano y le dio un beso en la palma para llevarla hacia su cuerpo.

—Mira, Susie… tú también puedes tocarme a mí.

—¿Quieres decir que eso es lo que quieres… todo lo que quieres? —preguntó con inseguridad.

—¡Oh, no. No quiero decir eso. Verás, dulzura, sospecho que tu capacidad para el placer es mucho mayor de lo que podías siquiera haber soñado.

—Tú no sabes… no comprendes… —susurró ella con voz temblorosa.

—Estás equivocada —sus manos la atrajeron con delicadeza—. Muy equivocada…

Su boca sobre la de ella era fuego ahora, calentándola, reviviéndola. Bajo su silencioso apremio, Zanna empezó a explorar su cuerpo, saboreando con renovada ansia la escondida fuerza de todos sus músculos. Al llegar a su sexo, vaciló un instante al principio, pero luego lo rodeó con la mano. El involuntario gemido de Jake la excitó aún más y la llenó de osadía. Estaba hechizada por el placer de él, por la sensación de poder que le producía. Esa noche estaba aprendiendo su propia feminidad, comprendiendo lo que significaba ser deseada y, con creciente insistencia, desear.

Las manos de Jake estaban sobre sus senos de nuevo, inflamándolos. Su boca encontró la de ella de nuevo, su lengua se

deslizó sobre sus labios entreabiertos antes de explorar la profundidad húmeda. Era la promesa, comprendió ella de las delicias que pronto seguirían.

Zanna estaba fundida de deseo, conmovida con la necesidad que él le estaba produciendo.

Y, en señal de que él estaba igual que ella, sintió el fuerte muslo entre los de ella cuando Jake se alzó sobre su cuerpo y entonces, con un rápida sacudida fluida, la penetró.

Por un instante, ella se quedó muda, silenciosa y abrió mucho los ojos para mirarlo, asimilando la realidad de su posesión, la sensación física de sentirse abrazarlo, de abarcarlo.

Entonces, con total aceptación y rendición, se arqueó hacia él y gimió ante la inequívoca respuesta de él.

Se movieron los dos juntos en una especie de frenesí controlado con las bocas pegadas y el sudor de ambos mezclándose con los cuerpos entrelazados en ardiente e interminable demanda. Como si, pensó Zanna en el borde de la conciencia, aquella fuera la única razón para la que habían sido creados. Aquella voraz, gloriosa y ardiente urgencia que los impulsaba hacia una culminación no soñada.

Cuando alcanzaron el clímax, Zanna se sintió como si la hubieran desgarrado en cuerpo y alma. Cada sensación era tan aguda que creyó que podría morir de placer. Desde muy lejos, oyó a Jake gritar con voz ronca, casi irreconocible.

Regresaron a la tierra y a algún tipo de cordura, uno en los brazos del otro.

Cuando pudo hablar, Zanna susurró:

—¿Es… es siempre así?

—No.

La negación fue temblorosa. Con el cuerpo todavía unido al de ella, Jake apoyó la cabeza en la curva de su hombro. Zanna rozó su pelo húmedo y, sonriendo, empezó a adormilarse.

Se despertó con su beso. Alzó los párpados lentamente y con languidez para encontrarlo inclinado sobre ella. Le sonrió y deslizó la mano entre las solapas del albornoz que llevaba puesto.

Jake le capturó los dedos y se los besó. La mirada de sus ojos prometía otra sarta de delicias y ella se estremeció, pero no de frío, cuando Jake le apartó las sábanas.

Le tendió entonces un albornoz a juego con el de él.

—Ahora tengo una sorpresa para ti, Susie.

Jake la condujo hasta el baño y, desde la puerta abierta, le llegó un suave aroma a jazmines y rosas.

Zanna contuvo el aliento. El baño estaba lleno de agua humeante y todas las velas estaban encendidas. También había una hielera con una botella de champán y dos copas.

Zanna lanzó un pequeño grito de sorpresa mezclado con una extraña timidez.

—Parece que lo has preparado para una orgía romana.

—Bien —Jake se aflojó el cinturón del albornoz y lo dejó caer al suelo antes de deslizarle el de ella por los hombros—. Yo seré Marco Antonio si tú eres Cleopatra. Perdona que no haya leche de burra, pero no la sirven los fines de semana.

No era un buen chiste, pero Zanna lo agradeció por qué la risa le facilitó el camino para aquel inesperado nivel de intimidad.

Zanna se tendió en el agua perfumada, apoyada en la curva de su brazo y bebió el champán sintiendo las burbujas en la cabeza y pensando que debía estar soñando, excepto porque ni en sus sueños más salvajes había divisado nada como aquello.

Y cuando la copa estuvo vacía y él se la quitó de la mano, se apoyó contra su torso velludo y le sonrió en franca invitación, y oyó cómo contenía el aliento y vio sus ojos oscurecerse de pasión.

Y entonces…

—Nadie me había bañado desde que era un bebé —protestó ella medio en serio cuando él empezó a enjabonarle la piel.

—Entonces lo echarás mucho de menos.

Jake le puso un poco de espuma en la punta de la nariz y, con más cuidado, en cada uno de sus pezones. El cuerpo se le contrajo de placer ante su caricia y la lenta sonrisa de él le indicó que se había dado cuenta por completo de su reacción. Zanna lo miró a los ojos y vio la llama de una vela reflejada allí. Se inclinó hacia adelante y le besó en los labios.

Las manos de él se deslizaron sobre su cuerpo, acariciándola con suavidad, casi como la acariciaba el agua, su contacto expresando su placer y su creciente excitación. Una necesidad que ambos compartían.

Su alivio junto fue lento y envolvente. Zanna se sintió casi ingrávida en sus brazos, con el pelo flotando en el agua como una sirena a su alrededor. Y al principio, el placer también fue delicado, como el avance de la brisa ante una tormenta de verano. Hasta que, de repente, la ferocidad del deseo los arrastró de forma tan desbordante que se sumergieron el uno en el otro, con las bocas frenéticas y los brazos y piernas entrelazados mientras sus cuerpos buscaban la saciedad.

Y entonces la última oleada los sacudió y los arrastró entre gemidos y jadeos hasta un puerto donde, aturdidos y temblorosos, encontraron una cierta paz esperando por ellos.

Zanna se despertó despacio y miró a su alrededor momentáneamente desorientada. Entonces se sentó bruscamente con una sensación cercana al pánico al notar la habitación extraña, la

cama revuelta y su propia desnudez. Y, lo peor de todo, el cuerpo del hombre que tenía al lado, totalmente relajado y dormido.

Durante un momento, permaneció totalmente inmóvil y las primeras oleadas de conmoción empezaron a sacudirle la mente. Y cuando empezó a recordar con todo detalle sintió una punzada de incredulidad y vergüenza.

¿Era posible que ella, Zanna Westcott, hubiera permitido que ocurriera aquello? ¿Que la fría coraza que había levantado alrededor de ella y que creía que era impenetrable, hubiera sido derrumbada con tanta facilidad por un extraño? Un hombre al que acababa de conocer y en el que no tenía motivos para confiar. Un mecánico de pueblo, por Dios bendito y el guarda de una casa al que ni siquiera hubiera mirado en otras circunstancias.

Dios bendito, pensó tragando saliva. Debía haberse vuelto loca.

Pero desde el momento en que había llegado a aquel pueblo, parecía haber perdido el contacto con la realidad, recordó. Como si la hubieran embrujado. ¿O sería simples excusas para justificar su inexplicable pérdida de control?

Sin embargo, ahora estaba despierta y en su sano juicio. Y sintió una acuciante necesidad de salir de aquella cama, de aquella casa y escapar antes de que él se despertara.

Zanna recogió sus cosas sin dejar de mirar con ojos asustados a la figura inmóvil de la cama.

«Por favor», rogó en silencio. «Que pueda escapar de aquí. Que no tenga que enfrentarme a él».

La puerta de la habitación se abrió en silencio bajo su mano. Había pretendido vestirse en el baño, pero el evocador aroma de las sales mezclado con el del humo de las velas la detuvo.

No, no podía volver allí. Los recuerdos que contenía eran demasiado recientes y potentes como para soportarlos. Se puso la ropa en el pasillo y bajó de puntillas escuchando con atención. Pero la casa permaneció en silencio.

La suerte pareció acompañarla cuando recuperó el resto de sus pertenencias y salió por la puerta de la cocina.

Por supuesto, era muy temprano. No había nadie a la vista cuando abrió la puerta lateral del Black Bull y entró, aunque escuchó el distante sonido de loza y actividad en la cocina.

Justo a tiempo, pensó mientras subía las escaleras de dos en dos rogando por no encontrarse a Trudy en el camino. Su habitación estaba tal y como la había dejado y con suerte, nade se enteraría de que no había pasado la noche allí, se dijo a sí misma mientras revolvía las sábanas y aplastaba la almohada.

Se lavó la cara y las manos y se maquilló. Con la barra de labios en la mano, vaciló. Porque su boca parecía diferente, rosada e inflamada.

Sus ojos también estaban ensombrecidos y le devolvieron el reflejo de una sabiduría más vieja que el tiempo. Los ojos de una extraña, pensó mientras volvía a guardar la barra en el bolso. La cara de una extraña.

Salió entonces de su habitación y bajó.

—¿Ya quieres la factura? —Trudy Sharman parecía sorprendida y decepcionada—. Pero ¿no vas a desayunar? Va incluido en el precio.

Zanna sacudió la cabeza.

—Tengo que empezar pronto hoy. Tengo citas y gente a la que ver.

Pagó la cantidad ridículamente barata que le cobró Trudy, le dio las gracias y salió hacia el coche intentando no correr.

Bueno, ya lo había arreglado, se dijo al ponerse al volante. Giró la llave de contacto y lanzó un suspiro de alivio cuando el motor rugió.

Cuando pasó la señal del pueblo, comprendió que había estado conteniendo el aliento.

Ahora, lo único que tenía que hacer era volver al hotel, recoger su equipaje y volver a Londres.

Había dado un paso hacia el pasado y había resultado ser un terreno peligroso. Su cacería había resultado un desastre y no podía pretender lo contrario.

Jake la había seducido por estar perturbada por el alcohol. Una historia sórdida y rara en ella, pero no podía encontrar otra explicación para su total pérdida de control. Ni encontrar otra excusa.

Pero al menos él no sabía quién era ella, se tranquilizó a sí misma.

Susan Smith había quedado atrás en Emplesham, como la piel de una serpiente desechada y de eso debía dar gracias. Gracias por poder desaparecer sin rastro y sin recriminaciones, de poder borrar aquellas desastrosas doce horas como si nunca hubieran existido y volver a su vida normal.

O lo que pasaba por normalidad.

Por un momento, le asaltó una imagen de Jake como le había visto la última vez, el fuerte cuerpo que había sido el tierno y apasionado instrumento de su placer, relajado y agotado entre las blancas sábanas.

Se lo imaginó despertando, buscándola y encontrando la cama vacía a su lado. Y sintió un vuelco en el corazón de angustia.

Después de aquello, él también resumiría su vida sin duda, se recordó acelerando de nuevo con renovada determinación. No la echaría de menos mucho tiempo. Siempre estaría la bonita pelirroja o alguna otra «Susie» para consolarlo.

Hizo caso omiso a la vocecita que le susurraba que cómo iba ella a encontrar consuelo.

«Soy clavada a mi padre», pensó. «Lo solucionaré».

En el hotel le esperaban más recuerdos de que era la hija de Gerald Westcott. Como no la había encontrado en casa, su padre le había

dejado una ristra de mensajes en recepción.

—Sir Gerald estaba preocupado porque no se puso en contacto ayer con él, señorita Westcott —le informó la recepcionista con los ojos muy abiertos de curiosidad.

Zanna sonrió con frialdad.

—Fui a visitar a unos amigos y decidí quedarme a pasar la noche.

—Pero, ¿va a dejar la habitación hoy?

—No, mañana. Mientras tanto, recójame los avisos, por favor.

Se dio la vuelta mordiéndose el labio. La actitud de desafío había sido instintiva, pero probablemente poco prudente. Después de todo, había sido la actitud de su padre de que bailara a su son la que había conducido a aquel fiasco, pensó con amargura mientras subía a su habitación.

La impersonalidad de su entorno, que le había parecido irritante el día anterior, ahora le parecía extrañamente reconfortante. Un buen sitio para lamerse las heridas y recuperar la compostura, se dijo a sí misma.

Se quitó entonces la ropa estremeciéndose ante la evocadora fragancia de jazmín y rosas de su piel y empezó a frotarse como si fuera un ritual, lavando a Jake, el recuerdo, el aroma y las caricias de él… para siempre.

Después de todo, no podía permitir que un acto de locura le empañara toda la vida.

Se puso el camisón, se metió en la cama impecable y suave y cayó dormida casi al instante.

Era bien avanzada la tarde cuando despertó. Se sentó despacio retirándose el pelo de la cara e intentando despejarse la cabeza.

Se vestiría, pensó, pediría que le subieran un té a la habitación y reservaría una mesa en un restaurante. Tomaría el mando de su vida de nuevo.

Después de haber hecho las llamadas necesarias, escogió unos elegantes pantalones de pinzas de color crema y una camisa de seda de color zafiro. Después se sentó al peinador y se cepilló el pelo hasta que brilló.

El té llegaría en cualquier momento, así que alcanzó el bolso y rebuscó entre sus pertenencias. Todo estaba allí… salvo un bulto familiar.

—¡Oh, no! —gimió en voz alta—. ¡Mi álbum de fotografías!

Volcó el bolso en el peinador escarbando con frenesí, pero el álbum de cuero no apareció.

Intentó recordar… decidir dónde lo había visto por última vez. Le había echado un vistazo en el Black Bull poco antes de la cena, pero lo había guardado. Eso podía jurarlo.

Por otra parte, no podía recordar haberlo palpado cuando había

buscado el maquillaje esa misma mañana.

Así que lo había perdido en el baile, o lo que era más perturbador, en la casa. Fuera como fuera, lo había perdido para siempre. Porque no podía… no se atrevía a arriesgarse a volver.

De repente, unas lágrimas de derrota le empañaron los ojos. Quizá fuera lo mejor, pensó mientras volvía a meter sus cosas en el bolso lentamente.

Y fuera cual fuera el hechizo que había sufrido en Emplesham, pensó sombría, ahora estaba completamente roto.

Capítulo 6

Zanna llegó a su apartamento al día siguiente por la tarde. La luz roja de su contestador automático parpadeaba con fiereza, pero los únicos mensajes eran de sir Gerald. Cuando apretó el botón de rebobinado, pensó en lo agradable que sería encontrar un mensaje de otra persona, de una amiga, quizá sugiriendo que salieran a cenar o al cine. El tipo de fin de semana normal que la mayoría de la gente de su edad disfrutaría.

Aquello le recordó de repente lo aislada que era su vida en los últimos tiempos. A menos que cenara con su padre, generalmente comía sola y pasaba la mayor parte del fin de semana trabajando.

Como haría ahora, pensó con una mueca mientras conectaba su ordenador portátil a la impresora para sacar las copias del informe de Zolto Electronics, escrito después de su cena solitaria de la noche anterior.

De todas formas, había estado muy ocupada últimamente como para cultivar amistades femeninas muy íntimas, se dijo a la defensiva. Y la única que había tenido, Clare Mayhew, estaba ahora casada y con hijos.

Quizá fuera culpa suya, pensó Zanna contemplando salir las páginas con suavidad. Quizá debería haber intentado mantener la amistad, aceptado las invitaciones y los esfuerzos de Clare para que saliera con alguno de los amigos de su marido.

Pero en aquella época, ella se había sentido impaciente, incluso resentida de que Clare imaginara que la ocupada y exitosa vida de Zanna careciera de algo que podría suplir alguno de aquellos hombres agradables pero insulsos.

Cuando el informe acabó, Zanna se puso unas mallas y un jersey y se preparó una cena de queso, tomate y galletas que encontró en el frigorífico.

Estaba a mitad de su comida cuando sonó el timbre de la puerta principal con bastante impaciencia.

Zanna inspiró con fuerza y soltó la cadena.

—Pasa, padre —invitó con calma.

—Desde luego ya era hora —sir Gerald Westcott era un hombre impositivo, su estatura resaltada por su inmaculado traje gris—. ¿Qué tipo de juego es éste, Zanna? ¿Dónde has estado todo el fin de semana? ¿Es que no te han pasado mis mensajes esos estúpidos del hotel?

—Hasta el último de ellos —Zanna hizo un gesto hacia la cafetera recién hecha—. ¿Te apetece un café?

—Me apetecerían algunas respuestas —afirmó su padre con brusquedad—. ¿Qué te ha poseído para desaparecer así como así? ¿Es que no te das cuenta de que esperaba todo el informe de la reunión el

viernes?

—Por supuesto. Aquí está —Zanna le pasó la carpeta—. Y en cuanto a lo que tú llamas mi desaparición, pensé que me merecía un breve descanso y me lo tomé. Y de ahora en adelante, tomaré más. Ya sabes el refrán de que todo trabajo y nada de diversión…

—Me alegro de que creas que te puedes permitir ese lujo —dijo sir Gerald sombrío mirando con desaprobación su atuendo—. Pero en el futuro, ¿serás tan amable de informarme antes de desaparecer y decirme donde puedo contactar contigo en caso de emergencia?

—Ya entiendo —Zanna llenó las tazas meditativa—. Bueno, me alegro de que estuvieras preocupado por mí, padre.

—¿Preocupado? —su padre frunció el ceño—. Eres una mujer adulta y perfectamente capaz de cuidar de ti misma, aunque tengo que admitir que me sorprendió que te comportaras con tanta irresponsabilidad. Pero ya estás de vuelta, así que dejémoslo. Lo hiciste muy bien con Zolto Electronics. Has conseguido una ganga y estoy orgulloso de ti.

Palabras, pensó Zanna, que en otro tiempo habían sido música para sus oídos y ahora la dejaban impertérrita y hasta un poco incómoda. La voz cansada de Henry Walton pareció resonar en su cabeza: «Es usted digna hija de su padre, señorita Westcott».

Zanna dijo muy despacio:

—Me alegro de que estés contento.

—Ven a la oficina mañana por la mañana pronto —su padre dio una palmada a la carpeta—. Desayunaremos juntos y discutiremos esto en detalle.

Sir Gerald hizo un gesto de cortesía con la cabeza y desapareció con la misma brusquedad con la que había aparecido.

Y Zanna se encontró temblando.

—¿Se encuentra bien, señorita Westcott?

Zanna estaba salpicándose la cara con agua fría cuando se dio la vuelta para encontrarse a Tessa Lloyd mirándola. Apretó los labios. La oleada de náusea que le había asaltado había sido tan fuerte como rápida, pero se había consolado con la idea de que el cuarto de baño estaba vacío. Ahora parecía que se había equivocado y había habido testigos de su malestar. Maldición.

Se enderezó todavía mareada y alcanzó las toallas de papel.

—Estoy bien, gracias —mintió evitando mirar el pálido reflejo de su cara en el espejo—. Debe ser algo que comí que me ha sentado mal.

Tessa frunció el ceño.

—Espero que no haya sido en el comedor de los ejecutivos. ¿Debería llamar al restaurante?

Zanna arrojó la toalla usada a la papelera.

—He vomitado, señorita Lloyd —contestó con frialdad—. No hace

falta sembrar el pánico.

—Pero perdone, no ha sido la primera vez esta semana. ¿Está segura de que no quiere ver al médico de empresa?

Zanna se mordió el labio maldiciendo la eficacia de la secretaria.

—Sí, estoy segura. Realmente no quiero que un malestar de estómago se convierta en un caso federal. Pero podría irme a casa —añadió sonando más segura de lo que se sentía—. El resto del día en la cama me mejorará.

Tessa Lloyd esbozó una tímida sonrisa.

—Y evitará que se contagie el resto del personal. Los gérmenes se propagan tan rápido en estos edificios con el aire acondicionado.

—Creo que puedo asegurar que no es la enfermedad del legionario.

Zanna intentó contener la irritación.

—¿Quiere que llame a sir Gerald?

—No será necesario. Estaré de vuelta en mi despacho mañana.

En el mes que había pasado desde su escapada, como su padre la llamaba, apenas había podido estar fuera de la vista de su padre un solo momento.

Sintió las piernas temblorosas cuando regresó a la oficina. Megan, su secretaria, estaba esperando por ella y le dirigió una mirada nerviosa al entrar.

—¿Algo urgente?

Empezó a echar un vistazo a la pila de correo.

—No lo creo, señorita Westcott —Megan vaciló—. Una carta estaba marcada con «personal», así que se lo he apartado.

—¿Ah?

Zanna recogió el sobre de color crema con su nombre escrito con un trazo muy elegante. Era curioso ver su nombre completo, así que debía tratarse de alguien que no la conocía mucho. Rasgó el sobre y encontró una invitación de la inauguración de la galería Lantrell. Frunció el ceño.

—Lantrell —dijo en voz alta—. ¿Los conocemos? ¿Los patrocina Westcott Holdings?

—No lo creo, señorita Westcott. ¿Quiere que llame a la sección de relaciones públicas para preguntar?

—¿Por qué no?

La inauguración era dentro de una semana. Cuando Megan entró en su propio despacho para llamar, Zanna recogió su agenda y empezó a pasar las páginas. Sería alguna campaña publicitaria, pensó con desdén casi segura de que no acudiría. Pero ya que alguien se había tomado la molestia de invitarla, al menos lo apuntaría.

Todavía estaba sentada mirando su agenda cuando volvió Megan.

—No tenemos ninguna conexión con ellos, señorita Westcott, pero Lindsay ha oído hablar de ellos. Dice que hay galerías Lantrell en

Nueva York y en Los Ángeles, así como en París, Madrid y Niza. Parece que están especializados en arte y escultura tradicional —se detuvo—. Señorita Westcott, ¿se encuentra bien? Se ha puesto pálida como una sábana.

La voz de su asistente pareció llegarle de millas de distancia. Con un esfuerzo supremo, Zanna cerró la agenda y la posó.

—La verdad es que me siento bastante cansada. Te he dejado unas cartas en el ordenador para que las redactes, Megan y mañana las firmaré. Me tomo libre el resto del día.

—¿Estará bien para conducir? ¿Quiere que llame a un taxi?

Megan estaba agitada y sonrojada. Zanna Westcott no se había tomado un solo día libre en el tiempo que ella recordaba. Quizá fuera humana después de todo.

—No, y por favor, no te alarmes —Zanna intentó suavizar la brusquedad—. Estaré como nueva mañana por la mañana.

Sólo rogó por que fuera verdad mientras recogía el bolso.

A Zanna siempre le había encantado la vista desde la ventana de su dormitorio. Adoraba ver el río Támesis y su tráfico. Pero esa mañana miraba el reflejo brillante del sol en el agua sin verlo.

Apenas había pegado ojo la noche anterior, con la mente en un torbellino examinando y rechazando la evidencia, diciéndose a sí misma que las sospechas del día anterior no podían ser verdad, que el test que acababa de hacer quince minutos antes le confirmaría que estaba en lo correcto, porque cualquier otra cosa era impensable.

Miró febril al reloj deseando que pasara el tiempo y contado los minutos. Se sintió aturdida cuando por fin se encaminó al cuarto de baño.

La marca del tubo de ensayo pareció mirarla con furia, confirmando su peor pesadilla.

Apretó los puños contra su abdomen.

—¡No! —susurró con angustia—. ¡Oh, Dios mío, no!

¿Podría una noche de arrebato en toda su vida acabar en tal desastre? ¿Había sucedido de verdad? No podía creerlo.

Incluso con la prueba irrefutable ante ella, las cuestiones y negativas le sacudían el cerebro.

Ella era Zanna Westcott. No cometía nunca errores. Normalmente consideraba las consecuencias y tomaba decisiones equilibradas.

Excepto una, cuando se había permitido a sí misma dejarse arrastrar por aquella ola de locura. Pero ahora, la ola había retrocedido y la había dejado en un puerto solitario y desesperado, más asustada de lo que había estado en toda su vida.

Las paredes del cuarto de baño parecieron cerrarse a su alrededor. Casi volvió corriendo al salón con la respiración jadeante.

Necesitaba despejarse la cabeza, pensar, planear. Eso era lo que

ella hacía mejor y por lo que era valorada. No era sólo una patética criatura a merced de sus hormonas. Y aquel era otro problema que necesitaba solución.

Y, sabiendo todo aquello, ¿por qué deseaba sólo bajar la cabeza y aullar como un perro?, se preguntó con amargo desdén.

Durante un momento, permaneció de pie dividida por la indecisión, antes de recoger el bolso y salir corriendo de su apartamento en dirección al garaje.

Aunque era todavía bastante temprano, el día laboral ya había comenzado y pronto empezaría la interminable lista de llamadas telefónicas.

Y por un momento, necesitaba distanciarse y recuperar la energía.

Escogió una ruta al azar, o eso se dijo a sí misma. Pero cuando se encontró en la autopista, comprendió, o admitió que el instinto la estaba guiando.

Pero aún así, no tenía por qué obedecerlo. Tomaría la siguiente salida y saldría de la autopista. Pero siguió viendo pasar las señales, cada una con la promesa de un nuevo destino, un nuevo refugio. Miró, pero no hizo nada.

Cuando llegó el momento, se deslizó al otro carril como si fuera un autómata. A los cinco minutos, la carretera la llevaba inexorablemente a donde no sabía lo que esperaba encontrar. Sólo sabía que había sido impulsada como por una fuerza invisible, que no le quedaba otra elección que encontrar a Jake. ¿Y entonces qué?

Nada de su experiencia en negociación o confrontación la había preparado para aquello. Pero al menos podría hablar con él, pensó con languidez.

Estaba temblando cuando pasó el cartel del pueblo. Redujo al ver el taller, pero las puertas estaban cerradas y el lugar parecía desierto. Zanna se mordió el labio y condujo hasta la casa de la iglesia.

Aparcó lejos del parque del pueblo y caminó despacio por el camino frontal intentado aparentar tranquilidad cuando estaba temblando por dentro.

Llamó al timbre de la puerta y esperó con el corazón desbocado y rezando por escuchar algún signo de vida desde dentro de la casa. Pero sólo le llegó el silencio. Cuando rodeó la casa para mirar por la parte trasera, por la ventana de la cocina sólo vio un orden que indicaba vaciedad.

Pero, ¿por qué había creído que él estaría allí? ¿Había pensado que podía retroceder al encantamiento y encontrarlo allí esperando como el príncipe de un cuento de hadas para besarla y ser feliz de nuevo? Se despreció a sí misma por su patetismo.

No sabía que tenía tanto talento para la fantasía o para el auto engaño, pensó enfadada.

Golpeó la puerta trasera hasta hacerse daño en los nudillos.

El guarda ya no estaba vigilando, pensó antes de comprender por primera vez que había confiado en que estuviera allí para ella, en aquella casa que significaba tanto. Lo mucho que necesitaba arrojarse a sus brazos y llorar sus miedos y confusiones.

Y entonces se preguntó, no por primera vez, lo que habría pensado él al despertar y no encontrarla allí sin haberle dicho ni una sola palabra. Se preguntó si le importaría, si habría preguntado en el Bull por algún rastro de Susie Smith o si habría intentando localizarla de alguna manera.

O, lo que era más probable, si habría aceptado simplemente lo que había sido, una aventura pasajera sin compromisos ni arrepentimientos, unas pocas horas de irresponsabilidad ahora, a esta distancia, apenas recordadas.

Excepto por ella, pensó con debilidad Zanna. Y quizá debería estar agradecida de que el embarazo fuera la única consecuencia de aquel increíble arrebato de locura.

Se sentó en un escalón de piedra, apoyando la espalda contra un grueso tronco. La vida continuaba, pensó, y era una imprudencia mirar atrás y mucho menos esperar que el pasado cambiara.

Pero, aunque no lo había admitido hasta ese momento, ahora comprendía que era lo que había esperado. Y sintió una desolación desbordante. Y un sentido de absurdo infinito.

Las lágrimas le empañaron los ojos y el nombre de él le ardió en la garganta.

—¿Dónde estás? —gimió con dolor en la quietud—. Jake, vuelve. Te necesito. Perdóname por haber escapado de esa manera y… ayúdame. Por favor, ayúdame.

Escuchó sus propias palabras desvanecerse en el quieto silencio y después de un rato, se levantó despacio y volvió con rigidez al coche.

Volvió a Londres a primera hora de la tarde. No se había dado prisa en el viaje de vuelta. Cuando metió la llave en la cerradura, se quedó paralizada por el fuerte aroma a tabaco.

—¿Padre? —preguntó con debilidad al entrar en el salón—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Esperándote —la silueta de sir Gerald se recortaba amenazadora contra la ventana—. Eres una mujerzuela.

Zanna se quedó con la boca seca.

—No lo entiendo.

—Ni yo tampoco… hasta que entré en el cuarto de baño y vi esa obscena cosa —sus ojos eran opacos como la piedra—. Traje a Ben Wickham conmigo. Tessa me había contado lo de los vómitos y estaba preocupado, naturalmente. Quería que te examinara.

Zanna maldijo a Tessa para sus adentros.

—Le pedí que no te lo contara. Dije que no quería al médico de la empresa.

—Gracias a Dios que tengo algunos empleados que son fieles —exhaló el aliento—. No podía creerlo cuando Ben me explicó para qué era toda esa parafernalia.

Zanna alzó la barbilla.

—No tienes derecho a entrar aquí y espiar en mi vida. ¿Y cómo entraste, de todas formas?

—Este apartamento pertenece a la empresa. Y yo tengo llaves de todas las propiedades de Westcott Holdings. Y gracias a Dios que he descubierto lo tuyo. Toda esta situación puede solucionarse de una vez sin ningún escándalo. Ben me lo ha asegurado.

Zanna estaba muy rígida.

—¿De qué estás hablando?

—El conoce una clínica excelente, rápida y discreta. Va a concertarte una cita ya mismo.

Zanna giró al cabeza.

—¿Quieres decir que aborte?

Tenía la mente en un torbellino. Le parecía estar viendo a su padre a través de una inmensa llanura.

—Bueno, por supuesto —contestó él con impaciencia.

Zanna inspiró con fuera.

—Ni siquiera has preguntado quién es su padre. Si tenemos nuestros propios planes…

—No tengo por qué hacerlo. No tienes ningún anillo en el dedo ni un hombre regular en tu vida. Te has comportado como una tonta y una prostituta, pero no tienes por qué cargar con las consecuencias… no en estos tiempos.

Ella lo miró fijamente.

—Estás hablando de tu nieto…

—¿Crees que recibiría encantado a un bastardo? ¿Que le dejaría humillarme a mí y a mi empresa enfrente de toda la ciudad? —su carcajada fue áspera y desdeñosa—. Recupera la sensatez, muchacha. Recuerda quién eres y cuál es tu propósito en la vida.

—Quizá yo no vea que sea destruir a un niño sin nacer.

Intentó hablar con calma.

—Entonces eres peor que idiota y desde luego, no eres hija mía —desde el otro extremo de la habitación, Zanna sintió su poder y rabia como algo tangible—. Entiende esto, Zanna. De ninguna manera te quedarás con ese hijo siendo… una madre soltera. Haz eso y perderás todo, tu trabajo, tu coche y tu apartamento. Estarás sola y tendrás que vivir de la Seguridad Social. Mira a ver si el padre del bebé te quiere entonces —añadió con salvajismo.

—Eso se llama chantaje.

—Eso se llama sentido común —defendió implacable sir Gerald—. No necesitas arruinar tu vida y tirar tu carrera por la borda por haber cometido una estupidez.

—Parece que he cometido muchas —dijo Zanna sin entonación—. Pero tú y yo nunca estaríamos de acuerdo en cuáles han sido.

Su padre se apartó de la ventana y a pesar de sí misma, Zanna dio un respingo cuando se acercó a ella. Sir Gerald apagó el puro en un cenicero de porcelana.

—He hablado en serio —dijo a sus espaldas al pasar por delante de ella—. Te lo estoy advirtiendo: vete a la cita que Ben te ha concertado o estás acabada.

Zanna escuchó el portazo y la tensión se evaporó de su cuerpo. Con las rodillas temblorosas, se desplomó en el sofá más cercano y se quedó mirando a su alrededor.

«Mi apartamento», pensó. «El precio de mi éxito y valía». O eso había creído hasta el momento.

Contempló las brillantes piezas de mobiliario, las paredes de color pastel apenas adornadas con unas cuantas pinturas y cerámicas que el diseñador había sugerido y por primera vez en su vida, se preguntó qué significaría todo. Cómo habría dejado ella tan poca huella en su entorno que parecía todo recién estrenado… sin tocar por la mano humana.

Y dentro de ella, también recién estrenada, estaba creciendo una diminuta vida que podría tener una influencia vital. Y supo que a pesar de las amenazas de su padre, ya había tomado su decisión. De ninguna manera destruiría a su hijo, al hijo de Jake, la prueba de que al menos por una noche, su vida estéril había sido también humana.

«Estás acabada». Las brutales palabras de su padre resonaron en su mente. Sacudió la cabeza lentamente y las apartó de su memoria.

No, pensó con determinación. Sólo estoy empezando.

Capítulo 7

No tener un coche le daba un nuevo valor a sus pies, pensó Zanna al salir de otra agencia de empleo.

Encontrar un pequeño estudio había sido relativamente fácil, pero hasta el momento, durante las tres semanas de su precipitada partida de Westcott Holdings, la búsqueda de trabajo había sido totalmente infructuosa.

Probablemente, admitió, no había creído de verdad que su padre llegaría a tales extremos. Pero al llegar al día siguiente a la oficina y decirle al doctor Wickham que no acudiría a la cita, había vuelto a su despacho para descubrir con humillación que había un guarda de seguridad en la puerta.

La habían obligado a esperar en recepción hasta que Tessa, radiante con el triunfo oculto, la había acompañado a su oficina y se había quedado esperando a que despejara su escritorio. Y antes de irse, le habían pedido que devolviera las llaves del coche.

Después de aquello, Zanna no le había visto sentido a esperar la humillación de que la echaran del apartamento, así que había empaquetado su ropa y su ordenador portátil y se había ido a un hotel, desde donde había empezado a buscar nueva casa y empleo.

Por suerte, la carencia de dinero no era el problema inmediato, aunque no podría vivir indefinidamente de sus ahorros, que se estaban evaporando con temerosa velocidad.

No, su verdadera dificultad radicaba en que parecía estar vetada en el mercado laboral. Su absoluta falta de referencias, sumada a la página del periódico acerca de su precipitada partida de la empresa de su padre, sugerían que era culpable de alguna malversación. Y sabía que su padre andaba tras todo aquello.

Y después estaba el problema de su próxima maternidad, lo que hacía que muchas empresas se echaran atrás.

Apretando los dientes, Zanna había empezado a solicitar puestos de secretaria, pero la mayoría de ellos estaban ocupados. No era fácil encontrar trabajo, se dijo con pesadumbre. Todo era culpa de la crisis.

Ahora, bajo la luz del sol y con el estómago en un puño, se preguntó si le aguantaría una taza de café. Ella había aprendido por amarga experiencia a empezar el día con un vaso de agua mineral y una galleta seca y a tomar las cosas paso a paso.

Pero no había ningún café en su calle, pensó abatida. Todo eran galerías de arte y tiendas de antigüedades salpicadas de alguna ocasional boutique de diseño. El tipo de sitio que le hubiera encantado en otro tiempo. Conteniendo un suspiro, decidió pasear por Fortnum y Masón.

Mientras esperaba a cruzar la calle, se encontró mirando ausente un par de vibrantes abstractos en el escaparate de una galería. Era una

galería nueva que ella no había visto la última vez que había estado allí.

Miró el nombre y repitió para sus adentros: galería Lantrell. ¿Por qué le sonaba tan conocido? Había llegado a la otra acera antes de recordar que, por algún oscuro motivo, la habían invitado a la inauguración en su otra existencia. Miró indecisa a su reloj y cambió de idea. Como estaba en la puerta, podría hacer una visita retrasada.

Empujó la pesada puerta de cristal y entró.

Enseguida se fijó en la luz, el espacio y el color, el sutil aroma a madera encerada, las caras telas y una amplia rampa que conducía a un segundo piso semicircular. El ambiente era discreto y lujoso, pensó y totalmente invitador.

—Bienvenida a Lantrell —la recepcionista era la típica rubia, pero su sonrisa era cálida y le pasó a Zanna un catálogo—. ¿Es la primera vez que nos visita? Me temo que la exposición actual está vendida entera, pero si le interesa algún artista en particular, nuestros especialistas estarán encantados de aconsejarla.

—Gracias —Zanna le devolvió la sonrisa un poco avergonzada, consciente de su falsa apariencia—. Me gustaría sólo echar un vistazo.

—¿Podría pedirle que firmara en nuestro libro de visitantes? —la chica empujó un libro de cuero ya lleno de nombres—. Así podremos mantenerla informada de nuestras exposiciones.

Zanna tomó el bolígrafo aunque ni siquiera podría comprar un trozo de marco en su situación actual.

«Me gustaría saber algo más de pintura», pensó mientras avanzaba despacio de óleo en óleo. «Me gustaría haber comprado cuadros así para mi apartamento en vez de dejar que el decorador me los eligiera. Me gustaría…»

Se detuvo en seco porque era el tercer deseo y podría cumplirse y no sabía exactamente que era lo que le gustaría.

«No te mientas», pensó mirando un enorme óleo de círculos superpuestos y triángulos en negro y todos los tonos posibles de rojo. «Sabes exactamente lo que desearías. Por eso fuiste a Emplesham a buscarle. Lo has sabido todo el tiempo, cuando te has atrevido a pensarlo.»

E incluso cuando notó una suave mano en el hombro y escuchó su voz muy baja llamarle: Susie, lo único que pudo pensar fue: pero si no he pedido el deseo. No lo he pronunciado. Entonces los círculos y los triángulos empezaron a girar frente a ella hasta que todo se puso oscuro.

—¿Qué deseo? —preguntó Jake.

Zanna estaba echada en un cómodo sofá en una habitación que evidentemente era la oficina. Recuperó la conciencia para encontrarse llevada en brazos por la rampa entre murmullos de consternación.

—¿Qué ha pasado, señor Lantrell? ¿Se ha desmayado? ¿Quiere que llame a un doctor, señor Lantrell? ¿A una ambulancia?

—No —Zanna se había semi incorporado a pesar de la boca seca y el mareo—. No, estaré bien.

La rubia recepcionista le había llevado un vaso de agua y una mujer mayor había aparecido con una bandeja de café.

Ahora estaban solos y Jake estaba a pocos metros de ella, medio apoyado sobre un elegante escritorio. La elegancia de su traje oscuro y la comparativa sobriedad de su pelo más corto, le hacían parecer un desconocido. Y de hecho lo era, se recordó Zanna mientras intentaba incorporarse odiando la vulnerabilidad de la posición en que estaba.

No era Jake Brown, en cuyos brazos había aprendido el significado del amor, sino alguien bastante diferente y a años luz del sexy hombre agitanado con el que ella había tropezado.

Zanna se cubrió las rodillas con la falda con nerviosismo.

—No lo entiendo.

—Antes de que te desmayaras, dijiste algo acerca de pedir un deseo.

—¿De verdad? —intentó soltar una carcajada, pero le salió estridente y poco natural—. Supongo que por el efecto de la conmoción en un sistema nervioso sobrecargado.

—¿Fue tanta conmoción?

—¡Oh, sí! —Zanna se humedeció los labios resecos—. Después de todo convertirse de mecánico a propietario de una galería es toda una metamorfosis.

Él curvó los labios en una mueca.

—De todas formas, no creía que cayeras a mis pies cuando te encontrara de nuevo.

—Tú no me has encontrado. Fui yo la que pasaba por la calle y entré.

—Una casualidad afortunada, pero eso no cambia el hecho de que te he estado buscando. ¿O creías que iba a dejar que te desvanecieras así?

Zanna se quedó de repente muy quieta.

—Esperaba que entendieras mis deseos y que los respetaras.

Él sacudió la cabeza.

—Por desgracia, no soy muy respetuoso con los deseos que no coinciden con los míos. ¿No sospechaste nada cuando te envié la invitación para la inauguración?

—No, ¿cómo iba a saberlo? —Zanna bajó la vista hacia sus manos entrelazadas—. Después de todo, no iba dirigida a Susie Smith.

Él esbozó una sonrisa radiante y deslizó los oscuros ojos por su cara antes de bajarlos hacia sus senos.

—Quizá debería haberlo hecho, pero quería que empezáramos de

nuevo, sin mentiras esta vez.

—¿Cuándo descubriste quién era yo de verdad?

—No tardé mucho en averiguarlo.

Su expresión era enigmática.

—Probablemente, pero, ¿merecía la pena por un breve encuentro?

—Yo creo que sí. Después de todo, dejamos muchos asuntos sin acabar, Susie.

Ella alzó la cabeza intentando hablar con firmeza.

—Si estás tan bien informado, sabrás que siempre me llaman Zanna.

Él se encogió de hombros.

—No me parece una mejora.

—¡Qué valor tienes!

—No se va muy lejos en la vida sin él. Y tú también has demostrado tener algo, dejando la seguridad de la manta de papá —su voz se hizo más suave—. ¿Cómo te encuentras en el mundo real?

Desde luego que estaba bien informado, maldito fuera. Zanna inspiró preguntándose hasta dónde habrían llegado sus pesquisas. Esperaba que no hasta la sala de prenatal del hospital universitario.

—Interesante —contestó con sequedad.

—¿Ya has encontrado otro trabajo?

Zanna vaciló.

—Estoy esperando la oportunidad adecuada.

—En otras palabras, no —curvó los labios—. Que te rechacen en todas partes debe ser una nueva experiencia para ti.

—Una de tantas —dijo ella con orgullo—. Ahora he aprendido sobre contadores eléctricos, transporte urbano, así como a compartir un cuarto de baño y mil cosas que hacer con las judías de bote.

—¿Por qué te fuiste de Westcott Holdings?

No era la pregunta que esperaba, si es que se podía esperar algo de Jake, pensó con amargura.

—Diferencia de opiniones.

—¿Con tu padre?

—¿Con quién si no? —consiguió sonreír—. Al contrario de lo que se rumorea, no me llevé el dinero a una cuenta suiza.

Él frunció el ceño.

—Me alegro de oírlo, aunque no había oído ese rumor en concreto.

—Entonces, ¿qué has oído?

Intentó sonar despreocupada, pero tenía todos los músculos en tensión.

—Que había habido divergencias tanto en lo profesional como en lo privado. Fui al apartamento en el que vivías y el vigilante me dijo que lo habías dejado.

Zanna dijo con frialdad:

—Desde luego, no puedo entender para qué te tomaste la molestia.

—Ya te he dicho que teníamos asuntos pendientes.

Ella sacudió la cabeza.

—Al contrario. Nos conocimos, pasamos unas cuantas horas juntos y nos separamos —bajó la vista hacia sus manos—. Así es como yo lo veo. Venir aquí hoy ha sido sólo una coincidencia.

—¿De verdad? Pues yo hubiera jurado que no eras chica de una sola noche, Susie.

—Pues, a pesar de todas tus investigaciones, no sabes mucho de mí.

Jake puso una mueca.

—Yo diría que nos conocemos íntimamente.

—Me temo que esta conversación es de mal gusto. Aunque tienes bastante razón, por supuesto. Normalmente no me comporto como lo hice aquella noche y no quiero que me lo recuerdes… o repetirlo siquiera.

—Eso… no es lo que yo estaba sugiriendo.

Jake se levantó de la mesa y se acercó a ella. Se sentó a su lado y le tomó la barbilla en la mano, ladeándole la cabeza a pesar de su inmediata e instintiva resistencia.

—Lo has estado pasando mal —dijo de forma abrupta—. Has perdido peso y tienes unas ojeras terribles bajo los ojos.

—¡Vaya halagador! —consiguió decir ella con la garganta seca.

Su roce le desbocó el pulso, comprendió humillada.

—Estoy constatando un hecho —la soltó—. ¿Cenas conmigo esta noche?

—No. Gracias.

—¿Hay algo malo con mis modales en la mesa?

—No seas paranoico —contestó con sequedad—. Estoy ocupada, eso es todo.

—¿Mañana por la noche?

—No, tampoco.

—¿Estás haciéndote la dura?

Zanna soltó un suspiro.

—Supongo que habrás oído hablar de los barcos que se cruzan en la noche. Me gustaría dejar las cosas así.

—Nosotros no nos cruzamos, Susie. Chocamos.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno todo el mundo puede permitirse cometer algún grave error. Lo consideraré el mío, pero no pretendo enmendar la falta —bajó de nuevo la vista hacia el regazo—. Dime una cosa. ¿Por qué estabas en Emplesham?

—Cuidando la casa.

Ella frunció el ceño.

—¡Vamos, por favor! Tienes todo esto… —hizo un gesto a su alrededor—, ¿y trabajas de guarda los fines de semana? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No, eso lo estás diciendo tú. Vigilo la casa de la iglesia de vez en cuando para mi padre.

—Así que me engañaste —dijo ella con amargura.

—Fuiste tú la que empezó con los juegos de mentiras. Yo sólo inventé mis propias reglas.

—Por favor, no me lo recuerdes —le dirigió una mirada avergonzada—. Tu actuación de mecánico fue muy convincente.

—Gracias. Pero no fue tan convincente. Steve, el dueño del taller, está medio retirado y me deja usarlo cuando está libre. Naturalmente, le pago la electricidad.

—¡Oh, claro! El parangón de la generosidad.

—Y trabajar en coches clásicos como aquel Jaguar, siempre me ha apasionado —prosiguió Jake—. Se podría decir que es mi forma favorita de entretenimiento. O una de ellas, al menos.

Estaba demasiado cerca de ella y la diversión que brillaba en sus ojos y la mueca de su boca eran fuerzas muy potentes. Zanna se levantó sintiéndose torpe.

—Cuidado —él se levantó a la vez y le pasó la mano por debajo del codo—. No quiero que te desmayes de nuevo.

—No es probable —afirmó Zanna con sequedad forcejeando para soltarse—. No lo convierto en una costumbre. Debe haber sido el calor.

—Espero que no. La temperatura de la galería está cuidadosamente controlada. Una cualidad que pareces compartir tú.

—Más vale tarde que nunca —se obligó a mirarlo a los ojos—. Aquella chica de aquella noche, en la casa de Emplesham, nunca ha existido. Debes entender eso y aceptarlo. Yo, realmente no sé lo que sucedió.

—¿De verdad? —su tono era casi reflexivo—. Yo apuesto por que la vida te apareció, Susie.

—Por favor, deja de llamarme así —apretó el puño con frustración—. No hay ninguna Susie. Nunca la ha habido.

—Siento oír eso. La echaré de menos, Suzannah.

—Tampoco uso ese nombre nunca.

—¿Puedo saber por qué?

—El nombre de mi madre era Susan. Después que murió, mi padre encontraba muy doloroso el recuerdo, así me convertí en Zanna.

¿Y por qué le estaba contando todo aquello?, se preguntó con impotencia.

—Excepto por unas cuantas horas que ahora haces lo posible por negar.

—Tengo mis razones. Te aseguro que no necesito conjurarlas.

—Pues yo creo lo contrario. Los dos podríamos encontrarlo muy instructivo. Pero te dejaré partir, señorita Westcott, ya que estamos tan formales, con una condición.

—¿Cuál?

Zanna recogió el bolso, preparada para salir.

—Lo que te pedí al principio de esta tortuosa conversación. Quiero que me digas cuál era tu deseo.

—Hecho —dijo con dureza—. Mi deseo era no haberte conocido nunca.

Hubo un breve silencio.

—¡Qué lástima! Sobre todo cuando compartimos recuerdos tan agradables. Y aquí queda otro para el recuerdo.

Sus manos descendieron hacia sus hombros y la atrajo hacia sí antes de cubrirle la boca con la suya con una posesión tan ansiosa que la dejó sin aliento. Acabó con la misma rapidez con la que había empezado dejándola temblorosa. Zanna deseaba sentir el calor de su cuerpo contra el de ella, la fuerza de sus brazos a su alrededor, sujetándola, consolándola. Y en vez de eso, la dejó sin nada.

Dio un paso atrás resistiendo la tentación de llevarse una mano a los labios temblorosos.

—Juego terminado —se enojó al oír el leve temblor en su voz—. Adiós, señor Lantrell.

La sonrisa de él tenía todo el encanto del mundo.

—Buena viaje, señorita Westcott.

Jake no volvió a tocarla de nuevo, pero la acompañó por la rampa entre las miradas de curiosidad de sus empleados.

Y el sonido de la puerta, cerrándose tras ella, resonó en su cerebro con una curiosa sensación de finalidad hasta que salió de aquella calle.

El parque estaba atestado entre turistas, empleados de oficina y trabajadores que llevaban su almuerzo a uno de lo espacios abiertos más grandes de Londres a disfrutar del calor del sol. También había familias enteras, jugando al balón y niños dando migas de pan a los patos del lago.

Zanna, sentada sola en un banco cercano al agua, los miraba sin verlos. A pesar del calor, se sentía mortalmente helada.

Estaba intentando asimilar los acontecimientos de la hora anterior, aceptar que Jake había estado allí en Londres buscándola al mismo tiempo que ella había estado en Emplesham intentando encontrarlo a él. Pero no había sido así, se recordó son fiereza.

Porque Jake Brown, el que se burlaba de ella, la enfurecía, la excitaba y la hacía abandonarse en una ola de pasión imposible de soñar, ése hombre, nunca había existido.

Y en su lugar aparecía un hombre que era un enigma.

Y no es que hubiera un gran misterio en por qué había intentado encontrarla, reconoció con amargura. Podía entender la naturaleza de aquel «asunto pendiente» con mucha facilidad. Él había pretendido seguir su relación donde la habían dejado. Su desaparición le había intrigado lo suficiente como para perseguirla y descubrir su verdadera identidad, algo que había logrado sin gran esfuerzo.

Pero, gracias a Dios, sus investigaciones no habían llegado más lejos, pensó pasándose una mano por el abdomen con gesto protector. Al menos no sabía nada del bebé.

No había estado segura, incluso cuando había ido a Emplesham a buscarlo, de lo que le diría a Jake Brown acerca de tener a su hijo, pero sabía, sin ninguna duda que mantendría el secreto para Jake Lantrell.

No quería ni su compasión, ni su dinero ni su intromisión en la vida de ella. Y podía pasarse muy bien sin todo eso. Se las arreglaría.

Probablemente eso significaría tener que irse de Londres, reconoció. También podría cambiar de nombre, porque no estaba segura de que no siguiera buscándola. Jake Lantrell no era un hombre que aceptara un no como respuesta.

Tendría que escapar, se dijo a sí misma. Y tendría que esconderse. Y no tenía mucho tiempo que perder.

Estremeciéndose, alcanzó el bolso y entonces se detuvo transfigurada al contemplar al grupo que avanzaba hacia ella. Era otra fiesta de familia, el hombre alto y moreno, la mujer más baja y de pelo rubio y sus hijos, recién salidos de la infancia, jugando entre ellos de la mano de los padres. Los niños saltaba por los aires y Zanna vio la mirada que intercambió la pareja sobre los niños sonrientes, una mirada tierna, de orgullo y adoración y sintió que se le encogía la garganta.

Así, pensó, era como debía ser. Qué seguridad debían sentir en vez de la soledad de ella.

Zanna supo entonces sin asomo de duda, por qué había intentado encontrar a Jake con desesperación. Porque por unas pocas horas, había encontrado al hombre, a la otra mitad de sí misma, o eso había creído.

Sólo que hora, pensó, había desaparecido para siempre. Y vio entonces el agua azul frente a ella disolverse mientras los ojos se le llenaban de lágrimas que no se atrevía a derramar.

Capítulo 8

Zanna cortó el envase de jamón rosado y lo miró con desagrado. Prepararía una ensalada, pensó con un suspiro, con patatas nuevas para hacerlo más bonito a la vista y mucha salsa para enmascarar su falta de sabor. ¿O por qué no lo hacía mejor y se olvidaba del jamón y se comía el tarro de mermelada?

Zanna Westcott, se reprochó a sí misma, ¿es que quieres que este niño nazca con una expresión permanentemente amargada?

Lo cierto era que, desde que se había quedado embarazada, se le había despertado el apetito por las comidas muy especiadas, pero esa tarde, no tenía mucho apetito.

Tienes que comer, se dijo a sí misma con firmeza. Has tomado decisiones. Tienes planes. Necesitas mantener las fuerzas.

Al irse del parque, había visto uno de los autobuses de dos pisos descubierto y se había pasado la tarde paseando en uno y contemplando partes de Londres que hasta el momento apenas conocía. Era hora de que apreciara, como una turista más, la belleza y esplendor de la ciudad, sobre todo porque la abandonaría muy pronto.

Había decidido trasladarse a una de las ciudades del norte, quizá Manchester o Leeds. Sería más fácil empezar allí de nuevo, hacer una nueva vida donde fuera completamente desconocida. Sería una aventura, pensó con resolución.

Se preguntó qué posibilidades tendría de que le devolvieran parte de la renta que había pagado por adelantado, pero decidió que eran mínimas. Su habitación era limpia y decentemente amueblada, pero eso era a lo más que llegaba la filantropía de su casero. Sin embargo, le había escrito para comunicarle su partida y le había dejado la carta en el buzón de abajo.

Hizo un cálculo de sus recursos financieros y parpadeó. Viajaría en autobús porque era más barato que el tren, buscaría el alojamiento más barato que encontrara y se apuntaría en la primera agencia de empleo. Aceptaría cualquier trabajo que le ofrecieran y ahorraría hasta el último penique para alquilar un apartamento decente cuando el niño naciera. Y cuando ya no pudiera trabajar más, se apuntaría a la beneficencia. Estaba todo controlado, se dijo con determinación.

Y Jake Lantrell podría pasarse todo el tiempo que quisiera buscándola en Londres. Hasta que, por supuesto se hartara y decidiera desistir.

—Otro problema resuelto —dijo entre dientes mientras llenaba un cazo de agua para las patatas y lo ponía a hervir.

La llamada en la puerta la sobresaltó. Debía ser el casero para inspeccionar que no se llevaba nada, decidió disgustada mientras abría la puerta.

Dijo con frialdad:

—No esperaba una reacción tan inmediata…

Y se detuvo con un gemido de horror al ver quién estaba esperando fuera.

—Espero que no te vayas a desmayar de nuevo —Jake mostró una bolsa de papel y una botella de vino—. Como verás, ahora tengo las dos manos ocupadas, así que no podré sujetarte.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Te pedí que cenaras conmigo. Te negaste, o sea que aquí estoy para cenar contigo. Hasta he traído la comida, así que reconocerás que soy el invitado perfecto.

—Seguro que piensas que eres muy divertido —su cara era impertérrita—. Pero yo lo considero acoso y quiero que te vayas. Ahora.

Jake sacudió la cabeza con tristeza.

—La hospitalidad no es lo que era.

—Creo que se debe esperar hasta que te la ofrezcan.

—Quizá —acordó él—. Pero tenía la sensación de que sería una larga espera.

—Hasta que el infierno se hiele —corroboró Zanna.

Desearía que se fuera y aprisa. Porque el olor de la bolsa era delicioso. Comida china, pensó hambrienta con la boca hecha agua.

—¿Estás segura de que no puedo convencerte de que cenes conmigo? —Jake miró hacia la mesa, donde el maldito jamón estaba empezando a ondularse por los bordes—. Aunque lo que ibas a tomar parece delicioso, por supuesto —añadió con cortesía.

—¿Y por qué no dejas la comida y simplemente te vas?

—De ninguna manera, Susie. Esta es una cena especial para dos. Tendrás que aprender a compartir.

Ella vaciló.

—Pensé que había dejado claro que no quería volver a verte.

—Dejaste claro como el cristal que no querías que resumiéramos nuestra relación donde la habíamos dejado, pero eso no significa que no podamos ser amigos. Digamos que no nos separamos en los mejores términos esta mañana y me gustaría enmendarlo.

Ella le dirigió una mirada dudosa.

—Eso no es buena idea.

—Ni tampoco comer sola en este agujero gris —Jake dirigió a su alrededor una mirada especulativa—. ¿Es esto lo mejor que puedes conseguir?

Ella se encogió de hombros.

—Dímelo tú. Pareces estar muy al día en mis asuntos. Y deberías haber visto algunos de los sitios que rechacé.

—No, gracias. Podría quitarme el apetito. Hablando de lo cual… —levantó la bolsa y el aroma se hizo más fuerte—. ¿Vas a dejarme

entrar o este maravilloso pato crujiente, cerdo y gambas, van a tener que irse a la basura?

—Bueno, de acuerdo.

—Esa es mi graciosa anfitriona —Jake empezó a desempaquetar los recipientes y a posarlos sobre la mesa—. ¿Podría poner este establecimiento dos platos? He traído costillas de cerdo. Y esto.

Le pasó un trozo de cuerda enroscado.

—¿Para qué es eso?

—Para que me ataras las manos a la espalda por si querías más seguridad. Pero, por supuesto, tendrías que darme de comer.

Zanna esbozó una sonrisa a pesar suyo.

—No seas tonto. ¿Qué te hace pensar que no te ataría y me lo comería yo todo delante de ti?

—Zanna podría, pero Susie nunca.

—Me gustaría que pararas con eso —protestó ella—. Me haces sentir como si tuviera doble personalidad.

—No estoy seguro de que esté muy lejos de la realidad —puso una mueca mientras abría la botella—. ¿Vasos?

—Yo no tomo vino, gracias.

Habló sin pensarlo mientras abría un armario para sacar un solo vaso.

Jake frunció el ceño.

—¿Te has apuntado a la liga de abstemios?

Ella se sonrojó a la defensiva.

—Por supuesto que no. Sólo creo que sería más prudente mantener la sobriedad, eso es todo.

—Yo te doy mi palabra de que eso no será ningún problema —su mirada se deslizó hacia la cama individual—. Quiero que seamos amigos, nada más —estiró la botella—. Ahora, sírvete una copa y brindaremos para ser buenos compañeros.

A regañadientes, ella obedeció. Contarle que había dejado el alcohol en beneficio de la salud, sería una confesión, dadas las circunstancias. Jake no era estúpido. Era tan capaz de sumar dos y dos como cualquiera.

Esbozó una sonrisa.

—No tengo vasos de cristal, me temo.

—No ha sido un año muy bueno, sospecho. Por la amistad, Suzannah.

—Por la amistad —repitió ella obediente.

La comida estaba tan deliciosa como su olor. Era curioso lo hambrienta que una podía llegar a estar cuando le ofrecían exactamente lo que deseaba, pensó Zanna soñadora al terminar el crujiente pato.

—Eso está mejor —dijo Jake aprobador—. Un par de semanas y

recuperarás tu peso normal.
Zanna frunció el ceño.
—¿Cuidándome?
—Eso es claramente lo que necesitas. A menos que me equivoque mucho, no lo han hecho mucho últimamente en tu vida.
—Por favor, no te compadezcas de mí —dijo Zanna con cortesía apartando las costillas—. Para la mayoría de la gente, tengo una vida encantadora.
Jake suspiró.
—Suzzanah, estoy intentando conocerte, pero no me lo pones muy fácil.
Ella se encogió de hombros.
—Quizá yo valore mi intimidad. Y no parece que tenga mucha.
—¿Estás enfadada porque te he localizado?
—Más bien me intriga tu insistencia.
—Tengo mis razones.
—¿Y me contarás un día cuáles son? —preguntó intentando aparentar calma.
Él asintió.
—Algún día.
Zanna se levantó, recogió los paltos y los llevó al fregadero.
—¿Te apetece un café?
—Preferiría tener una conversación sincera.
Hubo cierta tristeza en su tono mientras ella ponía el agua a calentar.
—¿Quién escoge el tema?
—Habla de lo que quieras.
—Muy bien. Háblame de las galerías Lantrell. He oído que tienes varias por todo el mundo.
—Ese es el objetivo. La primera la abrió mi abuelo en Nueva York. Ganó mucho dinero con el petróleo, pero el arte era su pasión. Descubrir un nuevo talento y lanzarlo era la alegría de su vida. Todo salió de ahí.
—¿Era también americano?
—Sí. Pareces sorprendida.
—Un poco. No tienes apenas acento.
—Soy de una familia muy cosmopolita. Mi abuela era francesa y mi madre inglesa. Yo vine a la escuela y a la universidad aquí.
—Ah, supongo que por eso compró tu padre la casa de Emplesham. ¿Para las vacaciones y esas cosas?
—Esa fue una de las razones, desde luego.
—Pero, acabas de abrir en Londres ahora, ¿verdad? ¿No es eso bastante raro?
Jake se encogió de hombros.

—Mis antepasados tenían sus prioridades. Pero era inevitable con el tiempo —se detuvo—. Es una pena que te perdieras la inauguración.

—Estoy segura de que fue una fiesta muy lujosa. Me gusta la galería. Da una gran sensación de espacio y paz.

—Eso se debe a mi madrastra. Ella insiste en que al ojo hay que darle espacio y tiempo para contemplar la pintura.

—Seguro que tiene razón —vaciló—. ¿Has dicho tu madrastra?

Jake asintió.

—Mi madre murió cuando yo era muy pequeño.

—Lo siento. Sé lo que es. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, muy bien.

—Pues… tienes suerte al respecto. Yo era sólo un bebé —tragó saliva—. ¿Te llevas bien con tu madrastra?

—Sí. Es una mujer estupenda y una gran dama. Y le hace muy feliz a mi padre.

—Quizá mi padre debería haberse casado de nuevo. No debe haber sido fácil para él… estar solo.

—La soledad puede hacer mucho daño —acordó él en voz muy baja.

Zanna lo miró con intensidad mientras ponía el agua en el recipiente.

—Mi padre —dijo con énfasis—, es uno de los hombre de negocios más brillantes del país. No parece haber sufrido mucho daño.

—Me pregunto si él saldría en tu defensa con tanta facilidad.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Por qué te pones a la defensiva, Susie?

—¿Quieres decir que tu detective no hace espionaje industrial también?

Se hubiera mordido la lengua en ese mismo momento. Lo último que deseaba era que Jake empezara a husmear en Westcott Holdings. No tardarían en enterarse de alguna indiscreción por parte de Megan acerca de su extraña enfermedad y el secreto saldría a la luz. Y no estaba preparada para correr tal riesgo.

—Puede ser, pero preferiría que me lo contaras tú.

—Y yo preferiría no hablar de ello —dijo ella con sequedad.

—No es simple curiosidad. Me gustaría ayudarte, Susie. Para eso están los amigos, por si no lo sabes.

—¿Y qué se supone que quieres decir?

Jake se encogió de hombros.

—Simplemente que te veo muy aislada en este momento.

—¿Y entonces apareces tú como sir Lancelot a rescatarme? —sirvió el café con torpeza y las manos temblorosas—. ¡Maldita sea!

—Deja que lo haga yo.

—Creo que ya has hecho bastante —inspiró con fuerza—. Me gustaría que te tomaras el café y que te fueras, por favor.

Hubo una pausa antes de que Jake dijera en voz baja:

—Creo que lo he estropeado todo.

—Tú lo has dicho —Zanna dio un sorbo a su café y posó la taza—. Te agradezco la comida. Ha sido, maravillosa, pero eso es todo. Guarda tu compasión para otra causa que merezca más la pena.

—¡No es compasión, maldita sea! Quiero ser tu amigo, Suzannah.

—Nos hemos acostado juntos una vez —apoyó la mano en el respaldo de la silla hasta que se le pusieron los nudillos blancos—. Eso no me pone en tu lista caritativa. No necesito a un maldito samaritano.

Jake echó la cabeza hacia atrás y los ojos oscuros se pusieron fríos como la obsidiana.

—Tú ganas, Zanna —hubo un tono de desdén en su voz—. No volveré a intentarlo de nuevo.

—Eso es todo lo que yo quería oír.

Se quedaron los dos de pie mirándose el uno al otro a través de la mesa. Era muy estrecha. Lo único que tenía que hacer era estirar una mano y le tocaría. Y, Dios santo, ¡cuánto deseaba hacerlo!

«No quiero sólo ser tu amiga», gritó para sus adentros. «Quiero ser también tu amante. Quiero tu pasión lo mismo que tu ternura y si no puedo tener todo eso, prefiero no tener nada. Nada de nada. ¿Es que no lo entiendes? ¿Cómo puedes no notarlo?»

Y qué extraño, horrible e irónico era ser consciente en ese preciso momento, justo cuando le estaba pidiendo que se fuera.

Le observó darse la vuelta casi con temor. La puerta se cerró a sus espaldas y pudo escuchar el sonido de sus pasos descender por la escalera sin moqueta. Escuchó a ver si oía el portazo de abajo, pero sólo le llegó el silencio que envolvió la habitación con frialdad.

Soltó el respaldo de la silla y empezó a frotarse la mano con suavidad. El cabo de cuerda estaba enroscado a sus pies y se agachó para recogerlo.

«Tú ganas, Zanna». Sus palabras parecieron resonar en su cerebro como un martilleo incesante.

Entonces dijo temblorosa:

—¡Vaya victoria! —y sintió las primeras lágrimas arderle en los ojos.

—Señorita Westcott —el golpe en la puerta era de uno de sus vecinos—. Teléfono para usted.

Zanna se incorporó adormilada. Después de la partida de Jake, simplemente se había desplomado en la cama y había llorado hasta quedarse dormida hasta que se había despertado a las pocas horas helada. Se había desvestido y se había metido en la cama sin encender

la luz. Cuando había conseguido conciliar de nuevo el sueño, había sido un sueño inquieto invadido de agitadas pesadillas. Ahora, era casi medio día y se sentía como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Saltó de la cama, buscó el albornoz y se preguntó quién podría llamarla.

Alcanzó el receptor medio esperanzada medio temerosa.

—Zanna Westcott al habla.

—Buenos días —era la voz de una mujer—. Soy Diana Malan y la llamo para su primera entrevista. Vino a vernos ayer acerca de un trabajo temporal.

—Sí, pero ahora he decidido trabajar fuera de Londres.

—Bueno, eso no es problema —Diana Malan parecía sorprendida—. Al contrario. ¿Tiene el pasaporte en regla?

—Bueno, sí —Zanna frunció el ceno—. ¿Me está ofreciendo un trabajo fuera del país?

—Ese es el plan —dijo animada la otra mujer—. ¿Podría llamar a la oficina esta tarde para discutirlo, por favor? ¿Digamos a las tres en punto?

Zanna le aseguró que sería perfecto y colgó con el corazón desbocado.

Dejar el país, pensó, sería la respuesta a todos sus problemas. Cuanta más distancia pusiera entre ella y Jake, mejor. Ojos que no ven, corazón que no siente. Y, con un poco de suerte, les pasaría a los dos.

A esa hora del día, el cuarto de baño estaba menos solicitado y Zanna pudo disfrutar con calma de un buen baño y lavarse el pelo. Planchó la blusa de color acero a juego con la falda estrecha y se miró como pudo en el pequeño espejo.

Se sintió un poco agitada al comprender que su primera cita era en la agencia de la mañana anterior, demasiado cercana a la galería Lantrell. Pero la oficina de Jake estaba en la parte trasera del edificio, recordó. Y, de todas formas, era muy improbable que estuviera buscándola.

Sin embargo, fue un alivio encontrarse por fin en la oficina de Diana Malan tomando un café.

—En la solicitud que rellenó para nosotros, dijo que hablaba francés.

La señora Malan, baja y elegante con un vestido estampado en blanco y negro y unos enormes pendientes de perlas, apretó una tecla del ordenador para examinar la información.

Zanna asintió.

—Tuve unos de mis sobresalientes en francés. Me sirvió de ayuda en mi anterior trabajo, ya que teníamos bastantes contactos en Europa.

—Ni tampoco tiene compromisos familiares, o sea que podría empezar inmediatamente, ¿verdad?

—Sí. No esperaba que me ofreciera algo tan pronto.

—Bueno, es un nuevo cliente, recomendado por uno de nuestros habituales. Es una mujer inglesa que vive en el sur de Francia y quiere una secretaria francesa para sustituir a la que tiene de forma permanente —la señora Malan frunció el ceño al mirar a la pantalla—. Parece que necesita un tiempo para ir a cuidar a su madre, debido a una seria operación.

—Entonces, ¿cuánto tiempo me necesitará?

La otra mujer apretó los labios.

—Por lo menos seis semanas, posiblemente dos meses —le sonrió a Zanna—. No puedo decir que tus obligaciones parezcan muy pesadas. La señora Cordet ayuda a su marido, que es un poderoso financiero y te tocará llevar la correspondencia social. Y está escribiendo un libro, una historia acerca de la región —le guiñó el ojo a Zanna—. Dios sabe si algún día se lo publicarán, pero ese no es nuestro problema.

Volvió a mirar a la pantalla.

—Su casa está en unas colinas detrás de Canes y tiene pista de tenis y piscina, así que vete equipada. Te pagarán el billete de vuelta en avión y te recogerá el chofer en el aeropuerto.

—Parece demasiado bueno como para ser verdad.

Zanca sacudió la cabeza asombrada.

—Quizá, pero mi experiencia es que la mayoría de los paraísos siempre vienen con serpiente —filosofó la señora Malan—. ¿Quizá tenga mal carácter? ¿Quizá sea un ogro? De cualquier manera, es temporal y paga un salario inmejorable. ¿Puedo notificarla que irás en tres días?

Zanna pensó con rapidez. Podía conseguir empaquetar los artículos personales que no necesitara y al volver, seguiría su plan; es decir, irse al norte. En dos meses, por supuesto, su embarazo sería más evidente. Y en Francia haría calor. Quizá debería invertir parte de sus ahorros en camisolas flojas.

Sonrió a la señora Malan.

—Estaré lista. De hecho, apenas puedo esperar para irme.

* * *

Fue una maratón, pero a los tres días estaba sentada en el avión vislumbrando con excitación la primera imagen del Mediterráneo al descender al aeropuerto de Niza.

No seas idiota, se reprobó a sí misma. Esto es un trabajo, no unas vacaciones. Además, ya había tenido bastantes desde que su padre la había echado. En el colegio, había estado en Francia y en Alemania con familias muy selectas con hijas de su edad, pero sir Gerald siempre había tomado las vacaciones como una interrupción para

ganar dinero. A su padre no le interesaban los viajes al extranjero y esperaba que Zanna adoptara la misma actitud.

Y ahora, se sentía absurdamente como si la hubieran liberado de la prisión.

Había hecho el equipaje con mucho cuidado eligiendo faldas lisas, pantalones y una variedad de prendas superiores, así como varios vestidos formales y algo de ropa de deporte. No era una gran selección, pero iba a ser una secretaria, no una modelo.

Y, si la necesidad surgía, siempre podría comprar algo con su sueldo, aunque pretendía ahorrar lo más posible.

Mientras tanto, rogaba por que la señora Cordet fuera tan encantadora como la señora Malan había dicho que parecía y que su marido mantuviera las manos para sí mismo. Si era así, todo saldría a pedir de boca.

Las instrucciones escritas de la señora Malan decían que fuera al mostrador de información en cuanto terminara las formalidades de aduanas.

—¿*Mademoiselle*?

La chica del mostrador esbozó una sonrisa profesional.

—Estoy esperando a que vengan a buscarme —intentó decir Zanna en francés—. El chofer de la señora Cordet. ¿Sabe si ha llegado ya?

—*Bien sur, mademoiselle* —la chica miró por encima de ella—. *Monsieur* lleva un rato esperando por usted —añadió casi con reverencia.

Lo que era una extraña manera de tratar a un chofer, sólo tuvo tiempo de pensar Zanna antes de que le recogieran la maleta de la mano.

Se dio la vuelta con rapidez y se quedó sin aliento al ver al recién llegado.

—Hola, Zanna —la sonrisa de Jake era fría e impersonal—. Bienvenida a Francia.

Entonces se agachó para darle un beso ligero y formal en cada mejilla.

Capítulo 9

—¡Tú! —Zanna sintió que el color se le iba de la cara al verlo y dio un paso atrás—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él pareció ligeramente divertido.

—¿Es que no es evidente? Esperar al avión.

—¡Pero si estabas en Londres!

Zanna casi estaba retorciéndose las manos.

—Tomé un vuelo ayer. Nuestra galería de Niza tenía un pequeño problema que recababa mi atención —se dio la vuelta hacia la salida con la maleta de ella en la mano.

Zanna salió corriendo tras él.

—¡Espera un momento! ¿Cómo sabías que estaría yo aquí? ¿Te lo ha dicho la señora Cordet?

—No exactamente.

Zanna agitó la cabeza.

—¡Oh! Ya lo entiendo. Esto es todo una trama tuya —los senos se le alzaron y descendieron por la respiración jadeante—. No hay trabajo y probablemente no exista siquiera la señora Cordet.

Había alzado la voz y la gente estaba girando la cabeza para mirarlos con curiosidad. Las miradas de las mujeres eran francamente de aprecio. Con unos elegantes pantalones de color crema y una camisa de seda azul Jake estaba muy atractivo y eso acentuó su resentimiento.

—Sí la hay —contestó él en voz baja—. La conozco desde hace quince años. Y creo que sería mejor seguir esta conversación en el coche.

—¡Y un cuerno! —Zanna se lanzó hacia él—. No pienso ir a ningún sitio contigo.

—Bueno, no puedes quedarte aquí. Estás interrumpiendo el paso.

—Todo esto te parece muy divertido, ¿verdad? Bueno, pues ríete de esto, señor Brown… o señor Lantrell, o como quiera que te llames hoy. Dame mi maleta porque me vuelvo a Inglaterra ahora mismo.

—Me temo que el avión de vuelta está lleno.

—Entonces esperaré hasta que haya un asiento disponible.

—¿Y dónde piensas estar mientras tanto?

Ella vaciló.

—Hay hoteles… pensiones.

—En lo más alto de la estación, Niza está a tope. ¿Y puedes permitirte los precios de la Costa Azul?

—Eso es mi problema.

—No —ahora ya no estaba sonriendo—. Es el mío. Porque tenías razón. Esto lo planeé yo.

Zanna contestó con voz ronca:

—No tenías derecho… ningún derecho.

—Tampoco tenía elección. No creí que aceptaras una simple invitación para acompañarme al sur de Francia.

—¡Por supuesto que no! —tenía la boca seca y el pulso acelerado —. Pensé que había dejado muy claro que todo se había acabado entre nosotros. Acabado y muerto.

—Lo hiciste y lo acepto —sus ojos oscuros la estudiaron con gravedad—. Y éste no es el sitio ni el momento oportuno para hablar de esto, pero quiero que sepas que me arrepiento profundamente de aquella noche en Emplesham. No debería haber dejado que ocurriera nunca. Y no he venido aquí para repetirlo, lo creas o no.

—Tú no tienes ni idea de lo que yo pienso —Zanna alzó la barbilla —. Entonces, ¿para qué estoy yo aquí? ¿Para la salud?

—Algo así —contestó él con calma—. Te mencioné que necesitabas cuidados. Y también sé que necesitas trabajo. Pensé que traerte aquí podría matar dos pájaros de un tiro.

—¿Quieres decir que hay de verdad un trabajo con la señora Cordet?

Tenía la mente en un torbellino. No podía pensar en nada más que en las palabras de arrepentimiento que él acababa de pronunciar. Palabras que deberían haberle gustado, pero que le dolían tanto que le daban ganas de llorar.

—No con Sylvie, me temo. Ella es el ama de llaves de tu jefe y está casada con el chofer que te espera ahí fuera —su sonrisa era tensa—. ¿Ves lo inocentes que son mis motivos? Hasta te he traído una carabina.

—Por favor, no esperes que te dé las gracias. O que acepte tu amable oferta de empleo. No quiero ni necesito tu caridad —de nuevo extendió la mano—. Ahora, ¿quieres darme mi maleta?

Jake sacudió la cabeza.

—No creo que pueda hacerlo. El primer avión de vuelta que puedes tomar es el de mañana y no pienso dejarte tirada en Niza veinticuatro horas. No quiero que me remuerda la conciencia aparte de todo lo demás.

—Entonces no deberías haberme engañado.

—Eso no es exactamente verdad. El trabajo existe, así que, ¿por qué no pruebas? Déjame llevarte a *Les Etoiles* a presentarte a tu nuevo jefe. Al menos tendrás un techo para esta noche. Y si después de eso quieres irte, me aseguraré de que tengas billete en el primer avión hacia Londres. ¿Trato hecho?

—Supongo que sí —concedió con desgana Zanna.

Para ser sincera, al idea de vagabundear por las calles de Niza con una maleta pesada buscando un alojamiento barato, no le seducía en lo más mínimo.

—Pero hay una cosa —se detuvo detrás de él—. Si no voy a

trabajar para la señora Cordet, ¿quién me va a contratar?

Jake contestó con cortesía:

—Mi madrastra.

Y siguió avanzando delante de ella bajo el sol.

El coche tenía aire acondicionado, pero Zanna se sentía abrasada. ¿Era simplemente el efecto de su propia rabia?

Se sentó con rigidez al lado de Jake sin ver el paisaje que pasaban. Sabía que Maurice, el conductor, había tomado una ruta a propósito para mostrarle la belleza de la costa de Niza y Canes y Jake también le narraba las vistas de interés, pero ella se sentía totalmente distante. Como una mosca atrapada en una tela de araña.

Todavía no podía creer en lo ingenua que había sido, creyendo haber conseguido un trabajo como aquel nada más empezar a buscar. Pero había querido creer que su suerte había cambiado.

Debería haber sabido que no escaparía de él con tanta facilidad.

Ahora, por razones que todavía no conseguía entender, estaba viajando a su lado a Dios sabía dónde. La preciosa costa de Canes atestada de yates y restaurantes en los puertos, había quedado bastante atrás ahora. Habían estado remontando con regularidad las colinas durante un buen rato.

Pero quizá fuera imaginaciones suyas debido a la tensión por la proximidad de Jake. Su muslo estaba a pocos centímetros del de ella en el lujoso asiento de cuero. Llevaba las mangas de la camisa enrolladas y podía ver el fino vello que le cubría la piel morena. Zanna era agudamente consciente del limpio aroma masculino que exhalaba.

No había, pensó, un centímetro de él que no hubiera explorado con sus manos y su boca. Y sin embargo, eran dos completos desconocidos.

El silencio era tenso y deseaba romperlo.

—¿Cómo sabías que me llamarían los de la agencia?

—No lo sabía, pero me pareció lógico. Alguna razón debías tener para estar en aquella calle en concreto.

Zanna dijo con amargura:

—Tendré que decirle algunas cosas a Diana Malan en cuanto regrese.

—No debes culparla. Ella sólo estaba haciendo su trabajo.

—¿Y si yo no hubiera sabido hablar francés o mi pasaporte no hubiera estado en regla?

Él se encogió de hombros.

—Se me hubiera ocurrido otra cosa.

—Seguro que sí. Lo que no entiendo es por qué.

Él se quedó en silenció un momento.

—Quizá sienta cierta responsabilidad.

—¿Por lo que pasó? —puso tono desdeñoso—. Los dos éramos

adultos y consentimos. Y no creo que haya sido la primera aventura de una noche que hayas tenido.

—Tampoco es algo que haga a menudo.

—¿Debo sentirme honrada?

—No —contestó él—. Aunque supongo que no sentiste que podía ser un gran paso adelante.

Ella parpadeó para sus adentros, pero se contuvo.

—Si eso es lo que pensabas, no sé por qué no me dejaste tranquila.

—A veces yo también me sorprendo a mí mismo.

—No importa. Mañana podrás quitarte el peso sin que te remuerda la conciencia.

—Quizá.

—No —aseguró ella—. Definitivamente. Tu madrastra puede ser la dama más encantadora del mundo, pero yo me voy de aquí. Tú dedícate a controlar tus galerías y déjame a mí en paz, señor Lantrell. Después de todo, si quisiera que me dominaran y manipularan, me hubiera quedado en Westcott Holdings.

—¿Tenías elección?

—¿La tiene alguien?

—No siempre —dijo Jake despacio—. Y desde luego, por lo que he oído de tu padre, no lo creo.

—Bueno, pues ahora ya te has enterado.

Zanna se dio la vuelta con resolución para mirar por la ventanilla. El paisaje era espectacular, tenía que admitir. Diminutos retazos de nubes blancas salpicaban el profundo cielo azul y las colinas eran una amalgama de rocas y sombras púrpura. En las partes más bajas, los cipreses dibujaban largas sombras sobre los pedazos de césped. No podía ser mayor contraste con la sofisticada algarabía de la costa.

Tan salvaje, pensó. Y tan aislado. No era un sitio para vivir con prisas. Sintió un escalofrío.

—¿Tienes frío? ¿Está muy fuerte el aire acondicionado?

—No —se apresuró a responder ella—. ¿Falta mucho para llegar?

—Como un kilómetro más.

—La casa de Las estrellas, ¿no es un extraño nombre para una villa?

Jake sonrió débilmente.

—No lo pensarás cuando hayas pasado una noche allí. Cuando no hay nubes, las estrellas parecen al alcance de la mano.

«Como en Emplesham», pensó ella reprimiendo otro escalofrío.

—Dudo que me quede suficiente tiempo como para notarlo.

El coche se metió en un camino de tierra un poco descendiente. Por delante de ellos, Zanna pudo ver una tapia y un par de portones de hierro. Al acercarse el coche, las puertas se abrieron obedientes por el control remoto que accionó Mauricio y se cerraron tras ellos.

Parecía que no había retroceso.

Allí dentro había más cipreses; una avenida entera de ellos se erigían como centinelas silenciosos guardando el camino hasta la casa. Ésta era un edificio de dos plantas de color cremoso con tejado de terracota y contraventanas verdes. Era grande, aunque no tanto como Zanna había esperado y eso le reconfortó de forma extraña.

Una mujer con un vestido negro había salido por la puerta principal y estaba esperando por ellos.

—Es la señora Cordet —dijo Jake en respuesta a la mirada interrogante de Zanna—. Ya te dije que existía.

Jake le puso una mano bajo el brazo con firmeza para ayudarla a salir del coche.

El recibimiento del ama de llaves fue educado, pero formal y aunque sus ojos oscuros estaban vivos de curiosidad, parecía incómoda cuando le estrechó la mano a Zanna.

—¿*Et Madame*? —preguntó Jake de forma abrupta después de saludarla.

La cara regordeta de la señora Cordet parecía ansiosa al darse la vuelta y guiar el camino hacia la casa.

Después de los radiantes rayos de sol, la casa estaba fría y en sombras. Zanna miró a su alrededor intentando adaptar la vista al cambio de luz cuando captó una nueva y casi tangible tensión entre sus acompañantes. Vio que estaban mirando hacia la ancha escalinata que dominaba el vestíbulo.

En el rellano de las escaleras, alguien más estaba de pie: una mujer alta, con pelo rubio y con una camisa escarlata y una falda blanca. En la penumbra del interior, su cara quedaba borrosa, pero sus ojos parecían despedir llamas verdes al mirarlos.

Una mujer desconocida, pero de alguna manera tan familiar como su propio reflejo. Tan familiar como el retrato de la mujer que colgaba en el estudio de su padre. Zanna se sintió de repente como si se hubiera convertido en piedra y de forma inconsciente le apretó el brazo a Jake.

La voz le salió ronca, casi irreconocible.

—¿Quién… es?

—Creo que ya lo sabes.

Jake le pasó el brazo por detrás de la espalda para apremiarla a acercarse con delicadeza.

—No —Zanna intentó zafarse para salir corriendo al aire libre.

Quería escapar de las sombras de aquella casa. Dar la espalda a aquella increíble y monstruosa posibilidad. Recuperar la cordura.

—Está bien —susurró Jake con suavidad—. Cariño, te juro que todo saldrá bien —miró hacia la mujer en lo alto de las escaleras—. Susan, querida, por fin te la he traído.

La mujer extendió unas manos temblorosas.

—Susie, mi bebé, mi bendita pequeña.

Su voz era profunda y ronca, cargada de emoción. Zanna estaba a punto de romper a llorar y se dio la vuelta hacia Jake.

—¿Qué es esto? ¿Otra de tus pesadas bromas? ¿Cómo te atreves a insinuar que es mi madre? Mi madre está muerta y lleva muerta desde que yo era un bebé. ¿Qué está pasando aquí?

Jake le pasó las manos por los hombros y la miró a los ojos.

—Escúchame, dulzura —su voz era suave pero firme—. Tu madre no murió. Ese fue un cuento de tu padre por qué nunca soportó el hecho de que le abandonara. Para calmar su maldito ego, prefirió aparentar que había muerto antes de contar que estaba feliz con otro hombre que no era él. Pero ella nunca ha podido ser completamente feliz, Susie. No sin ti. Todos estos años ha estado esperando, rezando por tener la posibilidad de ponerse en contacto contigo.

—¡No! —a Zanna se le rompió la voz—. Esto no puede ser verdad. No puede. Nadie podría hacer tal cosa.

—Él quería que fuera verdad —Susan Lantrell inspiró con intensidad—. Quizá, con el tiempo, hasta acabara creyéndolo él mismo.

—Pero todo este tiempo, tú también has dejado que lo creyera —gritó Zanna con angustia—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Porque era una cobarde —dijo la otra mujer con una profunda tristeza.

Jake se dio la vuelta para hablar con el ama de llaves, que tenía una profunda expresión de preocupación.

—Sylvie, prepara el té y llévalo al salón. Creo que necesitamos sentarnos y hablar las cosas con calma.

—Cúlpame si quieres. Ódiame si puedes, pero, por favor, escúchame —dijo Susan Lantrell con apasionada intensidad.

Hubo un largo y perturbador silencio. Zanna se debatía en un torbellino de emociones, de imágenes dolorosas y de dudas angustiosas.

En silencio, se soltó de las manos de Jake.

—Muy bien —aceptó sin entonación—. Escucharé.

—Nunca debí casarme con él —dijo Susan Lantrell mirando por encima de Zanna con los ojos cargados de sufrimiento—. Ni siquiera sé si lo amé alguna vez. Mi madre fue la que más insistió, por supuesto, porque mi padre nos había dejado en muy mala situación y Gerald tenía dinero. Había alguien a quien yo quería. Se llamaba Peter, pero acababa de empezar un pequeño negocio de ingeniería y no podía permitirse prometerse todavía. Yo estaba intentando establecerme como pintora, así que dije que esperaría por él.

—¿Y qué pasó? —preguntó Zanna.

—La empresa fracasó, fue obligado a vender. Sucedió de la noche a la mañana. Mi madre dijo que era inevitable, que Peter no tenía lo que hacía falta para emprender algo. Después, él atravesó una profunda depresión. Yo solía ir a verlo al hospital, pero la mitad del tiempo, ni siquiera me reconocía. Y yo estaba sometida a una presión constante, por parte de mi madre y de Gerald —sacudió la cabeza—. No es ninguna excusa, ya lo sé, pero no te puedes imaginar lo que fue.

—Sí —dijo Zanna en voz muy baja—. Sí puedo imaginármelo.

—Me encontré casada sin saber siquiera cómo había pasado. Al final me pareció mejor ceder que seguir luchando. Nos fuimos a Jamaica de luna de miel. Mientras tanto, Gerald me dijo que Peter estaba muerto. Que se había suicidado. Me lo contó como si estuviera haciendo un balance financiero, una transacción desagradable.

Miró entonces a Zanna con sobriedad.

—Y entonces fue cuando supe que la ruina de Peter había sido obra suya. Que había utilizado su poder, sus contactos, para destruir a Peter. Comprendí entonces lo lejos que podía llegar para conseguir lo que quería —se estremeció—. Debería haberle dejado entonces, pero quizá no quise admitir que moralmente era tan rastrero. Así que volvimos a casa y empecé a aprender a ser lady Westcott. Todo, hasta el último aspecto de nuestra vida, tenía que ser sometido al éxito de Westcott Holdings. Me exhibía como un trofeo, su preciosa e inteligente joven esposa. Excepto que ya no volví a pintar. Gerald se quejaba del tiempo que me robaba, de la concentración que debía dedicarle a él. En privado empezó a reírse de mi trabajo llamándolo la distracción de Sue y en público se refería a ello como a una patética afición, en vez de como a una parte esencial de mí. Lentamente fui comprendiendo lo completamente que quería cambiarme. Que todo lo que me hacía una persona, una mujer, debía ser borrado de mi memoria. Él sólo quería una fachada, alguien vestido con un traje de diseño que llevar su casa como un reloj y que nunca discutiera.

—¿Fue entonces cuando pintaste el autorretrato? —preguntó Zanna en voz muy baja—. ¿El que no tiene cara?

Su madre asintió.

—Era un grito en busca de ayuda, pero él no pudo entenderlo. Eso fue poco antes de descubrir que estaba embarazada. Gerald también se puso furioso por ello. Estábamos a punto de embarcar a un viaje al lejano Oriente y los doctores dijeron que no podía ir con él. Él me culpó de lo inconveniente de la situación, de lo egoísta y estúpida que era. Y entonces empezó a ponerse muy amable, a decirme que los doctores se preocupaban por mi estabilidad emocional y mi salud física. Que quizá no fuera el momento oportuno para empezar una familia. Que quizá debería pensarlo mejor.

—¡Oh, Dios! —susurró Zanna—. ¡Dios bendito!

Sintió a Jake agitarse inquieto a su lado.

Susan Lantrell bajó la vista hacia sus manos enlazadas con tensión en el regazo.

—Quizá fui una estúpida, pero al principio no me enteré de adonde quería llegar. Cuando lo comprendí, me sentí horrorizada. Esperé hasta que se fue de Londres y entonces dejé la casa y me fui a quedarme con mi vieja niñera. Le escribí a Gerald y le dije que necesitaba un cambio de aires y que le vería a su vuelta a Londres.

—¿Y por qué no le dejaste en ese momento? —preguntó Zanna.

Estaba temblando de nuevo y sintió que Jake se acercaba y le tomaba la mano entre la suya.

—Eso intenté —contestó Susan con un suspiro—. Iba a pedirle el divorcio, pero cuando volvió parecía haber cambiado de verdad. Estaba cargado de planes para cuando naciera el bebé y había convertido algunas habitaciones de la casa en habitaciones infantiles. Pensé que quizá fuera un nuevo comienzo.

Zanna dijo con voz quebrada:

—Nadie cambia nunca y mucho menos mi padre.

—Cuando naciste, estaba encantado. En las nubes. Creía que debía darle a nuestro matrimonio una segunda oportunidad. Pero cuando te llevé a casa, todo fue diferente. Yo quería que me ayudara mi vieja niñera las primeras semanas, pero en vez de eso, Gerald contrató a una joven de una de las mejores agencias. Todo almidón y horarios.

Susan puso una mueca de disgusto.

—La chica solía dirigirse a mí como «mami» y yo la odiaba. Gerald insistió en que dejara de darte de mamar porque me ocupaba mucho tiempo y en que no interfiriera en las rutinas de la niñera. Y yo tuve que ocupar mi puesto a su lado de nuevo. Tú tenías tu propio compartimento y yo el mío. Y estaban… totalmente separados.

Zanna echó la cabeza hacia atrás y dijo con voz ronca:

—¿Fue por eso por lo que te resultó tan fácil dejarme cuando te fuiste?

—¿Fácil? —repitió Susan asombrada—. ¿De qué estás hablando? —se levantó y alzó la voz—. ¿Crees de verdad que fue fácil?

Jake se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.

—Está bien, Sue. Todo va a salir bien. Ya no hablaremos más por el momento. Llevaré a Suzannah a su habitación y me ocuparé de dejarla instalada.

—Gracias, Jake —Susan hizo un esfuerzo por recuperar la compostura—. Gracias por encontrarla y por traérmela.

Mientras subían las escaleras, Zanna dijo con salvajismo:

—¿Esperas que yo también te dé las gracias?

—Quizá algún día, pero no ahora. Estás traumatizada.

—¿Y por qué iba a estar traumatizada? Acabo de descubrir que mi

padre me ha mentido toda mi vida y que si se hubiera salido con la suya, puede que yo ni siquiera hubiera nacido. También acabo de descubrir que mi madre, a la que suponía muerta, acaba de aparecer delante de mí y ha estado viviendo todo el tiempo una vida de lujo en el sur de Francia. Nada para darse un disgusto.

Jake dijo muy despacio:

—Sé lo que debes estar sintiendo…

—No, no lo sabes. Me siento como si hubiera atravesado un espejo y me hubiera metido en la peor pesadilla de mi vida —se detuvo—. No… no puedo quedarme aquí.

—Sólo por esta noche —abrió una puerta y le enseñó una habitación con paredes de color melocotón y una ancha cama baja con un cabecero antiguo de madera labrada y un edredón bordado con diminutas rosas—. No juzgues hasta que no hayas oído todo. Déjale que te hable… que te cuente lo que ha pasado.

—Yo también podría hablar algo —explotó ella con rabia—. Dime una cosa. ¿En qué momento durante mi visita a Emplesham descubriste quién era?

Él vaciló.

—No estaba seguro al principio, a pesar del parecido. Pero cuando me dijiste tu nombre…

—¡Ah, sí! Un gran error. Si me hubiera puesto Vanessa o Jane, probablemente hubiera seguido mi camino sin que me molestaran —se detuvo—. ¿Le has contado a tu madrastra todo el trabajo que has hecho por ella? ¿Cómo te entregaste en alma y cuerpo?

—No fue así —dijo él con debilidad.

—¿Por qué no dejamos que ella juzgue si lo hubieras descubierto sin aquella gran escena de seducción?

—Iba a contártelo. Por la mañana. Pero te fuiste.

Zanna soltó un silbido.

—¿Así que fue culpa mía? Deja que me disculpe por estropearte el plan.

—No —susurró él en voz baja—. La culpa fue enteramente mía. No tenía derecho a tocarte. Como ya te he dicho, fue una equivocación de la que no he dejado de arrepentirme.

—Yo tampoco —protestó ella—. Ahora ya he escuchado más de lo que puedo soportar. Quizá puedas irte y dejarme descansar. Me da la impresión de que voy a necesitar todas mis fuerzas para el siguiente brillante acto.

Él se quedó de pie largo tiempo mirándola desde la cabeza a los pies.

Jake dijo muy despacio:

—Ya que hablamos de arrepentimientos, Zanna, por favor no hagas que maldiga el día en que te conocí y menos el haberte traído aquí.

Jake salió cerrando tras él y Zanna se quedó rígida por un momento. Entonces se derrumbó en el borde de la cama y empezó a llorar con desconsuelo.

Capítulo 10

Después de una ducha en el cuarto de baño de azulejos y un cambio de ropa, Zanna se sintió un poco mejor. Al menos a nivel físico, se corrigió a sí misma infeliz. Nada podría aliviar la herida emocional que acaban de infligirle.

La parte que había jugado Jake, quedaba encerrada en algún compartimento estanco en su cerebro. Trataría con ello cuando fuera capaz, pensó estremeciéndose. Pero todavía no podía.

Acercó un sillón a la ventana y se sentó cruzando los brazos contra el alféizar para contemplar el paisaje iluminado.

Su prioridad había sido su madre. Y era una ironía que la hubiera conocido en ese preciso momento de su vida, cuando era imposible mantener una relación que durara más de unas pocas semanas.

Había examinado su cuerpo con atención en el largo espejo del baño buscando señales del embarazo. La cintura no se le había ensanchado por lo que podía ver, pero sus senos se habían inflamado. ¿O se lo estaba imaginando ella? Aún así, el embarazo no era un secreto que uno pudiera mantener por mucho tiempo.

Sin embargo era esencial que nadie de aquella casa, nadie, adivinara lo que le estaba ocurriendo. Sólo causaría daños irreparables si alguien se enterara, se aseguró con énfasis Zanna mientras se abrochan el vestido de color marfil que había conseguido que fuera elegante y que le cubriera al mismo tiempo.

Sin duda Susan Lantrell confiaba y quería a Jake y la fragilidad emocional de su madre era obvia. ¿Qué pasaría si descubría que su hija largo tiempo perdida había sido seducida por su hijastro, fuera cual fuera el motivo?

Se suponía que aquello debía ser una reunión feliz, pensó con una mueca. Lo último que le hacía falta era estropear una relación familiar íntima con su confesión.

Se levantó con inquietud. La habitación era espaciosa, pero de repente, las paredes parecieron cerrarse a su alrededor. Necesitaba respirar aire fresco.

En silencio, salió de la habitación y bajó las escaleras. La casa estaba muy silenciosa. Las puertas del salón estaban abiertas, pero la habitación vacía y nadie le salió al paso cuando salió al exterior.

Se quedó de pie un momento en lo alto de las escaleras. Desde la ventana de su habitación, había divisado el destello del agua turquesa de la piscina. El sentido común le sugería que la familia podía estar reunida en un día tan glorioso, así que se encaminó en dirección contraria.

El camino le llevó a un lateral de la casa y bajo un arco a un patio rodeado por edificios de piedra por tres caras. Algunos de los edificios habían sido convertidos en garajes, pero también había un palomar.

Cuando Zanna vaciló, escuchó el sonido de algún movimiento y un suave aullido antes de encontrarse un par de oscuros ojos brillantes.

—¡Qué bonito!

Zanna acarició con suavidad el morro aterciopelado del caballo, que se le acercó en espera de algún bocado. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había estado cerca de un caballo. Desde Solomon, su adorado pony e inseparable compañero hasta que había ido al internado. Nunca olvidaría el horrible comienzo de las vacaciones cuando había vuelto a casa y había encontrado el establo vacío.

—Bueno, ya eras más grande que él —había rechazado su padre sus sollozos—. Y ha ido a una buena casa.

Aunque todavía era una niña, Zanna había sabido que aquello no era verdad, que el cariñoso Solomon era demasiado viejo como para poder encontrar un comprador.

Así que ella había llorado hasta hartarse y después había olvidado a Solomon. Y los animales se habían convertido en un tema tabú para ella. Nunca había pedido otro caballo, ni siquiera un gato o un perro. Era menos penoso de esa forma.

Era una lección que debería haber recordado, pensó al sentir el suave aliento del caballo en el cuello y la cara. Que cualquier cosa o persona era disponible para su padre una vez que no le era de utilidad. ¿Sería algo que su madre también había aprendido?

El caballo se agitó bajo su mano acariciante y ante el sonido de unos cascos acercándose, Zanna comprendió que alguien había entrado bajo el arco al patio.

Se quedó sin aliento mientras rezaba porque no fuera Jake. No podría soportar otra confrontación, tener que enfrentarse a él, tener que aparentar…

Pero al volverse despacio vio que sus plegarias no habían sido atendidas.

Jake saltó de la silla y se acercó a ella dejando al precioso bayo suelto.

—¿Buscando una vía de escape, Suzannah? —su sonrisa era burlona—. Yo no escogería a Celestine. A sólo dos kilómetros de su establo, ya da la vuelta para casa.

—Gracias a tus maquinaciones, de momento no pienso irme a ningún sitio.

Jake frunció el ceño.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? ¿No significa nada para ti haber encontrado a tu madre después de todo este tiempo?

—Por supuesto que sí —admitió ella a regañadientes—. Pero sigo sin entender cómo alguien aparentemente encariñado pudo dar la espalda a su propio bebé y largarse, fueran cuales fueran los

problemas. ¿Cómo ha podido pasar todos estos años sin intentar siquiera ponerse en contacto conmigo?

—¡Dios santo! —susurró él con suavidad—. ¡Qué poco sabes!

Por un momento Zanna se sintió herida por el desdén de sus oscuros ojos. Entonces él se dio la vuelta con brusquedad y llamó a alguien:

—¡Gustave!

Un hombre bajo de piernas arqueadas apareció al instante para hacerse cargo de las riendas del caballo.

Jake se acercó a ella. Zanna mantuvo el terreno resuelta a no parpadear ante la fría furia que veía en su cara.

—Ven conmigo, mi querida hermanastra —dijo con ironía—. Tengo algo que enseñarte.

—¡No! Esto es un asunto privado. Algo que mi madre y yo tendremos que solucionar por nosotras mismas.

—¡Oh! Yo creo que va mucho más allá. Además, yo ya estoy muy involucrado, ¿recuerdas?

Ya la había asido por el brazo, de forma áspera e implacable conduciéndola al pajar a un lado del patio.

—¿A dónde vamos?

Zanna forcejeó para liberarse.

—A darnos un revolcón en la paja, desde luego que no, no te preocupes —contestó con tensión Jake—. Ese es un error que no repetiré.

—Bueno, al menos estamos de acuerdo en una cosa.

Jake la estaba guiando hacia un tramo de escalones de madera que conducían al piso superior. Al subir, Zanna sintió el familiar olor a aguarrás y óleos en la garganta.

Salieron a un enorme habitáculo con forma de ele. Estaba solado de forma inmaculada con planchas de madera y bajo el alto tejado de vigas descubiertas, varias paredes habían sido reemplazadas por cristal dándole al estudio una claridad enorme.

Contra una pared había varios lienzos sin marco y un paisaje a medio terminar colgaba del caballete.

Zanna contuvo el aliento al mirar a su alrededor.

—¿Le pone tu padre un estudio a mi madre en cada casa que ocupa?

—Sí —dijo él sin sonreír.

—Bueno, eso lo explica todo. Es evidente que me abandonó a mí para encontrarse a sí misma. Ningún sacrificio es demasiado grande por el arte, ¿verdad?

Jake maldijo entre dientes.

—Yo no soy un hombre violento —dijo en voz demasiado baja—. Nunca he pegado a nadie en mi vida ni he sentido ganas de hacerlo.

Pero en tu caso, señorita Westcott, me siento muy tentado de hacer una excepción. Tengo ganas de sentarte contra mis rodillas y azotarte hasta que te retuerzas.

Ella le dirigió una sonrisa irónica.

—Muy poco prudente, señor… eh, Lantrell, o cualquiera que sea tu identidad —echó otro vistazo a su alrededor—. Supongo que habrás tenido otra intención al traerme aquí, ¿verdad?

—Cierto. Pero ya no estoy seguro si merece la pena. Tienes una mente cerrada, Suzannah. No estás dispuesta a hacer ningún tipo de concesión, ¿verdad?

—Podría haber escuchado aquella noche en Emplesham. Pero entonces tú parecías dispuesto a otro tipo de concesiones.

—Ya te he dicho lo mucho que me arrepiento de eso. ¿Quieres que me ponga de rodillas? ¿O tendré que repetir que la mezcla de demasiado vino y la luna nos afectó a los dos?

—¿A los dos?

Zanna echó la cabeza hacia atrás con gesto retador.

—Por supuesto. Tú me deseabas tanto como yo a ti, así que no intentes aparentar lo contrario.

Consciente de que estaba en terreno pantanoso, Zanna cambió de táctica.

—¿No se te ocurrió pensar que deberías haberme mencionado que éramos familiares?

—No con ningún parentesco que nos afectara. No era mi secreto como para contártelo. Tú y tu padre seguíais juntos entonces, profesional y personalmente y yo no podía decir nada sin consultar a Susan, sin que me diera permiso.

—¿Era tan necesario?

—Sí, lo era.

Jake se acercó al montón de lienzos y arrodillándose, empezó a darles la vuelta.

—Ven a ver esto.

Con desgana, Zanna se arrodilló a su lado.

—Son todos de la casa de la iglesia —murmuró con sorpresa—. El mismo cuadro, una y otra vez.

—Mira con más detalle. Y verás que todos son diferentes.

—Sí —Zanna observó con atención frunciendo el ceño—. Sí, ahora lo veo. En éste hay un juguete en el césped. Y en este una niña jugando con un perro; la misma niña con un pony…

La voz le falló al asimilar lo que estaba viendo. Lo que él le estaba contando. Jake dijo con suavidad:

—Y en este con el uniforme del colegio. Y aquí ya es una adolescente.

—¡No! —casi gritó ella sentándose y enroscando los brazos

alrededor de las rodillas—. La niña en todos los cuadros soy yo, ¿verdad?

—Sí. Era lo único que podía mantenerla cerca de ti, imaginarte en todas las etapas de la vida —su voz se hizo más profunda—. No ha habido un sólo día en el que no pensara en ti o te quisiera. Tienes que saberlo. Y creerlo.

—Entonces, ¿por qué se fue? —susurró ella con densidad—. Si tenía que irse, ¿por qué no me llevó con ella… a su propia hija?

—Lo intentó —contestó Jake con calma—. Cuando no pudo soportar más las humillaciones, el acorralamiento y la continua denigración, cuando comprendió que su cordura estaba en juego, supo que tenía que irse. Así que recogió todo lo que pudo, te metió en una cuna y abandonó la casa una mañana al amanecer. Le dejó una nota a tu padre diciéndole que no podía seguir así y que quería el divorcio —se detuvo—. Estaba intentando llegar a la casa de Grace Moss utilizando carreteras vecinales. Pero de alguna manera, él la encontró y la acorraló cerca de un bosquecillo haciéndola salirse de la carretera con el coche.

Zanna lanzó un grito y se llevó una mano a la boca.

—El coche chocó contra un árbol y ella se desmayó. Cuando recuperó la conciencia, te oyó llorar. Él estaba de pie al lado del coche mirándola y con tu cuna en la mano.

Jake sacudió la cabeza.

—Susan dice que nunca olvidará su voz ni la mirada de su ojos. O sus palabras. Las ha repetido tantas veces, que me las sé de memoria. Dijo: Puedes irte, Susan y maldita seas. Como mujer, no me sirves de nada, pero no vas a llevarte a la niña. Esta vez te has salvado por qué ella estaba en el coche, pero si te atreves a acercarte a nosotros alguna vez, te destruiré y eso es una promesa. Desde este momento, eres una mujer muerta…

—¡Oh, Dios! —Zanna se estaba balanceando de adelante atrás—. ¡Oh, no! ¿Cómo pudo hacerlo?

Pero ella ya sabía de lo que era capaz su padre. Ella conocía su obsesión y su rudeza y había sentido sus ruinosos efectos en su propia vida. ¿No era por eso por lo que ella se encontraba en la situación en la que se encontraba?

Jake prosiguió:

—Ella contempló cómo se alejaba llevándote con él. Estaba aturdida, pero no pudo moverse, ni hubiera podido detenerle porque sabía que decía en serio hasta la última amenaza. Estaba demasiado asustada como para seguirle y por eso se ha culpado toda la vida. Ésa es la culpabilidad con que él la ha hecho vivir. El haber sido demasiado cobarde como para no arriesgarlo todo y luchar por ti.

Zanna movió los labios con dolor.

—No fue cobardía, fue supervivencia. Créeme, lo sé.

Jake la tomó por los hombros y la volvió hacia él.

—¿Qué te hizo a ti separarte de él, Susie?

Su contacto le produjo mil sensaciones. El cálido aire pareció arremolinarse alrededor de ellos con una extraña energía en la que el distante sonido del mar añadía una dimensión rítmica. Si no hubiera estado en el suelo, pensó, ya se habría desplomado.

Zanna miró la cara morena recordando lo intensa que había sido durante aquella apasionada noche juntos. Recordando su boca cálida y sensual sobre su piel ardiente. Recordando sus ojos, cargados de pasión y después encendidos con la llama del abandono.

Pero no había pasión ahora en su mirada, sino una infinita ternura que la conmovió hasta lo más hondo iluminando la oscuridad de allí dentro, calentando el frío mortal que arrastraba como una losa.

Sería tan fácil contarle lo del bebé, allí en aquel instante. Poner su boca sobre la de él, tomarle de las manos y conducirlas hasta su vientre.

Se encogió de hombros haciendo que él la soltara.

—¡Oh, una suma de cosas! Quizá me parezca más a mi madre de lo que pensaba y necesitaba salvar mi alma.

Jake contempló su cara inexpresiva durante un instante y se levantó.

—Espero que te hayas salvado con más rapidez que Susan. A mi padre le costó mucho tiempo convencerla de que estaba a salvo, que podía volver a enamorarse y a confiar. Y que ella merecía ser amada y querida a cambio. Dale una oportunidad, Susie. No le hagas daño de nuevo. Y date a ti también una oportunidad.

Zanna no quería encontrarse con su mirada. No podía permitirse exponerse a su ternura, a su preocupación. Era demasiado peligroso. Aquella misma ternura había concluido una vez en resultados desastrosos. No podía dejar que sucediera de nuevo por mucho que se muriera por estar en sus brazos y abandonarse hasta dejar de temblar.

Miró por encima de él e intentó hablar con tono ligero.

—No dejas de mencionar a tu padre, pero no parece estar por los alrededores.

Jake suspiró.

—Ha estado en París, pero regresa esta tarde.

—Me apetece conocerlo. Ahora, si no te importa, me gustaría estar sola un rato.

—Por supuesto.

Zanna le oyó bajar las escaleras de madera y todo quedó en silencio.

Durante, un momento, se quedó quieta con los ojos cerrados.

Entonces, muy despacio, empezó a ojear los lienzos de nuevo

examinando los diminutos detalles cambiantes de su imaginada infancia. Intentando entender lo que había pasado por la mente de su madre al recrear constantemente a su hija perdida en la seguridad de aquel jardín luminoso y feliz.

Quizá, pensó Zanna, sentía que eso me mantendría a salvo. Y quizá acertara en eso.

Su atención quedó distraída por un leve crujido de seda y la fragancia de lilas y jazmín en el aire y al mirar por el rabillo del ojo, vio a Susan a pocos metros de ella. Llevaba un kaftan azul exquisitamente bordado con mariposas y parecía tan frágil como un cristal.

Zanna se levantó sujetando uno de los lienzos y sintiéndose como una intrusa.

—Jake me trajo aquí y me enseñó…

Su madre asintió.

—Ya lo sé. Me dijo que querías estar sola, pero me preguntaba… esperaba…

En el espacio que las separaba, Zanna sintió su inseguridad, el tenso miedo al rechazo. Extendió el lienzo que tenía en la mano. El de la niña montada en el pony.

—Hubo un pony. Se llamaba Solomon y le quise mucho. Mi padre también se deshizo de él.

Entonces vio la tensa cara derrumbarse y sintió que su propia rigidez se desvanecía. El cuadro cayó al suelo y ella dio un paso, después otro y otro hasta llegar a los brazos de su madre.

Capítulo 11

La cena de esa noche fue una ocasión festiva. Zanna y Susan había pasado dos horas sentadas en el suelo del estudio hablando, riendo y llorando también, porque había dolor que compartir aparte de felicidad.

Para alivio de Zanna, su madre no había presionado en los motivos que ella había tenido para abandonar a su padre y había aceptado la explicación de Zanna de que por fin le había visto cómo era.

Lo que, pensó Zanna, no estaba muy lejos de la verdad. También le había dado un breve resumen de su encuentro con Jake.

A cambio, se había enterado de que al llegar a casa de Grace Moss, su madre había sufrido un colapso nervioso y que había pasado varios meses en el hospital. Cuando se recuperó, se había ido al extranjero a visitar una antigua amiga del colegio en Portugal.

—Verónica y su marido fueron maravillosos —dijo simplemente Susan—. Me convencieron de que tenía un motivo para vivir y empecé a pintar de nuevo. Pensé, que con todo lo que había pasado, habría perdido el talento —alzó la cabeza con orgullo—. Pero en vez de eso comprendí que tenía un medio de ganarme la vida, aunque no fuera otra cosa. Vendía paisajes a los turistas y daba clases particulares de pintura, cualquier cosa con tal de ganar dinero —inspiró con fuerza—. Y pronto, en cuanto fue legalmente posible, me divorcié de Gerald sin su consentimiento.

—¿Y cómo conociste al señor Lantrell? —preguntó Zanna con cuidado.

Susan soltó una carcajada.

—En una de mis clases. Yo estaba trabajando en Francia y me pidieron que diera un curso en Arles. Había llevado a mi grupo a un mercado local para hacer bocetos y Gordon pasaba por allí. Se acercó a mirar algunos de los trabajos y… eso fue todo. Tuvo una paciencia infinita —prosiguió con ternura—, porque yo estaba decidida a no mantener ninguna relación con un hombre. Supongo que lo supe en cuanto lo vi, pero luché contra mis sentimientos todo el tiempo. Pero al final, él ganó. Siempre lo hace —sonrió—. Es un rasgo que ha heredado Jake.

—Sí —Zanna recogió uno de los óleos y lo estudió con concentración.

Pero esa vez no ganaría, se prometió a sí misma con fiereza. Ella no lo permitiría.

Para cuando la señora Cordet llegó a anunciar que el señor Lantrell había regresado de París y que la cena estaba lista, el estudio ya estaba lleno de sombras.

Gordon Lantrell estaba esperando en la puerta por ellas, las líneas de humor de su boca se profundizaron con ternura al mirar a su

esposa. Era, comprendió Zanna con una punzada, exactamente como sería Jake con treinta años más. Alto y todavía delgado con el pelo encanecido en las sienes. Dinámico, humorista y todavía muy atractivo.

Sólo que ella no estaría allí para verlo, se recordó a sí misma sonriendo con más firmeza. Y nadie como ella sabría lo agonizante que iba a ser aquella reunión.

Pero no pensaría en eso por el momento, se dijo a sí misma volviendo a presente al saltar el corcho de la botella de champán. Esa noche se divertiría. Al día siguiente consideraría la forma de liberarse de aquella situación imposible.

—Quiero brindar —dijo Susan Lantrell con suavidad—. Por todas las personas a las que más amo en el mundo, reunidas hoy alrededor de esta mesa.

Se dio la vuelta entonces hacia Zanna.

—Tardé dos años después de que Gordon comprara la casa de la iglesia en hacer acopio de valor como para volver allí, pero cuando lo hice, solía imaginar que un día miraría por la ventana y te vería avanzando por el camino en dirección a mí.

—Y cuando lo hice, tú no estabas allí —a Zanna le salió la voz un poco aguda—. En vez de eso, estaba Jake, que pensó que debía ser una ladrona o algo así.

—No sabía qué pensar —Jake clavó la mirada en la de ella a través de las velas de la mesa—. Y en muchos aspectos, todavía sigo sin saberlo.

Zanna se reclinó en su asiento y dio un sorbo de champán para humedecer la boca repentinamente seca.

La comida era deliciosa. Un salpicón de mariscos seguido de una tarrina vegetariana y después cordero con guisantes enanos y patatas nuevas. Una tabla de quesos servida sobre hojas de parra y tarta de melocotón con deliciosos pasteles fue el magnífico postre.

—No podría comer nada más —Zanna se rió rehusando otro pedazo de tarta a la señora Cordet—. Ya he comido por dos…

Se detuvo abruptamente al comprender lo que había dicho. Sintió una oleada de sonrojo y se echó hacia atrás confiando en las sombras que proporcionaban las velas y rogando porque no se hubieran dado cuenta de su traspiés.

Susan seguía hablando feliz e inconsciente de la confusión de su hija.

—¡Oh, he hecho tantos planes, Susie! No puedo esperar para presentarte a nuestros amigos —sonrió a su marido—. Cariño, daremos una fiesta.

—Una idea estupenda, querida. Pero quizá sería mejor dejar que Suzannah se instalara y posara los pies en tierra antes de un gran

festejo —se detuvo—. Después de todo, tenemos todo el tiempo del mundo.

Zanna se humedeció los labios resecos con la punta de la lengua.

—La verdad es que no tanto tiempo —dijo con mucha calma—. Es maravilloso estar aquí, por supuesto, pero no puedo quedarme para siempre. Tengo que ganarme la vida.

—¡Pero lo harás! —dijo Susan con ansiedad—. No te trajimos aquí sólo con mentiras. Realmente me han encargado escribir un libro, una guía popular sobre los pintores que se han inspirado en el sur de Francia. No es nada muy erudito, pero será divertido hacerlo. Solange tiene que cuidar de su madre enferma así que de verdad necesito ayuda —estiró las manos sonriendo—. Y cuando vuelva, estoy segura de que tu experiencia será muy valiosa en las galerías Lantrell. Así que todos los problemas resueltos.

Zanna dirigió a Jake una mirada de soslayo, pero su expresión era impenetrable.

—Bueno, no exactamente —dijo con cuidado—. Pensé que esto era sólo un trabajo temporal, así que me he comprometido en otra parte.

—¿Vuelves a la carrera de ratas, Suzannah? —surgió la voz de Jake de entre las sombras.

—No de la manera que tú piensas —improvisó Zanna con frenesí —. Una compañera mía del colegio ha abierto una agencia de contratación de directivos y quiere que me asocie con ella. Es una oportunidad demasiado buena como para desecharla.

Hubo un tenso silencio antes de que Susan hablara de nuevo.

—Bueno, naturalmente tienes que considerar tu carrera —reconoció con tristeza—, aunque lo siento mucho. Siempre que ese trabajo no esté muy lejos…

Zanna apartó su plato vacío.

—Me temo que sí —se sintió como si un puño le estuviera apretando el corazón—. Es en Australia.

Sintió la conmoción recorrer la mesa.

—¿En qué parte? —preguntó Jake.

Zanna se puso rígida. ¿Tendrían los Lantrell también una galería en Australia? Si era así, lo más probable es que fuera en Sydney o en Melbourne, pensó intentando recordar lo que Megan le había contado.

Alzó la barbilla.

—En Brisbane.

—Bueno, eso es lo más lejos que se puede llegar de aquí. Excepto Darwin.

—Entonces, tendremos que aprovechar al máximo el tiempo del que dispongamos —dijo Susan intentando ser valiente—. ¿Cómo se llama tu amiga, cariño?

Zanna buscó con frenesí un nombre.

—Caroline. Caroline Phillips.

Dio gracias cuando pudo disculparse alegando que estaba cansada y pudo salir del comedor. Su madre y su padrastro sólo habían preguntado por cariño y preocupación. Sin embargo, Jake no había dicho nada, como si hubiera estado totalmente concentrado en el coñac que tenía en la copa. Ella hubiera jurado que no había bebido una sola gota, lo que de alguna manera, era más perturbador que si lo hubiera hecho.

Quizá hubiera comprendido que habían llegado a tablas en aquel extraño juego que habían estado jugando.

Y si planeaba en secreto seguir su rastro hasta Australia, no tendría suerte. Para cuando se enterara de que no había ido a Brisbane, ella estaría instalada a salvo en el norte de Inglaterra.

Deseaba sólo dormir. Deseaba cerrar los ojos y borrar el gesto de tristeza y decepción de la cara de Susan Lantrell y perderse en la inconsciencia para olvidar las últimas veinticuatro horas. Permaneció echada en la oscuridad con la mente en un torbellino asaltada por una imagen tras otra.

La ligera colcha era opresiva, enroscándosele alrededor de las piernas y del cuerpo inquieto. La luz de la luna que se filtraba por las contraventanas, dibujaba barras de plata en el suelo reforzando la impresión de que estaba en una jaula que se había fabricado a sí misma.

Con repentina sensación de sofoco, Zanna se liberó y se levantó a buscar su bata. Tenía la boca seca, por eso no podía dormir, pensó.

Moviéndose despacio, salió de la habitación y empezó a bajar las escaleras.

La puerta del salón estaba entreabierta, pero pasó por delante sin vacilación en busca del camino a la cocina en la parte trasera de la casa. Allí, todo estaba en orden y en calma. Sacó un vaso de la antigua alacena y una botella de agua mineral del enorme frigorífico. Estaba intentando desenroscar la tapa cuando la cocina se iluminó de repente.

Lanzó un grito sobresaltado y se enroscó la bata en los tobillos al intentar darse la vuelta sintiendo que el vaso se le resbalaba de las manos y caía al suelo.

Entonces oyó la voz de Jake.

—Así que eras tú escabulléndote en la oscuridad. Eso imaginé. O tú o un fantasma.

—No soy ningún fantasma, estoy bastante viva. Sólo quería beber algo —se aferró a la botella que tenía en las manos como si fuerza una coraza de seguridad—. No quería despertar a nadie.

—Yo no estaba acostado —se acercó a donde ella estaba de pie y le asió por la muñeca mientras la levantaba del lado de los cristales rotos

de un sólo movimiento—. Quédate ahí mientras recojo los cristales.

—Me las puedo arreglar yo —empezó ella para callarse ante su mirada de desdén.

—¿Y acabar con un cristal en los pies? No quiero tener nada más de lo que sentirme culpable.

Zanna se sentó muda observando cómo lo barría. Jake estaba completamente vestido, la elegante camisa de seda abierta por el cuello y las mangas enrolladas que mostraba sus antebrazos morenos. Por su parte, ella se sentía absurdamente vulnerable con la fina bata y los pies descalzos.

—Gracias —murmuró cuando él acabó—. Será mejor que suba el vaso a mi habitación. No quiero causar más problemas.

Él frunció el ceño con sarcasmo.

—Me sorprendes. ¿Qué es lo que te ha mantenido despierta, la culpabilidad o la sed?

Zanna se puso rígida.

—¿Qué quieres decir? No es nunca fácil dormir bajo un techo extraño.

—O en una cama extraña.

Zanna se sintió sonrojar, pero notó una débil burla en sus ojos.

—Sí, eso también. Quizá sea más seguro que busque un vaso de plástico.

—No creo que encuentres ninguno. Por otra parte, podrías considerar otra cura diferente para el insomnio.

Su sonrisa se ensanchó al oírla exhalar con agitación.

—¿De qué estás hablando?

Jake se encogió de hombros.

—Iba a ofrecerte una tisana. La señora Cordet las usa como remedio para todo.

—¿Qué es una tisana?

—Una infusión de hierbas. Garantizada para calmar los nervios. Aunque no pareces sufrir de ellos. ¿Es que ni siquiera te ha afectado la bomba que acabas de tirar?

Zanna se mordió el labio.

—Por supuesto. Y lo siento mucho. Pero dadas las circunstancias, no tenía elección. No podía dejar que mi madre empezara a hacerme planes para el futuro imaginándonos como a una familia feliz cuando yo sabía que no podía suceder.

—¿Y cuándo llegaste a esa decisión? —su tono fue desenfadado mientras ponía el agua a hervir, pero a ella no la engañó ni un segundo y todos sus sistemas de alarma se pusieron en funcionamiento.

—Oh, Caroline me lo sugirió hace mucho tiempo, pero todavía estaba atada a Westcott Holdings.

—Y ahora tienes una segunda oportunidad —Jake le dirigió una mirada meditabunda—. No todo el mundo es tan afortunado.

—Yo he tenido suerte, de acuerdo —acordó ella con temblé ironía.

—Y tu buena suerte es la mala de Susan —sacó dos tazas de cristal muy atractivas con asas metálicas—. ¿Estarías dispuesta a considerarlo de nuevo?

Zanna estaba metiendo la botella de agua en el frigorífico y volvió la cabeza de forma brusca.

—No te entiendo.

—Sí me entiendes. Sospecho que tu repentina decisión de ir a Darwin…

—Brisbane —le corrigió ella con rapidez.

—Bueno, que podría haberse debido a mi presencia aquí.

Zanna entrelazó los dedos con nerviosismo entre los pliegues de la bata.

—¿Quieres decir que te irías?

Él asintió.

—No tienes por qué desaparecer en el otro extremo del mundo para escapar de mí —hubo un tono de amargura en su voz—. Con un poco de planificación, podremos evitarnos bastante bien.

Zanna dijo muy despacio:

—Jake, yo soy la extraña. No quiero echarte de tu propia casa.

—Y yo no quiero ver a una mujer a la que quiero y respeto con el corazón roto por estar atrapada en medio de nuestra guerra privada. De acuerdo, no es la solución ideal, pero facilitaría la situación.

—No —afirmó ella—. Por tu padre. A él también le afecta.

—Mi padre no es ningún tonto. Ya se ha dado cuenta de que hay tensiones entre nosotros. Y por suerte, las galerías Lantrell operan por todo el mundo. Puedo buscar cientos de excusas para estar en otra parte —sirvió el agua hirviendo en las tazas y puso las bolsas dentro —. Bueno, ¿hacemos un trato?

Zanna se sintió mortalmente helada.

—Yo… no lo sé. Acabo de conseguir mi independencia. No puedo rendirme tan rápido, meterme en otro sitio que no está preparado para mí.

—¿Y no es eso lo que te pasaría en Brisbane?

Ella lo miró por segunda vez completamente olvidada de su mentira. Afortunadamente reaccionó a tiempo.

—No exactamente. Caro quiere ampliar su negocio —inventó con rapidez—. Así que dirigiré mi propia oficina. No será como este tipo de privilegio.

—¿Es que no aceptas los privilegios? Pues tú has cambiado mucho desde que nos conocimos. Eras la mujer más autoritaria desde Catalina la Grande.

Ella no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Quizá he adquirido otra perspectiva de la vida desde entonces.

—O quizá te han obligado a adoptarla.

—Eso también —Zanna extendió la mano—. Gracias por la tisana. Estoy deseando probarla.

—Te la llevaré a tu habitación. Si se te cae la taza, acabarás escaldada.

—No suelo romper las cosas.

—¿No? —su sonrisa fue sarcástica—. ¡Pues quién lo hubiera dicho!

Sus miradas tropezaron y Zanna se dio la vuelta y salió de la habitación con la mayor dignidad que pudo con los pies descalzos.

Era ardientemente consciente de lo cerca que caminaba él tras ella. En el rellano, Jake pasó por delante y le abrió la puerta de la habitación haciéndola precederle con un gesto cortés.

Con el corazón desbocado, Zanna obedeció. Se retiró hasta la ventana con el pretexto de correr las cortinas sin dejar de fijarse en todos sus movimientos. Y no es que estuviera haciendo algo particularmente alarmante, sólo encendiendo la lámpara y posando la taza en la mesilla. Y después irse.

Cuando llegó a la puerta, ella lo detuvo.

—Jake. En cuanto a lo que estabas diciendo abajo… yo… no sé ¿No sería mejor que los dos hiciéramos un esfuerzo durante el tiempo que quede? ¿Intentar… llevarnos bien de alguna manera?

Jake sacudió la cabeza.

—Me temo que eso es imposible.

—Pero, ¿por qué no?

—¿Hace falta que lo diga en voz alta?

Su tono la asombró por la rabia que contenía.

Zanna ni siquiera le vio moverse, pero allí estaba, a su lado, tras ella, alcanzándola. Sintió sus dedos entre los sedosos mechones de su melena, su otra mano en la garganta antes de obligarla a alzar los labios para beberlos con ansia. Cuando se unieron, Zanna sintió un rugido en las venas tan primitivo como la tierra.

No había pasado, reconoció en lo más profundo de su conciencia. No habría futuro. Sólo existía el presente y el fuego dulce del beso de Jake.

No fue tierno, pero ella estaba demasiado ansiosa por saborearlo y tocarlo como para exigir cosas más sutiles. Su propia necesidad era fuego… sobrecogedora. Cuando sus bocas forcejearon juntas, Zanna sintió las caderas de Jake contra las suyas en silenciosa demanda, conquistándola con su fuerza. Su suave gemido fue un grito de deseo, una súplica de alivio.

Jake le deslizó la bata por los hombros, dejándola caer hasta la cintura. Ella se arqueó contra su brazo ofreciéndole los senos, los

rosados pezones ya inflamados de hambrienta anticipación.

Durante un instante, él pareció flotar sobre ella, su boca a una pulgada de su carne tumescente y Zanna comprendió que estaba aspirando su aroma como si fuera algún tipo de incienso erótico.

Entonces, por fin, cuando tenía todos los nervios a flor de piel del exquisito tormento, Jake se inclinó y Zanna sintió la débil aspereza de su mejilla en su piel mientras la lamía, sensual y lánguidamente, como si su lengua fuera una delicada llama que incineraba sus pezones.

Zanna enterró la cara en la curva de su cuello, lamiendo el sabor salado del sudor y mordisqueándole la piel. Se sentía drogada, intoxicada por su cercanía, con todos los sentidos al límite de la explosión.

La mano de Jake entreabrió los bordes de la bata, buscando el secreto y húmedo ardor de ella, para asegurarse de su proximidad, de su aceptación.

Cuando la levantó en brazos para llevarla a la cama, Zanna se escuchó a sí misma suspirar de placer y anticipación. Sus brazos se alzaron para rodearle el cuello y su boca bebió con suavidad de la de él con sensual énfasis.

Jake la posó en el colchón y se inclinó sobre ella, abriendo por completo los bordes de la bata como si estuviera desenvolviendo un regalo. Sus ojos brillaron al mirarla. Estaba tembloroso, manteniendo el control con un esfuerzo supremo.

—Adorable —susurró él—. Eres tan preciosa, querida. Incluso más gloriosa que antes.

Sus dedos, deslizando un sendero interrogante desde sus senos hasta sus caderas, se detuvieron un momento en la leve inflamación de su vientre.

Y con aquel simple gesto, la devolvió a la dura realidad.

El bebé, pensó con repentina angustia. El doctor había dicho que hacer el amor podía ser peligroso los primeros meses. Que debería tener cuidado.

En aquel momento no había hecho caso de la advertencia porque no creía que se fuera a dar la situación. Pero allí estaba ahora, seducida y hechizada y lista para entregarse. Sólo que no se atrevía, no si había una remota posibilidad de poner en riesgo la diminuto vida que albergaba dentro.

Tendría que explicárselo, explicarle las consecuencias. Y nunca habría un momento mejor, pensó.

Cuando Jake se incorporó para despojarse de su ropa, Zanna se incorporó extendiendo una mano.

Con un ligero sollozo, murmuró:

—Jake… no. No puedo. No… no debemos.

Le falló la voz mientras buscaba las palabras apropiadas.

Hubo un denso silencio hasta que él suspiró con pesadez y volvió la cabeza como si no pudiera soportar mirarla.

—No —acordó él—. De hecho, no debemos insultar a nuestra madre y a mi padre de esta manera. Gracias por habérmelo recordado.

Se deslizó hasta el borde de la cama y empezó a abrocharse la camisa.

—Escucha, por favor —Zanna le asió del brazo—. No lo entiendes…

—Sí, lo entiendo —Jake se zafó de su mano. Su voz era débil y su cara seria como la de un extraño—. Lo entiendo demasiado bien. Esto es lo que te estaba intentando decir hace un momento.

—No —Zanna casi gimió—. Tienes que dejarme que te lo explique.

Jake sacudió la cabeza y le puso un dedo en los labios entreabiertos.

—Las explicaciones son innecesarias y las excusas imposibles. Lo que pasó entre nosotros en Inglaterra fue un serio error. No tenía derecho a comportarme como lo hice… ningún derecho. Y cualquier repetición sería un desastre —inspiró con fuerza—. Así que me tengo que ir, Suzannah, porque no confío en mí mismo estando bajo el mismo techo que tú —lanzó una áspera carcajada—. Parece que me he hecho adicto a ti y eso es algo que no puedo permitirme.

Jake se levantó.

—Dicen que la mejor cura para la adición es pasar el mono. Así que lo pasaré. Empezando desde mañana.

Al llegar a la puerta, se dio la vuelta para mirarla con una mirada impersonal, casi cínica.

—No te olvides de la tisana. Se supone que se duerme profundamente y te da felices sueños —arqueó los labios—. Realmente espero que funcione, por el bien de los dos. Buenas noches, Susie. Y adiós.

Y la puerta se cerró tras él con silenciosa finalidad.

Capítulo 12

—Es una lástima que Jake tenga que irse —anunció Susan en el desayuno a la mañana siguiente—. Deseaba tanto que pudiera quedarse y pasara algo de tiempo con todos nosotros —miró a Zanna que no había levantado los ojos del plato—. Quiero que los dos os hagáis amigos.

—Pronto volverá, corazón —la consoló su marido—. En cuanto solucione las cosas en Londres.

Susan suspiró.

—Eso espero, pero a veces me da miedo de que se haga un adicto al trabajo. No ha habido nada más en su vida que las galerías y esa afición suya a los coches clásicos.

—Cambiará cuando aparezca la mujer adecuada —Gordon Lantrell sonrió a su esposa—. Yo lo hice.

—Pero, ¿cuándo va a ser eso?

La mirada de Gordon fue pacífica.

—Quizá cuando termine de divertirse con las no apropiadas —tomó la mano de su mujer y la besó levemente—. Algo me dice que a Jake le pasará lo que nos pasó a nosotros. Una mirada, una caricia y lo sabrá con seguridad y para siempre.

—Eso espero —Susan se animó—. Y ha prometido que volvería a tiempo para la fiesta.

Aquello no era lo que ella quería oír, pensó Zanna infeliz reduciendo el croissant a pedazos.

Si alguna vez conseguía recuperar su paz mental, necesitaba que él estuviera fuera hasta que ella pudiera escapar.

Para su sorpresa, la famosa tisana había hecho un efecto magnífico la noche anterior y, a pesar de su agitación emocional, había dormido profundamente. Y aunque sus sueños no habían sido dulces, al menos no habían sido desgraciados como había esperado.

Una mirada al espejo esa mañana, había revelado todavía cierta palidez y ojeras, pero tenía un aspecto relativamente bueno.

Ahora que lo pensaba, sólo podía estarle agradecida a Jake por no haberla dejado hablar y haber evitado que le contara lo del bebé. Él nunca sabría lo serio que había sido el error que habían cometido y sólo se arrepentía de aquella noche que habían compartido.

Mientras que ella, a pesar de tener que enfrentarse a todas las dificultades y soledad de una madre soltera, no se arrepentía de nada. Porque ahora sabía, con total seguridad, el hechizo que Jake le había hecho aquella noche: el hechizo del amor.

Y eso, pensó con fiereza, hacía que todo mereciera la pena aunque el amor sólo fuera por parte de ella y no de él.

Sabía que incluso aunque pudiera dar marcha atrás en el tiempo, nunca rechazaría ni un sólo segundo del breve encuentro de aquella

noche ni perdería ninguno de los recuerdos agridulces que sería lo único que le quedaría para el futuro.

Pero todo lo que acababa de oír en el desayuno reforzó su necesidad de irse de allí lo antes posible. Podría aguantar muchas cosas, se dijo a sí misma, pero no la rotura de corazón de ver que por fin Jake se enamoraba de otra.

Los días se convirtieron en una semana y después en otra y Jake seguía fuera. A pesar de la punzada de tristura en el corazón y de la constante culpabilidad por el secreto que no podía contar, Zanna empezó a relajarse y a caer casi sin darse cuenta en la rutina de la Casa de las estrellas.

La mayoría de los días trabajaba con Susan en el libro. Y dedicaban mucho tiempo a viajar por la región, armadas de una cámara y una grabadora visitando los lugares que habían inspirado a Van Gogh, Picasso, Matisse y Renoir. Zanna quedó encantada al descubrir que el estudio de Cezanne en Ais estaba perfectamente conservado, hasta su capa y sombrero colgando en una esquina y los vasos y la botella en la mesa.

Por las tardes transcribía las ideas de Susan de la grabadora al ordenador o se bañaba en la piscina disfrutando de la frescura del agua después del pegajoso calor del día.

Otras veces iba con su madre y con Gordon a Canes o a Niza y a pesar de sus protestas, le habían abierto una cuenta con un sueldo por adelantado. Además habían insistido en comprarle un vestido para la fiesta en una de las boutiques más caras de Croisette.

Al final se había decidido por uno de seda de color marfil hasta los tobillos y abierto casi hasta el muslo por un lado. Pero se había llevado una buena sorpresa al ver que su talla había aumentado de la diez a la doce, aunque había echado la culpa entre risas a la buena cocina de la señora Cordet. Sólo deseaba que el traje le sirviera todavía la noche de la fiesta.

La cocina de las Estrellas se había convertido en uno de sus sitios favoritos. Hasta el momento, había tenido poco tiempo o inclinación hacia la cocina y observar la pericia con que la señora Cordet preparaba las comidas familiares era toda una revelación.

Los mejores y más frescos ingredientes, le había dicho el ama de llaves con una amplia sonrisa, debían ser tratados con la mayor simpleza y ese era el secreto.

Observar a la señora Cordet cortar hierbas y verduras con un cuchillo afilado, rellenar la carne o preparar un guiso parecía muy sencillo, pero Zanna pensó que requería mucho arte.

También había hecho varias visitas, bajo la guía de Gordon, a la galería Lantrell de Niza, donde su llegada había causado una discreta conmoción. De paso, había aprendido con profundidad cómo

funcionaban las galerías de arte.

Gordon, comprendió, la estaba intentando ganar para su causa, convencerla de que tenía una mejor oportunidad profesional que yéndose al otro extremo del mundo. Y bajo cualquier otra circunstancia, hubiera estado ansiosa por aceptar aquel puesto.

La idea de dejarlos a todos, de desgajarse de todo aquel cariño y afecto, era casi insoportable, tanto como la de no volver a ver a Jake.

Podía ocupar los días, pero las noches eran un tormento. Daba gracias a que la luna ya no se filtraba en la habitación con aquella evocadora luz plateada. Era más fácil ocultarse de sus pensamientos y sus recuerdos en la oscuridad.

Los preparativos para la fiesta prosiguieron con regularidad. Susan había especificado en las invitaciones que la fiesta era para que conocieran a su hija y había habido varios rechazos.

—Todo el mundo estará loco de curiosidad —comentó Susan en la mesa una semana antes de la fecha.

—¿Y no te importa eso?

—Cariño, estoy demasiado feliz como para que me importe nada. Sólo rezo porque conozcas a alguien maravilloso esa noche y decidas que no puedes irte.

Zanna esbozó una sonrisa.

—Bueno, nunca se sabe —vaciló—. ¿Puedo hacer algo para ayudar? ¿Preparar algo de comida, quizá?

Susan sacudió la cabeza.

—Siempre lo contrato a una empresa. Ellos preparan la comida, la decoración, la música y todo. Y, lo que es más importante, Gordon no se irrita.

—¿No le gustan las fiestas?

—Le encantan —dijo con orgullo Susan—. Es el marido más indulgente y un anfitrión maravilloso, pero odia el ajetreo que se organiza en la casa los días anteriores. Y si Sylvie dejara de prepararle sus comidas para hacer las de la fiesta, se volvería loco.

En ese momento entró el hombre en cuestión con cara de contento.

—Era Jake al teléfono, cariño. Llega esta noche y trae a Cindy Wybrandt con él.

Se sentó y desdobló la servilleta.

Por debajo de la mesa, Zanna enlazaba y desenlazaba las manos con frenesí apretando las palmas con las uñas.

—¿Ah, sí? —Susan enarcó las cejas—. ¿Sigue esa historia todavía?

—Eso parece, si es que alguna vez acabó —Gordon soltó una carcajada—. Jake tapa muy bien sus cartas en lo que se refiere a las aventuras románticas —se detuvo para oler el guiso que la señora Cordet había servido—. Bueno, es una chica preciosa y Abe Wybrandt es uno de nuestros mejores clientes. Podría haber sido peor.

—Desde luego —Susan le devolvió la sonrisa—. Quizá la próxima fiesta sea para su boda.

Fue una comida espantosa. Zanna perdió el apetito, pero se obligó a comer y halagar la comida para que no notaran nada.

Cuando acabó la comida, se disculpó y subió a su habitación. Se echó en la cama mirando al techo con los pensamientos agitados y confusos.

Así que había un motivo para los arrepentimientos de Jake. Ya estaba comprometido en serio con otra y no estaba dispuesto a arriesgar su relación por fuerte que fuera la tentación.

Por mucho que le doliera, lo único que había sido para él era una desviación en su compromiso para un matrimonio apropiado.

Y los hombres se desviaban con tanta facilidad, pensó con amargura. ¿No era eso lo que las madres enseñaban de pequeñas a las niñas? ¿Que una ventura casual no significaba nada y que te perdían el respeto a la mañana siguiente? ¿Que por mucha revolución sexual que hubiera habido los treinta años pasados, algunas desagradables verdades seguían en pie?

No tenía derecho, había dicho Jake. Y no podía confiar en sí mismo.

Había tenido toda la razón en los dos puntos, reconoció ella parpadeando. Y al mimo tiempo, la había enseñado que ella tampoco podía confiar en sí misma.

Por un instante se le ocurrió que sería muy fácil hundir el barco de su felicidad en un momento, pero abandonó la idea en cuanto se le ocurrió. Ese sería el tipo de plan que atraería a su padre y ella ya no pensaba seguir sus pasos nunca más.

Además, por muy desgraciada que ella se sintiera, amaba a Jake y, que Dios la ayudara, siempre lo amaría y nada… nada la impulsaría a arruinarle la vida.

Cuando se sintió un poco recuperada, se puso un bañador negro y un par de zapatillas de esparto y bajó a la piscina. La tenía toda para ella esa tarde. Gordon estaba en Niza y Susan trabajando sola en su libro.

Bajo la sombrilla, Zanna se concentró en la novela que estaba leyendo, una historia agridulce de amor y pérdida sin la cual se podría pasar muy bien. Cuando ya no pudo soportarlo más, lo dejó a un lado y se tiró al agua azul turquesa.

En su otra existencia, había nadado largo tras largo, como si estuviera corriendo una maratón particular. Ahora se tomaba las cosas con más calma, disfrutando del ejercicio y la sensación de bienestar sin forzarse hasta el límite.

El último tramo lo hizo buceando y emergió jadeante a la superficie para agarrarse a la barandilla de la escalera.

Entonces se encontró son sus muñecas aprisionadas y que tiraban de ella hacia arriba.

Se sacudió el pelo de los ojos y agitó la cabeza para salpicar las gotas de las pestañas.

—Buenas tardes.

Vestido con pantalones de color claro y camisa azul marino, Jake parecía relajado y frío, pero sus ojos oscuros eran vigilantes, como si la estuviera examinando.

No tardó mucho en entender la razón de su intranquilidad. Estaba de pie a su lado, con una sonrisa tan perfecta que podría haber servido para el anuncio de cualquier clínica dental. El resto de Cindy Wybrandt era casi tan perfecto, desde el pelo de color avellana brillante y la piel de color miel muy visible con una mini camiseta y una minifalda.

—Ah, hola.

Zanna había practicado tantas veces el saludo para su siguiente encuentro, que las palabras le salieron con toda la compostura que había deseado a pesar del hecho de estar de pie empapada. Y hasta consiguió sonreír a Cindy.

—¿Qué tal está, señorita Wybrandt? Soy Zanna Westcott, y he oído hablar mucho de usted.

Y todo en las últimas horas, se contuvo de añadir.

—Jake también me ha hablado mucho de ti —dijo con tono grave y un leve acento sureño. Los límpidos ojos azules enmarcados por unas sorprendentes pestañas no parecían perder detalle—. Parece que eres su hermana perdida por tanto tiempo.

Así que así era como quería jugar él, pensó Zanna con una punzada de amargura.

—Algo así.

Zanna se acercó a su hamaca, recuperó la toalla y empezó a secarse usando la tela como una barrera.

—¿Habéis tenido un buen viaje?

Ella misma estaba asombrada de su civismo, cuando lo que más deseaba era clavarle las uñas a los dos hasta que sangraran.

—¡Increíble! —Cindy soltó una carcajada—. Jake me ha traído en uno de esos maravillosos coches suyos. Toda esa potencia esperando ser liberada… es como compartir la jaula con un tigre. Ha sido muy excitante.

¿El coche o el conductor?, se preguntó Zanna en silencio y decidió que prefería no saberlo.

—Y nos quedamos en esa preciosidad de hotel, como un viejo molino en la ribera del río —siguió soñadora la otra chica—. Nos sirvieron la cena en la terraza y el aire estaba cargado de luciérnagas. Era tan romántico…

Zanna no quería oír nada más. Se puso la toalla por los hombros y recogió su bolsa.

—Si me disculpáis, me vuelvo a la casa. Soy una chica trabajadora como sabréis.

Zanna estaba empezando a balbucear.

—Una hermana con tacto. Ya veo que vamos a ser amigas —dijo demasiado melosa Cindy antes de volverse hacia Jake—. ¿Qué te parece, cariño? ¿Te apetece que nos refresquemos en la piscina después del largo viaje?

—Bien, pero necesito desempaquetar primero para sacar nuestros trajes de baño.

—Eso no suele preocuparte normalmente, cariño —Cindy se acercó a Jake y empezó a desabrocharle la camisa.

Zanna, momentáneamente transfigurada, se puso en marcha. Si no se movía pronto, la preciosa Cindy le desnudaría allí mismo, pensó con frenesí.

—Hasta luego —dijo a sus espaldas antes de escapar los más aprisa que le permitían las zapatillas de esparto.

Y escuchó a sus espaldas la gutural carcajada que, pronto aprendería a odiar, pensó enfurecida.

No se sintió más amistosa hacia la recién llegada cuando por fin fue capaz de escapar a su habitación después de la cena de esa noche.

El meloso acento de Cindy dominó la conversación en la mesa. Había sido encantadora con Susan y Gordon, dulcemente educada con Zanna y pegajosa como una mosca con Jake. Sus uñas de color coral se habían deslizado como con descuido desde la manga de Jake a su mejilla, alisándole el pelo y quitándole pelusas inexistentes del traje durante toda la cena.

Cindy se había puesto un vestido ajustado de un brillante color amarillo y como adorno, una pulsera de plata y oro blanco con un collar a juego de magnífico diseño.

Eran un regalo, había contado a todos con naturalidad, de su padre, que los había mandado hacer para su cumpleaños después de recorrer las joyerías de tres estados en busca de un regalo apropiado.

Una mirada deseosa a su mano izquierda reveló la pieza de joyería siguiente que deseaba.

Zanna había tenido que obligarse a no apretar los dientes.

Y en el salón aún había sido peor. Cindy se había acercado al estéreo de Gordon y había rebuscado entre los CD, la mayoría de los cuales parecían tener un significado íntimo para Jake y para ella. Y hasta se había empeñado en bailar y Jake no había mostrado ninguna desgana.

Pero también era cierto, pensó Zanna recordando las circunstancias de su encuentro, que le gustaba bailar.

Cuando terminó el café, se disculpó y se retiró apresurada.

Se sentó durante largo rato junto a la ventana mirando a la oscuridad. No había luna esa noche, pero el cielo estaba salpicado de estrellas tan cercanas, que parecía que se podían alcanzar con las manos revelando de donde había recibido su nombre la casa.

En toda la infinidad del universo, los problemas de una chica de un pequeño planeta debían ser insignificantes. Pero el dolor estaba allí y no desaparecía. En el jardín ululó una lechuza y de alguna manera, le pareció el sonido más triste del mundo.

Zanna se estremeció. Era hora de meterse en la cama e intentar olvidar sus problemas con el sueño, pensó levantándose. Y entonces se detuvo en medio de la habitación cuando alguien llamó con suavidad a la puerta.

—¿Quién es?

—Jake —giró el pomo con impaciencia—. Abre la puerta, Zanna. Necesito hablar contigo. Tengo algo tuyo.

—¿Es que no puede esperar hasta mañana?

—Es casi de día —le recordó él con sequedad—. Y no estás dormida, así que, ¿cuál es el problema?

Zanna cruzó con desgana hasta la puerta, encendió la luz del techo y abrió.

—El problema es que no quería que me molestaran.

—Entonces me disculpo por mi intrusión —no sonó arrepentido en lo más mínimo—. Pero pensé que querrías recuperar esto.

—¡Mi álbum de fotos! —casi se lo arrancó de las manos—. ¡Tú me lo quitaste!

—Lo encontré en el sofá y lo guardé —corrigió él—. Para que Susan no pensara que era una falsa alarma. Que por fin habías acudido a buscarla —se detuvo—. Debería habértelo devuelto antes, ya lo sé, pero tenía muchas cosas en la cabeza.

—Me lo imagino. Bueno, gracias, supongo.

Su repentina sonrisa le desgarró el corazón.

—No me adules. Pensé que lo necesitarías antes de emprender tus viajes.

—¿Viajes? —repitió ella como una estúpida.

—A la tierra del Mago de Oz. ¿O es que has cambiado de idea acerca de eso?

—No —dijo ella en voz baja—. No, nada ha cambiado —forzó una sonrisa—. Gracias otra vez, de verdad. Y buenas noches.

Fue a cerrar la puerta, pero él no se movió.

—¿Qué estabas haciendo aquí sola?

Zanna se mordió el labio.

—Miraba las estrellas. ¡Son tan diferentes aquí! Mucho más brillantes que en Londres.

—O que en cualquier otra ciudad del mundo. Ya te lo había dicho.

Capítulo 13

Zanna se despertó a la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza. Al vestirse notó que el cielo ya no estaba tan azul, el sol tenía un halo a su alrededor y había una pesadez general en la atmósfera que presagiaba tormenta.

Cuando llegó al comedor, estaban todos menos Cindy, lo cual agradeció aliviada. Los otros compartían sus presagios acerca del tiempo.

—Creo que me quedaré en la casa hoy —dijo Susan con firmeza—. Así podré terminar de hacer algunas llamadas para la fiesta.

Jake miró a Zanna.

—¿Cuáles son tus planes para hoy?

—¡Oh! tengo muchas cosas en qué mantenerme ocupada.

Para empezar, conseguir una pastilla de paracetamol para el dolor de cabeza, pensó.

—Los caballos necesitan ejercicio —insistió él—. Quizá te apetezca montar a Celestine. Si salimos ya, estaremos de vuelta antes de que descargue la tormenta.

Zanna sintió un vuelco en el corazón, pero sacudió la cabeza.

—No he montado a caballo en años.

—No es algo que se olvide con facilidad.

—No estoy tan segura —sonrió como bromeando—. No quiero acudir a mi propia fiesta con una escayola.

Además no estaba muy segura de que su ginecólogo lo aprobara. Se dio la vuelta hacia su madre.

—¿Quieres que pase el trabajo de ayer al disco y lo imprima?

La cara de Susan se animó.

—¡Oh, cariño! Sería una idea estupenda. Ahora siento de verdad que estamos haciendo progresos y todo gracias a ti.

—¡Eso es amor de madre! —dijo Jake con tono sedoso.

Pero sus ojos oscuros eran duros y serios.

Por Dios bendito, hubiera querido gritarle Zanna. ¿Solo porque no iba a montar a caballo con él? ¿A cuántas mujeres necesitaba tener bailando en sus cuerdas?

En vez de decir nada, se dedicó a desmenuzar un croissant muda y a mojarlo en el chocolate.

Cuando Cindy bajó pocos minutos después bostezando como una niña y disculpándose, Zanna dio las gracias por tener una razón para retirarse al estudio.

Una vez allí, le encantó descubrir que su madre tenía razón, que el trabajo estaba empezando a perfilarse y a ser coherente por fin.

Trabajó hasta media mañana y entonces, sintiéndose entumecida, salió al jardín a tomar el té que le había llevado la señora Cordet. Los pájaros estaban silenciosos y el aire inmóvil.

De repente, sobre las colinas, vio estallar el rayo seguido al instante del trueno. Allí estaba por fin, pensó con repentina angustia al pensar si Jake estaría a salvo en la casa.

En ese momento le oyó llamarla desde los ventanales franceses.

—No tenías por qué venir a ver si estaba bien. Iba a entrar ahora mismo.

Él sacudió la cabeza.

—No tiene nada que ver con eso —los ojos oscuros se clavaron en ella con mucha gravedad—. Mi padre ha recibido una llamada de un socio nuestro de Londres. Se trata de tu padre. Le han llevado al hospital con un ataque al corazón.

—¿Mi padre? No puede ser. Él nunca está enfermo.

Jake dijo con delicadeza:

—Es verdad, Zanna y me temo que es grave. Creemos que debes ir a su lado. Mi padre está llamando al aeropuerto ahora mismo.

Zanna tuvo una repentina visión de su padre, impotente en una alta cama blanca todo conectado a tubos y máquinas. Toda su fuerza brutal y poder reducidos a nada.

Con un gemido murmuró:

—Sí… ¡Oh, sí!

Y con un haz de luz y un fuerte trueno, los cielos se abrieron sobre ella y la lluvia empezó a caer como una cortina.

Los acontecimientos después de eso quedaron borrosos para siempre. Ella parecía flotar en una nube mientras a su alrededor había una frenética actividad.

Susan le preparó la bolsa con lo imprescindible. Escuchó a Gordon decir que el coche estaba esperando fuera y la señora Cordet se adelantó a abrazarla.

—¡Valor, hija mía!

Entonces Susan y Gordon la abrazaron diciéndole que se cuidara y que estarían esperando las noticias.

Ella sonrió con incertidumbre, dio otro paso adelante y vio a Jake de pie con Cindy. La chica americana estaba muy seria y preocupada al mirar a Jake. Movía los labios con algún mensaje privado y entonces se estiró y le dio un beso en la mejilla.

Fue entonces cuando Zanna comprendió que él también llevaba una bolsa.

—¡No! —la voz se le quebró—. No hace falta. Me las arreglaré…

—No seas tonta —la tomó del brazo y bajó con ella hacia el coche, donde la acomodó en el asiento trasero para sentarse a su lado—. ¿Crees que íbamos a dejar que te fueras sola?

Zanna alzó la mano, asintió y sonrió a las caras de preocupación de los que la despedían.

Recordaba poco del viaje. Pareció flotar hasta el aeropuerto y

hasta el avión. Una vez en el aire, Jake pidió una copa de coñac, que le hizo beber. Zanna pensó que eso le haría dormir.

La realidad volvió cuando el taxi llegó al hospital.

—No tienes por qué venir conmigo —se detuvo frente a las puertas de cristal—. Estaré bien. Deberías volver. Tienes… obligaciones. Ha sido muy amable por parte de Cindy haberte dejado venir tan lejos.

—No hablemos de eso ahora —ya le había tomado por el brazo de nuevo. Zanna pensó que sin su apoyo, se habría desplomado al suelo —. No vas a echarme. Esta vez no.

En recepción, se enteraron de que sir Gerald estaba en el ala privada en Cuidados Intensivos. Parecía estar a kilómetros de distancia y la última parte del trayecto fue en ascensor. Cuando se abrieron las puertas, Zanna vio a un grupo de gente de pie esperando por ella.

Jake seguía sujetándola, pero Susan y Gordon parecían de alguna manera estar a su lado también. Recordó las palabras de valor del ama de llaves.

Y supo, antes de que los doctores hablaran, que iba a tener que hacer acopio de todo su coraje porque había llegado demasiado tarde y el extraño y contradictorio hombre que era su padre, estaba muerto.

La llevaron a una habitación con cómodos sillones y flores en una mesa baja. Le llevaron un té y le dijeron lo mucho que lo sentían. Le informaron que había sido un ataque fuerte poco después de llegar a la oficina esa misma mañana. Que apenas recuperó la conciencia brevemente y una sola vez.

—Estaba pensando en usted, señorita Wescott —la consoló la enfermera—. Dijo Susie dos veces. Ése es su nombre, ¿verdad?

Zanna dijo que sí aunque sabía que estaba llamando a otra persona y se alegraba por ello. Ellos nunca lo entenderían.

La única persona que podía entenderlo estaba a su lado y cuando los dejaron a solas, la atrajo a sus brazos y la dejó llorar por todos aquellos años desperdiciados.

Y, por un momento, pensó ella mientras se abrazaba a él, podía imaginar que era todo suyo.

El estudio estaba en penumbra y las pesadas cortinas todavía echadas como señal de respeto. Zanna las corrió y las anillas crujieron en la barra. Incluso con la luz del sol entrando a raudales, la habitación parecía extrañamente vacía. Como desgajada de su fuerza vital. Y el resto de la casa daba la misma impresión.

Había sido un funeral íntimo en la pequeña iglesia del pueblo, como Zanna había deseado. Más adelante celebrarían un funeral en su memoria en Londres.

El nuevo presidente de Westcott había acudido, por supuesto. Había sido consejero de sir Gerald, pero Zanna dudaba que hubiera

disfrutado mucho de su confianza. Le esperaban momentos difíciles, pensó. Había rumores de crisis.

Entre la multitud de empleados de Westcott Holdings, le había parecido ver a Tessa Lloyd, pero al salir de la iglesia, la mujer no estaba a la vista por ninguna parte, así que debían haber sido imaginaciones suyas.

Había invitado después a los asistentes a la casa y les había ofrecido un refrigerio. Poco a poco, todos le habían estrechado la mano y habían vuelto uno a uno a Londres.

Y ahora, aparte del ama de llaves, la señora Hanson, que estaba ocupada en la cocina, tenía la casa entera para ella sola.

Por sugerencia de ella, Jake no había asistido al funeral. De hecho, no le había visto en un par de días y pensaba, o mejor esperaba, que hubiera retornado al sur de Francia. En cuanto se hubiera ido, ella podría empezar a abandonarse al dolor.

Jake la había llevado desde el hospital aquella tarde a un hotel, donde había reservado una suite. Había encargado que les subieran una comida y después de probar algo, Zanna se había ido a la habitación. Y en algún momento durante la noche, mientras ella intentaba llorar en silencio, Jake había aparecido a su lado y se había echado en la cama para abrazarla hasta que se había quedado dormida y agotada por el llanto. Y cuando se había despertado por la mañana, él seguía allí.

Y ella había tenido que recordarse con dureza que no debía apoyarse demasiado en él. Era una equivocación y peligrosa, además.

Le agradecía que sólo la hubiera abrazado y no hubiera intentado consolarla haciéndole el amor. Pero nunca olvidaría lo amable y fuerte que había sido con ella. Había estado a su lado en las inevitables formalidades, y nunca la había tocado.

Había estado a su lado mientras había hablado con los abogados, los miembros del consejo directivo de Westcott y los contables y también con el médico personal de su padre que les informó de que él había aconsejado una seria operación dos años atrás.

—Nunca me dijo nada —murmuró aturdida Zanna.

—No quiso que nadie lo supiera. Contemplaba la enfermedad como una señal de debilidad y la rechazó.

Zanna hubiera deseado poder hacer lo mismo con sus sentimientos por Jake. Seguían compartiendo la suite del hotel y había sido una tortura dormir cada noche sabiendo lo cerca que estaba y anhelándolo con cada fibra de su ser.

Pero el derrumbamiento había llegado por fin cuando había entrado en la sala y le había oído hablar en voz baja. En cuanto la había visto, se había despedido y había colgado.

Y Zanna había comprendido que había estado hablando con Cindy

y eso le recordó que él tenía su vida en otra parte. Una vida en la que ella no formaba parte.

En la cena de aquella noche, le había dicho con calma que le agradecía todo lo que había hecho, pero que podría arreglárselas sola a partir de entonces. Que dejaría el hotel y usaría el apartamento de su padre en Londres.

Jake se había quedado en silencio un buen rato y entonces había dicho despacio:

—Probablemente sea lo mejor.

Y esa era la última vez que le había visto.

Zanna se había llevado una sorpresa al descubrir que sir Gerald no había cambiado el testamento y que ella era la única heredera. Lo había heredado todo: la empresa, los caballos de carreras y, por supuesto, aquella gran casa en la que ella había pasado la infancia y donde su padre había vivido la mentira de la que le había hecho partícipe.

Se había visto obligada a ir allí para el funeral y para clasificar sus documentos personales, pero no quería pasar la noche allí. Ya había dado instrucciones a una inmobiliaria para que la pusiera a la venta y enviaran los muebles a vender. Todo, menos el retrato de su madre.

Pero ahora que miraba de nuevo la cara de aquella mujer con expresión desgraciada, tan diferente a la realidad del presente, pensó que su madre no querría tampoco el retrato. Así que todo iría a la venta.

Volvería a Londres esa misma tarde, decidió. Encargaría que vendieran también el apartamento lo antes posible y alquilaría algo temporal mientras decidiera lo que iba a hacer con su vida. Todavía seguía resuelta a desaparecer, pero la elección del sitio se había abierto de forma considerable.

Le dolían las piernas, así que se sentó tras el inmenso escritorio y abrió los cajones. Todos estaban completamente vacíos, como la casa y la vida que su padre se había construido, pensó Zanna. Si había habido otra dimensión en la existencia de su padre, ella nunca la había conocido.

Sintió otra presencia en la habitación y pensó que debía tratarse de la señora Hanson con los sándwiches que le había prometido.

Pero al alzar la vista, se encontró con Tessa Lloyd mirándola con furia desde el umbral de la puerta. Iba totalmente vestida de negro y su pelo, normalmente inmaculado, estaba despeinado. Estaba rara, casi salvaje, pensó con asombro Zanna.

Se obligó a esbozar una sonrisa.

—Hola, Tessa. Pensé que te había visto antes. ¿Perdiste el viaje con los demás?

La otra mujer no contestó. Se acercó hasta quedar frente al

escritorio. Con un gesto de confrontación directa, pensó Zanna con repentina inquietud. Ella apartó la silla y se levantó. Así estarían al menos al mismo nivel.

Zanna dijo con premura:

—No sé cómo has entrado aquí, pero ya que estás, ¿puedo ofrecerte algo, un café o algún refresco?

Tessa Lloyd soltó una carcajada.

—La perfecta anfitriona. La hija perfecta. ¡Vaya broma! ¡Vaya maldita broma! —apretó los puños y los plantó sobre la mesa—. ¿Cómo te atreves a sentarte ahí, donde lo hacía él? ¿Cómo te atreves a ocupar su sitio, pequeña ramera?

A Zanna le dio un vuelco el corazón. Aquello era lo único que le faltaba.

—Comprendo que estés disgustada, pero este no es ni el sitio ni el momento…

—¿No? —la otra mujer sacudió la cabeza—. ¿Sabes cómo me he sentido al verte hoy en la iglesia? ¡Haciendo de dolida hija, tú hipócrita zorra!

—Yo era su única hija —dijo Zanna sin alterar la voz.

—Y su heredera también. No lo olvidemos —Tessa soltó una carcajada estridente—. Todos esos tontos dándote el pésame y aparentando no saber que tu padre te había echado. Que estaba planeando desheredarte por completo… si hubiera vivido.

La cara se le contrajo y se llevó una mano a la boca.

—¡Tú lo mataste! —gritó—. Lo sabes, ¿verdad, pequeña zorra?

—Le mató un ataque al corazón. Debería haberse operado hace dos años y se negó. Y podía haber cambiado su testamento cuando hubiera querido. A mí no me hubiera importado.

Eso era verdad. Hubiera cambiado todo el imperio de su padre por una sola muestra de cariño genuino. O por que le hubiera contado la verdad. Pero eso no iba a contárselo a Tessa Lloyd.

—Eso se dice muy fácil cuando aquí estás, de dueña de todas sus propiedades —Tessa lanzó un sonido de desdén—. Él amaba esta casa. Después de su empresa, era el centro de su mundo. Gracias a Dios que no puede saber que tú estás viviendo en ella ahora.

—Ya es suficiente —la cortó Zanna—. Será mejor que te vayas.

—Cuando haya acabado.

Tenía algo de espuma en los labios y Zanna cerró los ojos con repulsión. Aquella mujer debía estar enferma, pensó con desesperación y a punto de un colapso de cualquier tipo. Pero, ¿qué podía hacer ella? Incluso aunque se tapara los oídos, no podría dejar de oír la estridente voz de Tessa Lloyd con toda su rabia y odio.

—Ya fue bastante que tuviera que soportar saber que no eras más que una zorra, una pequeña prostituta. Al menos se ha ahorrado la

ignominia de ver crecer aquí a tu asqueroso bastardo.

Tessa gimió de repente y se quedó en silencio.

Zanna, preparándose mentalmente para la carnicería, escuchó con asombro la calmada voz familiar de Jake:

—Yo diría que ya ha sido más que suficiente. ¿Se va a ir por su propio pie o quiere que llame a la policía?

Zanna abrió los ojos de repente. Jake estaba de pie al lado de Tessa Lloyd asiéndola por el brazo. Sus ojos oscuros despedían chispas y resaltaban como carbones ardientes en su cara pálida. La otra mujer se encogió de forma visible.

—¿Quién diablos es usted?

—Soy el futuro marido de la señorita Westcott y el padre del bastardo del que usted ha hablado con tanta elocuencia.

A Zanna le empezaron a temblar de repente las piernas.

—Supongo que habrá venido en su coche, así que será mejor que se vaya de la misma forma.

Tessa Lloyd lo miró con intensidad. El violento sonrojo desapareció de su cara y con él, la maligna energía que la había poseído. Ahora parecía derrumbada. Una sombra de sí misma.

—Usted no lo entiende —dijo sin entonación—. Yo… yo lo amaba.

—Yo entiendo el amor —dijo Jake con cortesía—. Pero no el tipo de emoción retorcida que usted y su jefe parecían compartir.

Sin soltarla del brazo, la condujo a la puerta.

—¿Señora Hanson? —llamó cuando el ama de llaves apareció con gesto confuso—. Esta visita se va ya. Quizá pueda acompañarla al coche.

Esperó hasta que las dos mujeres desaparecieron de la vista y entonces volvió al estudio y cerró la puerta tras él.

Miró a Zanna con el ceño fruncido.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —estaba temblando por dentro y con el pulso desbocado—. Al menos… eso creo. Yo… no esperaba esto. Quiero decir, sabía que no le caía bien, pero… bueno, gracias por tu ayuda. Pero, ¿qué estás haciendo aquí?

—Llegué durante el funeral. Le dije a la señora Hanson que necesitaba hablar contigo y amablemente me dejó esperar en la cocina.

—¡Oh! Yo creía que estarías de camino a Francia.

Y de vuelta a Cindy, pensó.

—Ya me lo imagino. Dime una cosa, Suzannah. ¿Pensabas contarme que esperabas nuestro hijo?

Zanna alzó la barbilla.

—¿Y cómo sabes que es nuestro?

—Porque te tuve en mi cama. Y sé que no te pareces en nada a la

prostituta o zorra que tu reciente visita ha descrito de forma tan pintoresca. Fuiste dulce, entregada e increíblemente inocente. Nada me convencerá de que el bebé que llevas dentro no es nuestro, así que deja de jugar y dime por qué no me habías contado nada.

—Porque fue demasiado repentino —le tembló la voz—. No significaba nada. No podía. Era una aventura de una noche. Un error, como tú me dijiste.

—Sí —dijo Jake despacio—. Fue un error, pero porque mi deseo por ti, mi pasión, confundió por completo mis intenciones últimas. Debería haberme arrodillado delante de ti en vez de en la cama de aquella manera. Debería haber mantenido la cordura y haberte cortejado como se debe —sacudió la cabeza—. Pero me sentía como si estuviera en un sueño. Estaba aterrorizado de despertar por la mañana y descubrir que no eras real. Sentía que tenía que hacerte mía, tomarte y dejar mi marca en ti de una forma totalmente primitiva. No estoy orgulloso de ello, por supuesto. Y cuando te fuiste, me arrepentí amargamente de no haber sido más paciente y de no haber tenido más control. Quizá si pudiéramos volver atrás, habría hecho las cosas de forma diferente. No… no lo sé.

Jake sacudió la cabeza con la cara constreñida.

—En cuanto a lo de sexo casual… Dios mío, cariño. La gente puede llegar a pasar una vida entera sin experimentar el tipo de armonía emocional y física que nosotros compartimos aquella noche. Cada vez que nos besábamos o nos tocábamos estábamos diciéndonos que nos queríamos, que aquello era amor de verdad y para siempre. Pensé que lo sabías tan bien como yo. Por eso me quedé tan conmocionado cuando desperté y descubrí que habías desaparecido. Por eso moví cielo y tierra para buscarte. Pero cuando te encontré, fui yo el que mantuvo las distancias. Parecías haber levantado una muralla defensiva a tu alrededor.

Zanna bajó la cabeza.

—Pensé que sólo querías una relación física y sabía que eso no podría soportarlo.

—¡Dios, qué estúpido he sido! Debería haber imaginado lo del bebé el día que te desmayaste en la galería. Pero estaba tan contento de verte que no podía pensar correctamente. Y ni siquiera se me había ocurrido —lanzó un gemido de angustia—. Mi auténtica pesadilla era que podías haber llegado a odiarme o aún peor, que te era por completo indiferente. Que todo aquel amor y cariño era unilaterales.

—No —susurró ella con voz ronca—. Nunca fue así. Yo también estaba enamorada, pero tardé más en reconocerlo. Y sí quería contarte lo del bebé. Cuando descubrí que estaba embarazada, fui a Emplesham a buscarte.

Jake gimió de nuevo.

—¡Y yo no estaba allí!

—Y cuando te vi, todo había cambiado —continuó Zanna—. Había tenido tiempo de pensar y para entones, estaba asustada. Tenía miedo de que tú no quisieras ni oírme o que intentaras que me echara atrás. O incluso, que me sugirieras como mi padre que abortara.

Jake se pudo muy rígido.

—¿Eso es lo que hizo? Dios mío, ¿por eso te enfrentaste a él y abandonaste la empresa?

—Sí —Zanna suspiró—. La historia se repite. Aunque yo no lo sabía en aquel momento.

Jake maldijo entre dientes con violencia.

—Que me ahorquen si pienso quedarme al otro lado de la mesa un segundo más —anunció mientras recorría la distancia que los separaba de dos largas zancadas—. Estoy aquí para pedirte que te cases conmigo, no para hacer una entrevista de trabajo.

—¿Quieres casarte conmigo? —la voz de Zanna era insegura mientras él la guiaba hasta la ventana—. Pero no puedes.

—Yo creo que sí —estaba sujetándole las dos manos entre las de él —. Mi padre y Susan me han prohibido que vuelva sin ti.

Ella se mordió el labio.

—No creo que se pongan muy contentos cuando se enteren de mi embarazo.

—Al contrario, quedarán extasiados. Susan cambiará la fiesta de bienvenida por una de compromiso.

—Pero también está Cindy.

—Por supuesto. Y espera ser la dama de honor.

—¿La dama de honor?

—Cindy era un camuflaje. Fue todo idea suya. Cuando cené con su novio y con ella en Londres, vieron que estaba preocupado. Se lo conté y Cindy decidió que una dosis de anticuados celos podría surtir efecto.

—¿Quieres decir que fue todo una actuación? ¡No puedo creerlo!

—Con Cindy nunca hay medias tintas. Hasta a mí me sorprendió. Pero me dijo que estaba segura de que me amabas y que estabas luchando contra tus sentimientos, como hizo tu madre en otro tiempo. Que debía esperar y ser paciente.

Las fuertes manos que sujetaban las de ella estaban temblando ahora.

—¿Acertó, Susie? ¿Serás mi mujer, mi amor, para el resto de nuestras vidas?

Ella susurró que sí y supo que ninguna ceremonia les convertiría más en esposos que como lo eran en ese momento.

Se arrojó a sus brazos y respondió con libertad y júbilo a la ternura de su boca sobre la de ella.

Pasó mucho tiempo antes de que Jake la soltara y le sonriera a los ojos.

—Vamos a casa, Susie —dijo con suavidad—. Vamos los tres.

Ella le tomó de la mano y con calma y confianza, la condujo a la suave curva de su vientre.

—¡Oh, sí! Por favor amor mío, vámonos.

Fin